SAGRADA BIBLIA

Números

Libro completo

«El *Señor te bendiga y te guarde*»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 7

Antes de empezar 9

Veinticinco palabras hebreas 17

Números en la liturgia 19

1 El censo de las doce tribus 21

2 El campamento de Israel 32

3 Los levitas y los primogénitos 38

4 El servicio de los levitas 46

5 La pureza del campamento y la ley de los celos 53

6 El nazareo y la bendición de Aarón 61

7 Las ofrendas de los príncipes 72

8 Las lámparas y los levitas 83

9 La segunda Pascua y la nube 88

10 Las trompetas y la partida 93

11 El fuego, las codornices y los setenta ancianos 100

12 María y Aarón contra Moisés 113

13 Los exploradores 117

14 La noche del llanto 123

15 Leyes para la tierra prometida 134
16 La rebelión de Coré..... 140
17 La vara que floreció 149
18 Sacerdotes y levitas 155
19 La vaca roja 162
20 Meribá y la muerte de Aarón..... 170
21 La serpiente de bronce 178
22 Balac llama a Balaam 189
23 Los dos primeros oráculos 200
24 La estrella de Jacob.....205
25 Baal-Fegor y el celo de Finees 216
26 El segundo censo.....223
27 Las hijas de Salfaad y el sucesor de Moisés 232
28 Las ofrendas de cada día y de las fiestas 239
29 Las fiestas del mes séptimo 244
30 Los votos..... 251
31 La guerra contra Madián.....255
32 Rubén y Gad al otro lado del Jordán 264
33 Las etapas del camino 270
34 Las fronteras de la tierra 279

35 Las ciudades de los levitas y las de refugio.....283

36 Las herederas se casan en su tribu 291

PARA PROFUNDIZAR

1 ¿Seiscientos mil? Las cifras del libro 28

5 La prueba de las aguas amargas 57

6 Nazareos: consagrados a Dios 65

6 «El Señor te bendiga y te guarde» 68

11 Las murmuraciones del desierto 106

11 El espíritu de Moisés y los setenta ancianos 109

14 Los exploradores y los cuarenta años 130

17 Coré, la vara de Aarón y el sacerdocio 151

19 La vaca roja: la pureza frente a la muerte 166

20 El pecado de Moisés y Aarón en Meribá..... 174

21 La serpiente de bronce y la cruz 185

22 Balaam, el adivino que no pudo maldecir.....196

24 La estrella de Jacob y los Magos 212

25 Finees: el celo y la violencia..... 218

27 Las hijas de Salfaad 235

31 La guerra contra Madián 260

33 Las cuarenta y dos etapas 276

35 Las ciudades de refugio.....288

CUADROS

1 Los dos censos 27

2 El campamento de Israel..... 36

3 Los clanes de Leví 44

6 La bendición sacerdotal palabra por palabra 65

7 Las ofrendas de los doce príncipes.....81

10 El orden de marcha 98

11 Las murmuraciones del desierto 106

13 Dos maneras de mirar la tierra 121

14 Cuarenta 129

16 Una rebelión, tres frentes 147

18 Lo que recibían sacerdotes y levitas.....160

19 La vaca roja y la Carta a los Hebreos 166

21 De Cades a las llanuras de Moab.....183

21 La serpiente de bronce, de Moisés a Juan 184

22 Balaam fuera de la Biblia 195

24 La estrella de Jacob en la tradición 210

24 Los oráculos de Balaam 211

29 El calendario de las ofrendas 249

33 Las etapas del camino..... 275

35 Las seis ciudades de refugio.....287

Repaso 295
Notas personales 302
Sobre esta edición 303

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · Nm 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como el campamento de Israel, la bendición sacerdotal palabra por palabra, los oráculos de Balaam o las ciudades de refugio. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

El libro del desierto

Números es el cuarto libro de la Biblia y del Pentateuco. Su nombre viene de la traducción griega, *Arithmoí*, y de la latina, *Numeri*, por los dos censos del pueblo que contiene (capítulos 1 y 26); la Misná lo llama también «el quinto de los censos». En hebreo se titula *Bemidbar*, «En el desierto», por una de sus primeras palabras, y ese título dice mejor de qué trata: los cuarenta años de camino entre el Sinaí y la tierra prometida.

El Éxodo terminaba con la gloria del Señor llenando la morada (Éx 40,34), y el Levítico enseñaba a vivir con un Dios santo en medio del campamento. Números comienza un mes después, todavía al pie del Sinaí (1,1): Dios manda contar al pueblo y ordenarlo alrededor de la morada, como un ejército que va a ponerse en marcha. Luego la nube se levanta (10,11) y empieza el viaje. Lo que debía ser un camino de once jornadas (Dt 1,2) se convierte en cuarenta años. El pueblo murmura, añora Egipto y, después del informe de los exploradores, se niega a entrar en la tierra; Dios decide entonces que aquella generación muera en el desierto y que entren sus hijos (14,29-31). El segundo censo (capítulo 26) cuenta ya a esa nueva generación, acampada en las llanuras de Moab, frente a Jericó. Allí

termina el libro, y allí pronunciará Moisés los discursos del Deuteronomio.

DEL SINAÍ A CADES

1 – 4	El censo y el orden del campamento; los levitas
5 – 6	Pureza, celos y votos; el nazareato; la bendición sacerdotal
7 – 8	Las ofrendas de los príncipes; la consagración de los levitas
9,1 – 10,10	La segunda Pascua, la nube y las trompetas
10,11 – 12,16	La partida; murmuraciones; los setenta ancianos; María y Aarón
13 – 14	Los exploradores y la condena a cuarenta años
15	Leyes de las ofrendas; el sábado; las franjas del manto
16 – 17	La rebelión de Coré; la vara florecida de Aarón
18 – 19	Sacerdotes y levitas; la vaca roja

20 – 21	Meribá; muerte de Aarón; la serpiente de bronce; Sehón y Og
22 – 24	Balac y Balaam: la burra y los oráculos
25	Baal-Fegor y el celo de Finees
26 – 27	El segundo censo; las hijas de Salfaad; Josué
28 – 30	El calendario de las ofrendas; los votos
31 – 32	La guerra contra Madián; las tribus del otro lado del Jordán
33	Las etapas del camino
34 – 36	Las fronteras, las ciudades de los levitas y de refugio, las herederas

La división más habitual es geográfica: en el Sinaí (1,1 – 10,10), en el desierto (10,11 – 21,35) y en las llanuras de Moab (22 – 36). Algunos estudiosos prefieren leerlo en dos mitades, marcadas por los dos censos: la muerte de la generación que salió de Egipto y el nacimiento de una nueva. En todo el libro se alternan relatos y leyes, como si el camino y la Ley no pudieran separarse.

Quién lo escribió

La tradición atribuye el libro a Moisés, y el propio texto dice que él puso por escrito las etapas del camino (33,2).

Los estudiosos piensan que Números, como el resto del Pentateuco, reúne materiales de épocas muy distintas y que alcanzó su forma final después del destierro, en época persa; para muchos es una de las últimas partes del Pentateuco en completarse (ver «Antes de empezar» en el Génesis). Predominan las listas, las leyes y las fechas de la tradición sacerdotal, pero hay piezas mucho más antiguas: fragmentos de cantos, uno de ellos tomado de un perdido «libro de las guerras del Señor» (21,14), y los oráculos de Balaam, cuyo protagonista aparece también, como «vidente de los dioses», en una inscripción de hacia el 800 a. C. hallada en Deir Alla, en el valle del Jordán. La bendición sacerdotal (6,24-26) está grabada, con pocas diferencias, en dos pequeños rollos de plata de hacia el 600 a. C. encontrados en Jerusalén: son los fragmentos más antiguos que se conocen de un texto bíblico. La Iglesia acoge estos estudios y confiesa que Dios es el autor de la Escritura, que se valió de autores humanos verdaderos, y pide atender a los géneros literarios para entender la verdad que quiso enseñar «para nuestra salvación» (*Dei Verbum*, nn. 11-12).

Las cifras son el primer enigma del libro. El censo da 603.550 hombres de veinte años arriba (1,46), lo que supondría más de dos millones de personas en el desierto, una multitud que aquella tierra no habría podido soste-

ner. Se han propuesto varias explicaciones: que la palabra hebrea *élef*, «mil», signifique aquí «clan» o «escuadra»; que las listas reflejen un censo posterior, de la época de la monarquía; o que las cifras tengan un valor simbólico y digan que la promesa de una descendencia innumerable ya se había cumplido (Gn 15,5). El ensayo del capítulo 1 lo examina.

Cómo leerlo

Números es un libro de camino. Su tema de fondo es la fidelidad de Dios frente a la infidelidad de su pueblo. El Señor guía con la nube y el fuego (9,15-23), alimenta con el maná, da agua de la roca, perdona a petición de Moisés (14,19-20) y bendice a Israel incluso por boca de un adivino contratado para maldecirlo (23,8). El pueblo, en cambio, murmura una y otra vez: por la comida, por el agua, contra Moisés y Aarón, contra la tierra misma. Dios castiga, pero no abandona: la promesa pasa a los hijos.

Los primeros cristianos leyeron estos capítulos como un espejo. San Pablo recuerda el maná, la roca («la piedra era Cristo»), las murmuraciones y las serpientes, y dice que todo aquello les sucedía «en figura» y se escribió para escarmiento nuestro (1 Cor 10,1-11). La carta a los Hebreos medita el «hoy» del salmo 95 y la generación que no entró en el descanso (Heb 3,7 – 4,11). Jesús mismo se aplicó la ser-

piente de bronce: como Moisés la levantó en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre (Jn 3,14). Los cuarenta días de Jesús en el desierto recuerdan los cuarenta años de Israel: Cristo fue fiel allí donde el pueblo había tentado a Dios (Catecismo, n. 539). Y la estrella de Jacob que anuncia Balaam (24,17) se leyó como la estrella de los Magos (Mt 2,2; Catecismo, n. 528). La Iglesia lee así el Antiguo Testamento a la luz de Cristo, sin borrar su sentido propio (Catecismo, nn. 128-130).

Hay páginas difíciles: la prueba de las aguas amargas para la mujer sospechosa de adulterio (5,11-31), el celo violento de Finees (25), la guerra contra Madián, con la matanza de mujeres y niños (31), la orden de expulsar a los cananeos (33,50-56). No hay que suavizarlas ni tomarlas como modelos. Pertenecen a una etapa de la historia y de la revelación, y se entienden a la luz de toda la Escritura, que el Catecismo llama «pedagogía divina» (n. 122); Benedicto XVI pidió leer estas páginas «oscuras» en su contexto histórico y literario y a la luz de Cristo (*Verbum Domini*, n. 42). También hay páginas luminosas: la bendición que la Iglesia repite el primer día del año (6,24-26), el deseo de Moisés de que todo el pueblo profetice (11,29), Aarón con el incienso «entre los muertos y los vivos» (16,48), la justicia hecha a las hijas de Salfaad (27) y las ciudades de refugio, donde la ley protege al que mató sin querer (35).

Sobre esta traducción

En el texto de esta edición, Torres Amat escribe en mayúsculas un solo pasaje de este libro, el oráculo mesiánico de Balaam: «De Jacob NACERÁ UNA ESTRELLA» (24,17). La primera edición, de 1824, destacaba así también la serpiente de bronce, figura de Cristo en la cruz (Jn 3,14): «Hizo pues Moisés UNA SERPIENTE DE BRONCE» (21,9); el texto digital la trae en minúsculas. Sus glosas con «o» son frecuentes: «consagración o nazareato» (6,5), «pacto de sal o inalterable» (18,19), «hija o nieta de Leví» (26,59). Sigue la Vulgata en lecturas que se apartan del hebreo: la mujer de Moisés es «la etiopisa» (12,1), donde el hebreo dice «la cusita»; el agua de Meribá, «disputa», es el «agua de contradicción» (20,13); el toro salvaje se convierte en «rinoceronte» (23,22); los setenta ancianos profetizan y «continuaron siempre así» (11,25), donde el hebreo dice que no volvieron a hacerlo; en 20,6 Moisés y Aarón dicen una oración que no está en el hebreo; y en 24,7 el rey de Israel será «desechado por causa de Agag», donde el hebreo dice que será más alto que Agag. Como la Vulgata, llama «iglesia» a la asamblea de Israel (19,20). En 24,24, en cambio, el texto dice «Quittim», como el hebreo, donde la Vulgata traduce «de Italia».

La numeración de algunos capítulos no coincide con la de muchas Biblias modernas; el colofón lo explica.

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro: los números del censo, la prueba de las aguas amargas, la bendición sacerdotal, las murmuraciones del desierto, la serpiente de bronce y la cruz, Balaam y la estrella de los Magos, la guerra contra Madián o las ciudades de refugio. Todos aparecen en el índice.

Veinticinco palabras hebreas

Las palabras clave de Números en su lengua original, que se lee de derecha a izquierda.

בְּמִדְבַּר	**bemidbar** · «en el desierto»; título hebreo del libro 1,1
פְּקֻד	**paqad** · contar, pasar revista; también «visitar» 1,3.19
אֶלֶף	**élef** · mil; quizá también «clan» o «escuadra» 1,46
דֶּגֶל	**dégel** · estandarte de cada campamento 2,2
לְוִיִּם	**leviyyim** · los levitas; el texto juega con «unirse» 3,6; 18,2
קִנְאָה	**qin'á** · celos; celo ardiente 5,14; 25,11
נָזִיר	**nazir** · nazareo, «apartado», consagrado 6,2
בָּרַךְ	**barak** · bendecir 6,23; 22,6; 23,20
עָנָן	**anán** · nube 9,15
נָבִיא	**nabí** · profeta 11,29; 12,6
עָנָו	**anav** · humilde, manso 12,3
תּוּר	**tur** · explorar; también «ir tras» algo 13,2; 15,39
לוּן	**lun** · murmurar, quejarse 14,27
צִיצִת	**tsitsit** · borla, franja del manto 15,38
קָהָל	**qahal** · asamblea; en Números la versión griega dice *synagogé*, y la Vulgata, a veces, *ecclesia*, «iglesia» 16,3; 19,20; 20,4
מַטֶּה	**matté** · vara; también «tribu» 17,2

שָׁקֵד	**shaqed** · almendro, almendra; suena como «vigilar» 17,8
פָּרָה אֲדֻמָּה	**pará adummá** · vaca roja 19,2
מְרִיבָה	**Meribá** · «disputa»; el agua de contradicción 20,13
חֵרֶם	**jérem** · anatema, lo consagrado al exterminio 21,2-3
נְחַשׁ נְחֹשֶׁת	**nejash nejóshet** · serpiente de bronce 21,9
כּוֹכָב	**kokab** · estrella 24,17
נַחֲלָה	**najalá** · herencia, heredad 27,6; 36,3
עִיר מִקְלָט	**ir miqlat** · ciudad de refugio 35,6
גֹּאֵל הַדָּם	**goel ha-dam** · el vengador de la sangre 35,19

Números en la liturgia

Números se lee poco en la misa del domingo, pero algunas de sus páginas tienen lugares de honor: el primer día del año, la fiesta de la Cruz, el Adviento y la Cuaresma.

Domingos y fiestas

Celebración	Lectura
Santa María, Madre de Dios (1 de enero), ciclos A, B y C	Nm 6,22-27 (la bendición sacerdotal), con el salmo 67: «El Señor tenga piedad y nos bendiga»
Exaltación de la Santa Cruz (14 de septiembre)	Nm 21,4b-9 (la serpiente de bronce), con Jn 3,13-17
26.º domingo del tiempo ordinario, ciclo B	Nm 11,25-29 (Eldad y Medad), con Mc 9,38-43.45.47-48 («el que no está contra nosotros...»)
4.º domingo de Cuaresma, ciclo B (evangelio)	Jn 3,14-21: «como Moisés levantó la serpiente en el desierto»

Otros momentos

Celebración	Lectura
Lunes de la 3.ª semana de Adviento	Nm 24,2-7.15-17a (la estrella de Jacob), con Mt 21,23-27
Martes de la 5.ª semana de Cuaresma	Nm 21,4-9, con Jn 8,21-30 («cuando levantéis al Hijo del hombre»)
Ferias del tiempo ordinario, año impar, 18.ª semana	Nm 11,4b-15 (lunes); 12,1-13 (martes); 13,1-2.25 – 14,1.26a-29a.34-35 (miércoles); 20,1-13 (jueves)
Misal romano, bendición solemne «Tiempo ordinario I»	La bendición de Aarón (6,24-26)
Ordenación de presbíteros, plegaria de ordenación	Recuerda el espíritu de Moisés comunicado a los setenta ancianos (11,16-25)

Las referencias del Leccionario siguen la numeración moderna, que en estos pasajes coincide con la de esta edición.

1

El censo de las doce tribus

Números empieza al pie del Sinaí, un mes después de levantada la morada. Antes de ponerse en camino, Dios manda contar a los hombres capaces de ir a la guerra, tribu por tribu. El capítulo tiene tres partes: los doce príncipes que ayudan a Moisés y a Aarón (vv. 1-19), el censo de las doce tribus (vv. 20-46) y la tribu de Leví, que no entra en la cuenta porque queda al servicio del Tabernáculo (vv. 47-54). La lista parece árida, pero dice algo hermoso: Dios conoce a su pueblo por su nombre y lo ordena antes de conducirlo.

Los príncipes de las tribus

1 Al segundo año de la salida de los hijos de Israel de
Egipto [1], el primer día del mes segundo habló el Señor a
Moisés en el desierto del monte Sinaí en el Tabernáculo de
la alianza [2], y le dijo: 2 Formad el censo de cuantos varo-
nes haya en todo el pueblo de los hijos de Israel, según los
linajes y familias, con los nombres de cada uno [3]. 3 Tú y
Aarón contaréis [4] todos los hombres fuertes de Israel de
veinte años arriba [5] por sus compañías. 4 Para lo que os
acompañarán los príncipes de las tribus y familias según
sus linajes.

5 Cuyos nombres son estos: De la tribu de Rubén, Elisur
hijo de Sedeur [6]. 6 De la de Simeón, Salamiel, hijo de Suri-
saddai. 7 De la de Judá, Nahasón, hijo de Aminadab [7]. 8 De
la de Isacar, Natanael, hijo de Suar. 9 De la de Zabulón,
Eliab, hijo de Helón. 10 De los hijos de José por la tribu de
Efraín [8], Elisama, hijo de Ammiud; por la de Manasés,
Gamaliel, hijo de Fadasur. 11 De la tribu de Benjamín, Abi-
dán, hijo de Gedeón. 12 De la de Dan, Ahiezer, hijo de Am-
misaddai. 13 De la de Aser, Fegiel, hijo de Ocrán. 14 De la de
Gad, Eliasaf, hijo de Duel. 15 De la de Neftalí, Ahira, hijo de
Enán. 16 Estos son los príncipes nobilísimos del pueblo [9] y
los jefes del ejército de Israel dividido por sus tribus y lina-
jes.

17 Y tomaron Moisés y Aarón a estos varones que habían
sido designados por sus nombres, 18 y congregaron toda la
multitud el primer día del mes segundo, haciendo su alis-
tamiento por linajes [10], por casas, por familias y cabezas,
tomando el nombre de cada persona de veinte años arriba,
19 como el Señor había mandado a Moisés. Se hizo, pues, el
censo en el desierto de Sinaí.

El censo de las doce tribus

20 De la tribu de Rubén, primogénito de Israel, en sus lina-
jes, y familias y casas, con el nombre de cada individuo,
todos los varones de veinte años arriba, aptos para la gue-
rra, 21 fueron cuarenta y seis mil quinientos. 22 De los des-

cendientes de Simeón por sus linajes, y familias, y casas de sus parentelas, con el nombre propio de cada persona, se contaron los varones todos de veinte años arriba, aptos para la guerra, y se hallaron [23] cincuenta y nueve mil trescientos. [24] De los descendientes de Gad, por sus linajes, y familias, y casas de sus parentelas, con el nombre propio de cada uno, se contaron de veinte años arriba todos los que eran aptos para la guerra, [25] y fueron cuarenta y cinco mil seiscientos cincuenta.

[26] De los descendientes de Judá por sus linajes, familias, y casas de sus parentelas, se contaron por sus nombres todos los varones de veinte años arriba, que podían tomar las armas, [27] y se hallaron setenta y cuatro mil seiscientos. [28] De los descendientes de Isacar por sus linajes, familias y casas de sus parentelas desde veinte años arriba, tomados los nombres de cada uno, [29] se contaron aptos para la guerra en todos, cincuenta y cuatro mil cuatrocientos. [30] De los descendientes de Zabulón por sus linajes, y familias, y casas de sus parentelas, se contaron por sus nombres, de veinte años arriba, todos los que podían ir a la guerra, y se hallaron [31] cincuenta y siete mil cuatrocientos.

[32] De los descendientes de José, por la línea de Efraín, según sus linajes, familias y casas de sus parentelas, se contaron por sus nombres, de veinte años arriba, aptos para la guerra, [33] cuarenta mil quinientos. [34] Por la línea de Mana-

sés, según sus linajes, familias y casas de sus parentelas, se contaron por sus propios nombres, de veinte años arriba, aptos para la guerra [35] treinta y dos mil doscientos. [36] De los descendientes de Benjamín, en sus linajes y familias, y casas de sus parentelas, fueron contados por sus propios nombres todos los de veinte años arriba, aptos para la guerra, y se hallaron [37] treinta y cinco mil cuatrocientos.

[38] De los descendientes de Dan por sus linajes, familias y casas de sus parentelas, tomando el nombre de cada uno, se halló ser el número de todos los que podían tomar las armas, de veinte años arriba, [39] sesenta y dos mil setecientos [11]. [40] De los descendientes de Aser, por sus linajes, familias y casas de sus parentelas, se contaron por los nombres de cada uno, de veinte años arriba, aptos para las armas, [41] cuarenta y un mil quinientos. [42] De los descendientes de Neftalí por sus linajes, familias y casas de sus parentelas, se contaron por sus nombres, de veinte años arriba, todos de armas tomar, [43] cincuenta y tres mil cuatrocientos.

[44] Este es el empadronamiento de los hijos de Israel que hicieron Moisés, Aarón y los doce príncipes de Israel, notando a cada uno por su casa y familia. [45] Así pues, todo el número de los hijos de Israel, alistados por sus casas y familias, de veinte años arriba, que podían salir a campaña, as-

cendió [46] a seiscientos tres mil quinientos cincuenta hombres [12].

Leví, la tribu apartada

[47] Pero los levitas, según las familias de su tribu, no entraron en el censo con ellos [13]. [48] Porque el Señor habló a Moisés, diciendo: [49] No cuentes a la tribu de Leví, ni mezcles la suma de los levitas con la de los hijos de Israel; [50] sino que los destinarás al cuidado del Tabernáculo del Testimonio, de todas sus alhajas y de todo cuanto pertenece a las ceremonias. Ellos llevarán el Tabernáculo y todos sus utensilios y se emplearán en su servicio y tendrán su campamento alrededor de él.

[51] Cuando hayáis de marchar, los levitas desarmarán el Tabernáculo; cuando hayáis de acampar, lo armarán. Cualquier extraño que se arrimare, será castigado de muerte [14]. [52] Los hijos de Israel asentarán su campamento y estarán cada uno bajo su división o estandarte, según los varios escuadrones de que se compone su ejército. [53] Mas los levitas fijarán sus tiendas alrededor del Tabernáculo y velarán en la guardia del Tabernáculo del Testimonio a fin de que no descargue yo mi indignación [15] sobre la muchedumbre de los hijos de Israel. [54] Hicieron, pues, los hijos de Israel todo lo que el Señor había mandado a Moisés [16].

¿Sabías que?

En la sinagoga, la lectura del libro de los Números comienza casi siempre el sábado anterior a Shavuot, la fiesta que recuerda el don de la Ley en el Sinaí, la Pentecostés judía. Un midrash relaciona las dos cosas a partir del primer versículo: la Torá se dio «en el desierto», con fuego y con agua, porque, como el desierto, el fuego y el agua, es gratuita y para todos; y cita a Isaías: «sedientos todos, venid a las aguas» (*Números Rabbá* 1,7; Is 55,1).

Los dos censos

Tribu	Capítulo 1	Capítulo 26
Rubén	46.500	43.730
Simeón	59.300	22.200
Gad	45.650	40.500
Judá	74.600	76.500
Isacar	54.400	64.300
Zabulón	57.400	60.500
Efraín	40.500	32.500
Manasés	32.200	52.700
Benjamín	35.400	45.600
Dan	62.700	64.400
Aser	41.500	53.400
Neftalí	53.400	45.400
Total	**603.550** (1,46)	**601.730** (26,51)

Hombres de veinte años arriba, aptos para la guerra. Los levitas se contaron aparte: 22.000 varones de un mes arriba en el primer censo (3,39) y 23.000 en el segundo (26,62). La caída de Simeón, que pierde casi dos tercios, la han relacionado muchos comentaristas, judíos y cristianos, con la plaga de Fogor, en la que murió Zambri, un príncipe simeonita (25,9.14). Entre un censo y otro ha muerto toda una generación: de los primeros contados solo quedaban Caleb y Josué (26,64-65). Pero el total apenas cambia: Dios sostiene a su pueblo. Sobre el sentido de estas cifras, ver el ensayo del capítulo 1.

PARA PROFUNDIZAR

¿Seiscientos mil? Las cifras del libro

El censo da 603.550 hombres de veinte años arriba (1,46), sin contar a los levitas. Si se añaden mujeres, niños y ancianos, Israel habría sido una multitud de dos millones o dos millones y medio de personas, acampada durante cuarenta años en el desierto. La cifra choca con otros datos de la propia Biblia: Israel es «el más pequeño de todos los pueblos» (Dt 7,7), y Dios no expulsará a los cananeos en un solo año, «para que la tierra no quede desierta» (Éx 23,29-30). Los 22.273 primogénitos varones (3,43) supondrían, para tantos hombres, familias de decenas de hijos. Y el Sinaí no habría podido alimentar ni dar de beber a semejante multitud sin un milagro continuo; el texto, de hecho, habla del maná y del agua de la roca.

La explicación más discutida se fija en la palabra élef. Significa «mil», pero también una unidad social: Gedeón dice que su élef, su clan, es el más pobre de Manasés (Jue 6,15), y Belén es pequeña «entre los millares de Judá» (Miq 5,1). W. M. F. Petrie propuso en 1906 entender élef como «familia» o «tienda»; G. E. Mendenhall (1958), como el contingente que cada clan aportaba al ejército, de pocos hombres; C. J. Humphreys (1998), como «tropa», y llegó a calcular unas veinte mil personas en total. La dificultad es que el texto suma las cifras como millares: los cientos de las doce tribus dan 5.550, y esos cinco mil se añaden a los 598 millares para dar 603.550; la plata del rescate se calcula también con esa cifra (Éx 38,25-26). Los defensores de esta solución piensan que un redac-

tor posterior entendió «mil» donde las listas antiguas decían «clan».

Otros proponen que las listas procedan de un censo posterior, de la monarquía, trasladado a la época del desierto: W. F. Albright pensaba en el censo de David (2 Sm 24). Otros ven en las cifras un valor ideal o simbólico. Se ha observado, por ejemplo, que las letras de «hijos de Israel» (bené Yisrael) suman 603 y las de rosh kol, «la suma de todos» (1,2), 551: casi exactamente la cifra del censo. Es una curiosidad, que puede ser casual, y ninguna de estas hipótesis se ha impuesto.

Más clara es la intención del texto. El censo muestra cumplida la promesa hecha a Abrahán, una descendencia como las estrellas del cielo (Gn 15,5), que ya se había empezado a cumplir en Egipto (Éx 1,7). Y el segundo censo, cuarenta años después, da casi la misma cifra (26,51): ha muerto toda una generación, pero Dios mantiene vivo a su pueblo. Además, el censo cuenta «por nombres» y «por cabezas» (1,2.18): ninguno se pierde en la multitud. Jesús dirá que hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados (Lc 12,7).

Contar al pueblo no era un gesto neutro. Cuando David hizo su censo por iniciativa propia, para medir su fuerza, lo reconoció como un pecado (2 Sm 24,10), y la Ley mandaba pagar un rescate en cada recuento «para que no haya plaga» (Éx 30,12). Aquí es Dios quien manda contar: el pueblo es suyo. El Apocalipsis retoma la imagen en el censo del nuevo Israel, doce mil marcados de cada tribu, ciento cuarenta y cuatro mil (Ap 7,4-8), e inmediata-

mente después ve «una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar», de toda nación y lengua (Ap 7,9).

La Iglesia enseña que la Escritura enseña sin error la verdad que Dios quiso consignar en ella «para nuestra salvación», y pide para entenderla atender a los géneros literarios y a los modos de narrar de cada época (*Dei Verbum*, nn. 11-12). Pío XII, en *Divino afflante Spiritu* (1943), recordaba que en los autores sagrados, como en los demás escritores antiguos, se encuentran «las que se llaman aproximaciones y ciertos modos de hablar hiperbólicos». No hace falta, pues, elegir entre tomar las cifras como una estadística moderna o despreciarlas: dicen, a su manera, que el pueblo de Dios es grande, que está ordenado y que cada uno de sus miembros cuenta.

PAUSA

1. Dios cuenta a su pueblo «por nombres». ¿Te sientes conocido por Dios personalmente, o perdido en la multitud?
2. Los levitas guardaban la morada en medio del campamento. ¿Qué cuidas tú para que Dios siga estando en el centro de tu casa?
3. El pueblo empieza obedeciendo «en todo». ¿Qué te ayuda a perseverar cuando pasa el entusiasmo de los comienzos?

Para orar. *Señor, que me conoces por mi nombre, pon en orden mi vida alrededor de ti.*

2

El campamento de Israel

Dios ordena el campamento: las doce tribus, en cuatro grupos de tres, acampan alrededor de la morada, cada una bajo su estandarte. El capítulo recorre los cuatro lados en el orden en que marcharán: al oriente, Judá (vv. 1-9); al mediodía, Rubén (vv. 10-16), y tras él los levitas con la morada (v. 17); al poniente, Efraín (vv. 18-24), y al norte, Dan (vv. 25-31), con el total y una conclusión (vv. 32-34). Es un retrato de lo que Israel es: un pueblo con Dios en el centro, que vive y camina en torno a él.

Al oriente: Judá

1 Habló el Señor a Moisés y Aarón, diciendo: 2 Los hijos de
Israel acamparán alrededor del Tabernáculo de la
alianza [1] cada cual en su compañía, bajo las banderas y es-
tandartes propios de su casa y linaje [2].

3 La tribu de Judá fijará sus pabellones hacia el Oriente [3],
dividida en las compañías de sus escuadrones, y el prínci-
pe de ella será Nahasón, hijo de Aminadab. 4 Todos los
combatientes de este linaje, suman setenta y cuatro mil
seiscientos. 5 Junto a ellos acamparán los de la tribu de Isa-
car, cuyo príncipe será Natanael, hijo de Suar. 6 Sus com-

batientes son en número de cincuenta y cuatro mil cuatrocientos. 7 De la tribu de Zabulón el príncipe será Eliab, hijo de Helón. 8 Todo el cuerpo de combatientes de su tribu es de cincuenta y siete mil cuatrocientos. 9 El número de todos los que componen el campamento de Judá es de ciento ochenta y seis mil cuatrocientos. Estos repartidos en sus escuadrones marcharán los primeros [4].

Al mediodía: Rubén

10 En el campamento de los hijos de Rubén al mediodía, el príncipe será Elisur, hijo de Sedeur. 11 Todo el cuerpo de sus combatientes que han sido contados, es de cuarenta y seis mil quinientos. 12 Junto a él acamparán los de la tribu de Simeón, cuyo príncipe es Salamiel, hijo de Surisaddai. 13 Todo el tercio de sus combatientes, que han sido contados, es de cincuenta y nueve mil trescientos. 14 De la tribu de Gad [5] será príncipe Eliasaf, hijo de Duel [6]; 15 y todo el tercio de sus combatientes que se han contado, es de cuarenta y cinco mil seiscientos cincuenta. 16 Todos los que han sido alistados en el campamento de Rubén ascienden a ciento cincuenta y un mil cuatrocientos cincuenta: los cuales repartidos en sus escuadrones marcharán en el segundo lugar.

17 En seguida de éstos llevarán el Tabernáculo del Testimonio los levitas [7], después de desarmado, y marcharán según la distribución de sus oficios y divisiones. Con el mis-

mo orden que se erigirá, se desarmará el Tabernáculo. Cada uno caminará en el puesto y por el orden que le corresponde.

Al poniente: Efraín

18 Al poniente [8] acamparán los hijos de Efraín, cuyo príncipe será Elisama, hijo de Ammiud. 19 Toda la división de sus combatientes, después de numerados, es de cuarenta mil quinientos. 20 Junto a ellos se acampará la tribu de los hijos de Manasés [9], cuyo príncipe será Gamaliel, hijo de Fadasur. 21 Y todo el cuerpo de sus combatientes que fueron numerados, es de treinta y dos mil doscientos. 22 De la tribu de los hijos de Benjamín el príncipe será Abidán, hijo de Gedeón [10]; 23 y todo el tercio de sus combatientes, hecha de ellos la enumeración, es de treinta y cinco mil cuatrocientos. 24 Todos los que se contaron en el campamento de Efraín, son ciento y ocho mil cien hombres, repartidos en sus escuadrones. Estos marcharán los terceros.

Al norte: Dan

25 A la parte del norte [11] pondrán sus tiendas los hijos de Dan, cuyo príncipe será Ahiezer hijo de Ammisaddai. 26 Todo el cuerpo de sus combatientes, hecha la enumeración, es de sesenta y dos mil setecientos. 27 A su lado acamparán los de la tribu de Aser, cuyo príncipe será Fegiel, hijo de Ocrán. 28 Todo el cuerpo de sus combatientes, des-

pués de enumerados, es de cuarenta y un mil quinientos.
29 De la tribu de los hijos de Neftalí el príncipe será Ahira,
hijo de Enán. 30 Toda la división de sus combatientes fue
de cincuenta y tres mil cuatrocientos. 31 Los numerados en
el campamento de Dan han sido en todos ciento y cincuenta y siete mil seiscientos; y éstos marcharán los postreros.

32 Así el número del ejército de los hijos de Israel, dividido
en las familias de sus linajes y en escuadrones, vino a ser
de seiscientos tres mil quinientos cincuenta [12]. 33 Bien que
los levitas no entraron en esta numeración de los hijos de
Israel; porque así lo había mandado el Señor a Moisés. 34 Y
los hijos de Israel ejecutaron todo conforme al mandato
del Señor. Acamparon por sus escuadrones y marcharon
repartidos según las familias y casas de sus padres.

¿Sabías que?

Desde lo alto de un monte, el adivino Balaam verá a Israel «acampado en las tiendas, y distribuido por tribus», y exclamará: «¡Oh cuán bellos son tus Tabernáculos, Jacob, y tus pabellones, oh Israel!» (24,2.5). El Talmud dice que lo admiró ver que las entradas de las tiendas no estaban enfrente unas de otras, para guardar la intimidad de cada familia (b. Babá Batrá 60a). Con las palabras de Balaam en hebreo, «Ma tovu», empiezan muchos judíos su oración de la mañana al entrar en la sinagoga.

El campamento de Israel

Lado	Tribus (príncipe)	Combatientes
Oriente	Judá (Nahasón), Isacar, Zabulón	186.400; marchan primero (2,3-9)
Mediodía	Rubén (Elisur), Simeón, Gad	151.450; segundos (2,10-16)
Occidente	Efraín (Elisama), Manasés, Benjamín	108.100; terceros (2,18-24)
Norte	Dan (Ahiezer), Aser, Neftalí	157.600; últimos (2,25-31)
Dentro	**La tribu de Leví**	**Cita**
Oriente	Moisés, Aarón y sus hijos, ante la entrada	3,38
Mediodía	Caatitas (Elisafán)	3,29-30
Occidente	Gersonitas (Eliasaf, hijo de Lael)	3,23-24
Norte	Merarítas (Suriel)	3,35
Centro	La morada, con el arca	2,2.17

Doce tribus por fuera, Leví por dentro y Dios en medio: «habito yo en medio de vosotros» (5,3). Una tradición judía que recoge Ibn Ezra ponía en los cuatro estandartes un león (Judá), un hombre (Rubén), un toro (Efraín) y un águila (Dan), los rostros de los vivientes que vio Ezequiel (Ez 1,10) y que el Apocalipsis pone ante el trono (Ap 4,7); la tradición cristiana hizo de ellos los símbolos de los cuatro evangelistas. La Jerusalén celestial tiene también tres puertas en cada lado, con los nombres de las doce tribus (Ap 21,12-13).

PAUSA

1. Israel acampaba con la morada en el centro. Si dibujaras tu semana, ¿qué ocuparía el centro?
2. Cada tribu tenía su puesto, ni mejor ni peor que las demás. ¿Aceptas con paz el lugar que te toca en tu familia o en tu comunidad?
3. Dan iba detrás «recogiendo» a los rezagados. ¿A quién podrías esperar tú para que no se quede atrás?

Para orar. *Señor, sé el centro de mi vida y de mi casa, y enséñame a caminar contigo y con los demás.*

3

Los levitas y los primogénitos

Después del censo de las tribus viene el de Leví, la tribu del servicio. El capítulo presenta a los sacerdotes, hijos de Aarón (vv. 1-4), y a los levitas, dados a Aarón como ayudantes (vv. 5-10) y tomados por Dios en lugar de los primogénitos de Israel (vv. 11-13). Siguen el censo de los tres clanes levíticos, con su lugar en el campamento y su tarea (vv. 14-39), y el rescate de los primogénitos que sobran (vv. 40-51). Todo descansa en una idea antigua y profunda: lo primero pertenece a Dios.

Los sacerdotes, hijos de Aarón

1 Estos son los descendientes de Aarón y de Moisés [1] en el
tiempo que habló el Señor a Moisés en el monte Sinaí.
2 Los nombres de los hijos de Aarón son estos: Nadab su
primogénito, después Abiú, y Eleazar e Itamar. 3 Tales son
los nombres de los hijos de Aarón, sacerdotes que fueron
ungidos y cuyas manos fueron llenadas o consagradas [2],
para que ejerciesen las funciones del sacerdocio. 4 Pero
murieron Nadab y Abiú sin hijos, al ofrecer fuego
profano [3] en presencia del Señor en el desierto de Sinaí; y
Eleazar e Itamar ejercieron el oficio de sacerdotes en vida
de su padre Aarón.

Los levitas, dados a Aarón

5 Y habló el Señor a Moisés, diciendo: 6 Haz acercar la tribu
de Leví y preséntala al sumo sacerdote Aarón, para que los
de esta tribu sean sus ministros [4] y hagan la guardia en el
Tabernáculo, 7 y ejerzan todo lo perteneciente al culto que
me debe tributar el pueblo, ante el Tabernáculo del Testi-
monio, 8 y guarden las alhajas del Tabernáculo, dedicán-
dose a su servicio. 9 Donarás, pues, los levitas [5], 10 a Aarón
y a sus hijos, como un presente que les hacen los hijos de
Israel. Pero a Aarón y a sus hijos los constituirás para ejer-
cer las funciones sagradas del sacerdocio. Cualquier otro
que se introduzca en este ministerio sagrado [6], será casti-
gado de muerte.

11 Y habló el Señor a Moisés diciendo: 12 Yo he tomado a los
levitas de mano de los hijos de Israel en lugar de todos los
primogénitos que nacen entre los hijos de Israel, y así los
levitas serán míos, 13 ya que míos son todos los primogéni-
tos. Desde que herí a los primogénitos en la tierra de
Egipto [7], consagré para mí todo lo primero que nace en Is-
rael, así de hombres como de animales: son míos. Yo el Se-
ñor.

El censo de Leví

14 Habló, pues, el Señor a Moisés en el desierto de Sinaí, di-
ciendo: 15 Cuenta los hijos de Leví por las casas y familias

de sus padres, todos los varones de un mes arriba [8]. [16] Los contó Moisés como lo había mandado el Señor. [17] Y estos son los nombres de los hijos de Leví: Gersón, y Caat, y Merari. [18] Hijos de Gersón: Lebni y Semei. [19] Hijos de Caat: Amram, Jesaar, Hebrón y Oziel [9]. [20] Hijos de Merari: Moholi y Musi.

[21] De Gersón se propagaron dos familias, la de Lebni y la de Semei: [22] cuyos individuos del sexo masculino, contados los de un mes arriba, fueron siete mil quinientos. [23] Estos acamparán detrás del Tabernáculo al poniente, [24] a las órdenes del príncipe Eliasaf, hijo de Lael. [25] Y velarán en la guardia del Tabernáculo de la alianza, [26] teniendo a su cuidado el mismo Tabernáculo y sus cubiertas, el velo que se pone delante de la puerta del Tabernáculo de la alianza y las cortinas del atrio: asimismo el velo que se cuelga en la entrada del atrio del Tabernáculo y todo lo que sirve al ministerio del altar, las cuerdas del Tabernáculo y todos sus utensilios.

[27] La descendencia de Caat abraza las familias de los amramitas, jesaaritas, hebronitas y ozielitas. Estas son las familias de los caatitas contadas por sus nombres. [28] Todos los del sexo masculino de un mes arriba, que son ocho mil seiscientos, harán la guardia del santuario, [29] acampando a la parte del mediodía. [30] Su príncipe será Elisafán, hijo de Oziel; [31] y cuidarán del arca, de la mesa, del candelero,

de los altares y vasos del santuario, que sirven para el ministerio, y del velo interior y de todo su aparato correspondiente. 32 Si bien Eleazar, hijo de Aarón sumo sacerdote y primer príncipe de los levitas [10], tendrá la superintendencia de los que velan en la custodia del santuario.

33 Finalmente, de Merari serán las familias de moholitas y musitas, en las que contados por sus nombres 34 todos los del sexo masculino de un mes arriba, fueron seis mil doscientos: 35 Su príncipe será Suriel, hijo de Abihaiel. Estos acamparán a la parte septentrional; 36 y estarán a su cuidado los tablones del Tabernáculo y los travesaños, y las columnas con sus basas, y todo lo perteneciente a estas cosas; 37 e igualmente las columnas que cercan el atrio, sus basas y las estacas con sus cuerdas.

38 Delante del Tabernáculo de la alianza, esto es, al oriente, fijarán sus tiendas Moisés y Aarón con sus hijos [11], velando en la custodia del santuario en medio de los hijos de Israel. Cualquier extraño que se arrimare, será muerto. 39 Todos los levitas que contaron Moisés y Aarón por mandato del Señor, familia por familia, en el sexo masculino, de un mes arriba, fueron veintidós mil [12].

El rescate de los primogénitos

40 Y dijo el Señor a Moisés: Cuenta los primogénitos de los hijos de Israel en el sexo masculino, de un mes arriba, y

sacarás la suma de ellos. 41 Y apartarás para mí a los levitas, en lugar de todos los primogénitos de los hijos de Israel. Yo soy el Señor; y los ganados de los levitas en vez de todos los primerizos de los ganados de los hijos de Israel. 42 Contó Moisés, como había mandado el Señor, los primogénitos de los hijos de Israel; 43 y notados los varones por sus nombres, de un mes arriba, fueron veintidós mil doscientos setenta y tres [13].

44 Y habló el Señor a Moisés, diciendo: 45 Toma los levitas en lugar de los primogénitos de los hijos de Israel, y los ganados de los levitas en vez de los primerizos de los ganados de aquéllos, y los levitas serán míos. Yo soy el Señor. 46 Mas por rescate de los doscientos setenta y tres primogénitos de los hijos de Israel, que exceden al número de los levitas, 47 recibirás cinco siclos por cabeza, según el peso del santuario. El siclo tiene veinte óbolos [14]. 48 Y darás este dinero a Aarón y a sus hijos por rescate de los primogénitos que hay de más. 49 Tomó, pues, Moisés el dinero de los que habían resultado de más, y por los cuales se pagaba el rescate a los levitas, 50 siendo la suma que recibió por estos primogénitos de los hijos de Israel, mil trescientos sesenta y cinco siclos [15] al peso del santuario; 51 los que entregó a Aarón y a sus hijos, según el mandato que le había dado el Señor.

¿Sabías que?

El rescate del primogénito se practica todavía en el judaísmo. Cumplidos los treinta días del nacimiento, el padre presenta a su hijo primogénito ante un cohen, un descendiente de Aarón, y le entrega cinco monedas de plata, como manda Nm 18,16. El rito se llama pidyón ha-ben, «rescate del hijo». No se celebra si el padre es cohen o levita, ni si la madre es hija de uno de ellos: la tribu que ocupó el lugar de los primogénitos sigue exenta.

Los clanes de Leví

Clan	Número	Puesto y carga
Gersón	7.500 / 2.630	Al occidente. Cortinas, cubiertas y velos; dos carros. Bajo Itamar (3,23-26; 4,24-28; 7,7)
Caat	8.600 / 2.750	Al mediodía. El arca y los objetos santos, ya envueltos por los sacerdotes, a hombros. Bajo Eleazar (3,29-31; 4,4-16; 7,9)
Merari	6.200 / 3.200	Al norte. Tablas, travesaños, columnas, basas, estacas y cuerdas; cuatro carros. Bajo Itamar (3,35-37; 4,31-33; 7,8)
Sacerdotes	Aarón y sus hijos	Al oriente, ante la entrada. Envuelven las cosas santas antes de la marcha (3,38; 4,5-15)
Total	22.000 / 8.580	3,39 (la suma da 22.300); 4,48
Primogénitos	22.273	273 más que los levitas, rescatados a cinco siclos: 1.365 siclos (3,43-50)

La primera cifra cuenta a los varones de un mes arriba (cap. 3); la segunda, a los de treinta a cincuenta años, aptos para el servicio (cap. 4). La diferencia de trescientos en el total la explicaban Torres Amat y el Talmud por los primogénitos de los propios levitas; algunos modernos proponen un error de copia en la cifra de Caat (8.300). Jesús, primogénito, fue presentado en el templo según la ley del rescate (Lc 2,22-24).

PAUSA

1. Los levitas son «dados», un regalo para el servicio. ¿Vives tu trabajo o tu servicio en la Iglesia como un don recibido o como un mérito?
2. Lo primero pertenece a Dios. ¿Qué «primicias» de tu tiempo o de tus bienes le ofreces?
3. Moisés no buscó un puesto para sus hijos. ¿Qué te enseña su desprendimiento?

Para orar. *Señor, todo lo mío es tuyo: recibe lo primero de mi vida y hazme servidor de los demás.*

4

El servicio de los levitas

El capítulo 3 contó a todos los varones de Leví; este cuenta a los que pueden trabajar, de treinta a cincuenta años, y fija qué hace cada clan cuando el campamento se pone en marcha. Primero los caatitas, que cargan las cosas santísimas después de que los sacerdotes las han envuelto (vv. 1-20); luego los gersonitas, con las cortinas y cubiertas (vv. 21-28), y los meraritas, con las tablas y columnas (vv. 29-33); al final, el recuento de los que servían (vv. 34-49). Es un reglamento de mudanza, pero cada detalle habla del respeto debido a lo santo.

Los caatitas y las cosas santísimas

1 Habló el Señor a Moisés y a Aarón, diciendo: 2 Forma una
lista de los hijos de Caat, entresacados de los levitas, por
sus casas y familias, 3 de treinta años arriba hasta los
cincuenta [1], de todos los que son admitidos para hacer la
guardia y servir en el Tabernáculo de la alianza. 4 Este es el
oficio de los hijos de Caat: cuando se hubiere de mover el
campamento,

5 entrarán Aarón y sus hijos en el Tabernáculo de la alian-
za y en el lugar santísimo, y quitarán el velo pendiente
ante la puerta, y envolverán en él el arca del

Testamento [2], [6]y pondrán además una sobrecubierta de pieles moradas [3], extendiendo encima de todo un paño de color de jacinto [4]; y acomodarán las varas. [7]Envolverán asimismo la mesa de los panes de la proposición [5] en un paño de color de jacinto, metiendo con ella los incensarios y las navetas, las copas y las tazas, para derramar las libaciones; los panes siempre estarán sobre la mesa. [8]Y extenderán por encima un paño de grana, sobre el cual pondrán asimismo una cubierta de pieles moradas, y acomodarán las varas [6].

[9]Tomarán también un paño de color de jacinto con que cubrirán el candelero, las lamparillas, y sus atizadores, y despabiladeras, y todas las vasijas del aceite, y cuanto sirve para aderezar las lámparas; [10]y pondrán encima de todo una cubierta de pieles moradas, y acomodarán las varas. [11]Y de la misma suerte envolverán el altar de oro o de los perfumes, en un paño de color de jacinto, y extenderán encima una cubierta de pieles moradas y acomodarán las varas. [12]Todos los vasos consagrados al ministerio del santuario los envolverán en un paño de color de jacinto, y extenderán encima una cubierta de pieles moradas, y acomodarán las varas.

[13]El altar también de los holocaustos, limpiado de la ceniza, le envolverán en una cubierta de púrpura, [14]y con él pondrán todos los instrumentos que usan en su servicio,

como los braseros, las horquillas y los tridentes, los garfios y bandejas. Todas las cosas que son para el servicio del altar las cubrirán con la sobrecubierta de pieles moradas, y acomodarán las varas. 15 Y después que Aarón y sus hijos, al moverse el campamento, hubieran envuelto el santuario y todos sus utensilios, entonces entrarán los hijos de Caat a cargar los fardos, y nunca tocarán los vasos del santuario; de lo contrario morirán [7]. Esta es la incumbencia de los hijos de Caat en el Tabernáculo de la alianza. 16 El jefe de ellos será Eleazar, hijo del sumo sacerdote Aarón; a cuyo cuidado pertenece el aceite para aderezar las lámparas, y la confección del incienso, y el sacrificio perpetuo [8], y el óleo de la unción, y todo lo perteneciente al culto del Tabernáculo, y todos los utensilios del santuario.

17 Habló, pues, el Señor a Moisés y a Aarón, y les dijo: 18 No expongáis el linaje de Caat a que sea exterminado [9] de entre los levitas; 19 antes bien para que ellos no perezcan, habéis de precaver que no toquen las cosas santísimas; a cuyo fin Aarón y sus hijos entrarán en el santuario, y dispondrán lo que deba hacer cada uno de los hijos de Caat, y señalarán la carga que ha de llevar. 20 Los demás por ningún caso sean curiosos en mirar [10] las cosas que hay en el Santuario, antes que estén envueltas; de lo contrario, morirán.

Los gersonitas

21 Habló después el Señor a Moisés, diciendo: 22 Cuenta
también el número de los hijos de Gersón por sus casas, y
familias y linajes, 23 de treinta años arriba hasta los cin-
cuenta. Cuenta todos aquellos que entran al servicio [11] del
Tabernáculo de la alianza.

24 El oficio de las familias de los gersonitas es este: 25 Llevar
las cortinas del Tabernáculo y la cobertura del mismo, la
segunda cubierta y la sobrecubierta de pieles moradas y el
velo que cuelga en la entrada del Tabernáculo de la alian-
za, 26 las cortinas del atrio y el velo o antipara de la entra-
da, que está antes del Tabernáculo. Todo lo perteneciente
al altar, las cuerdas y los vasos del ministerio 27 lo han de
llevar los hijos de Gersón, según las órdenes que recibirán
de Aarón y sus hijos, y así sabrá cada cual qué carga le co-
rresponde. 28 Tal es la incumbencia de la familia de los ger-
sonitas en el Tabernáculo de la alianza, y estarán sujetos a
Itamar [12], hijo del sumo sacerdote Aarón.

Los meraritas

29 Del mismo modo contarás los hijos de Merari por las fa-
milias y casas de sus padres, 30 de treinta años hasta los
cincuenta todos los que entran en el ejercicio de su minis-
terio y al servicio del Tabernáculo del Testimonio. 31 Su in-
cumbencia es esta: Llevarán las tablas y travesaños del Ta-

bernáculo, las columnas con sus basas, 32 las columnas también que cercan el atrio con sus pedestales, y estacas y cuerdas. Todos los instrumentos y muebles los recibirán por cuenta 13, y así los llevarán. 33 Este es el oficio de la familia de los meraritas y su ministerio en el Tabernáculo de la alianza; y estarán bajo el mando de Itamar, hijo del sumo sacerdote Aarón.

El recuento de los que servían

34 Moisés, pues, y Aarón y los príncipes de la comunidad formaron la lista de los hijos de Caat, por las familias y casas de sus padres, 35 de treinta años arriba hasta cincuenta, todos los que entran al servicio en el Tabernáculo de la alianza; 36 y se hallaron ser dos mil setecientos cincuenta. 37 Este es el número de los descendientes de Caat, que sirven en el Tabernáculo de la alianza, los cuales fueron contados por Moisés y Aarón conforme al mandato del Señor comunicado a Moisés.

38 Fueron asimismo contados los hijos de Gersón por las familias y casas de sus padres, 39 de treinta años arriba hasta los cincuenta, todos los empleados en el ministerio del Tabernáculo de la alianza; 40 y se hallaron ser dos mil seiscientos treinta. 41 Esta es la suma de los gersonitas que fueron contados por Moisés y Aarón, según la orden del Señor.

42 Igualmente se tomó la suma de los hijos de Merari, por
las familias y casas de sus padres, 43 de treinta años arriba
hasta los cincuenta, todos los que entran a servir sus ofi-
cios en el Tabernáculo de la alianza; 44 y se hallaron ser
tres mil doscientos. 45 Este es el número de los hijos de Me-
rari, contados por Moisés y Aarón, según lo mandó el Se-
ñor por medio de Moisés.

46 Todos los que se contaron de los levitas y que hicieron
alistar por sus nombres Moisés y Aarón, y los príncipes de
Israel, según las parentelas y casas de sus padres, 47 de
treinta años arriba hasta los cincuenta, destinados a servir
en el Tabernáculo y a llevar las cargas, 48 fueron en todos
ocho mil quinientos ochenta [14]. 49 Por mandato del Señor
los contó Moisés, señalando a cada cual su oficio y carga,
como el Señor se lo había ordenado.

¿Sabías que?

En la Iglesia ortodoxa de Etiopía, cada templo tiene un tabot, una tabla consagrada que representa las tablas de la Ley guardadas en el arca, y sin él no se puede celebrar la liturgia. Solo los sacerdotes pueden verlo. En la fiesta de Timkat, la Epifanía, que allí se celebra en enero, los sacerdotes lo sacan en procesión sobre la cabeza, envuelto en paños de colores: como los caatitas con el arca, los fieles lo acompañan cantando y danzando, pero nadie ve lo que va dentro.

PAUSA

1. Cada levita sabía qué estaca o qué cuerda le tocaba llevar. ¿Cuál es tu «estaca», ese servicio pequeño que nadie más hará si tú no lo haces?
2. Los sacerdotes debían proteger a los caatitas. ¿De quién eres responsable tú, y cómo lo cuidas?
3. Ante lo santo, reverencia y no curiosidad. ¿Cómo te preparas para entrar en una iglesia o para recibir la Eucaristía?

Para orar. *Señor, que te sirva con reverencia en las cosas grandes y con fidelidad en las pequeñas.*

5

La pureza del campamento y la ley de los celos

Antes de partir, el campamento tiene que ser digno del Dios que habita en él. El capítulo reúne tres leyes: la expulsión de los impuros fuera del campamento (vv. 1-4), la confesión y la restitución de los daños hechos al prójimo (vv. 5-10) y el rito para la mujer sospechosa de adulterio, la llamada prueba de las aguas amargas (vv. 11-31). Las tres hablan de lo mismo: la infidelidad, a Dios o al cónyuge, rompe la comunión. La última es una de las páginas más difíciles del libro, y el ensayo final la examina.

Fuera del campamento, lo impuro

1 Y habló el Señor a Moisés, diciendo: 2 Da orden a los hijos
de Israel, que echen fuera del campamento a todo
leproso [1] y al que adolece de gonorrea [2], y al manchado
por causa de algún muerto. 3 Así a hombres como a muje-
res echadlos fuera del campamento, para que no le conta-
minen, pues habito yo en medio de vosotros [3]. 4 Lo hicie-
ron así los hijos de Israel, y los echaron fuera del campa-
mento, según lo había ordenado el Señor a Moisés.

Confesar y restituir

5 Además habló el Señor a Moisés, diciendo: 6 Di a los hijos
de Israel: cuando un hombre o mujer cometieren alguno
de los pecados en que suelen caer los mortales, y por des-
cuido traspasaren el mandato del Señor [4], y delinquieren,
7 confesarán su culpa [5], y restituirán al sujeto contra
quien pecaron el justo precio del daño que le habrán he-
cho con una quinta parte más. 8 Que si no hay persona a
quien pueda hacerse esta restitución [6], se la darán al Se-
ñor, y será del sacerdote; excepto el carnero que se ofrece
por el perdón para que sirva de sacrificio propiciatorio.

9 Asimismo todas las primicias que ofrecen los hijos de Is-
rael, pertenecen al sacerdote; 10 y todo cuanto ofrece cada
uno al santuario, y entrega en mano del sacerdote, será de
éste.

La ley de los celos

11 Habló también el Señor a Moisés, diciendo: 12 Habla con
los hijos de Israel y diles: Si una mujer casada se
extraviare [7], y despreciando al marido, 13 durmiere con
otro hombre, y el marido no pudiere averiguarlo, sino que
el adulterio está oculto, no hay ningún testigo [8], y no ha
sido sorprendida, 14 si se apodera del marido el espíritu de
celos [9] contra la mujer, la cual, o se ha deshonrado, o es
tachada por falsa sospecha, 15 la llevará delante del sacer-

dote, y ofrecerá por ella en oblación la décima parte de un saco de harina de cebada [10], sin verter aceite encima, ni poner incienso; porque es éste un sacrificio por celos y ofrenda para descubrir un adulterio.

16 El sacerdote, pues, la presentará y pondrá en pie ante el Señor, 17 y tomará del agua santa o del santuario [11] en un vaso de barro, y echará en ella un poquito de polvo del pavimento del Tabernáculo [12]. 18 Y estando en pie la mujer delante del Señor, le descubrirá la cabeza [13] y le pondrá en las manos el sacrificio de recordación o averiguación del pecado [14], y la ofrenda de celos; y él tendrá las aguas amarguísimas o funestas [15], sobre las cuales ha pronunciado con execración las maldiciones,

19 y la conjurará y dirá: Si no ha dormido contigo hombre ajeno y si no te has deshonrado con hacer traición al marido, no te harán daño estas aguas amarguísimas sobre las cuales he amontonado maldiciones. 20 Pero si te has enajenado de tu marido, y te has deshonrado, y dormiste con otro hombre, 21 incurrirás en estas maldiciones. Te ponga Dios por objeto de execración y escarmiento de todos en su pueblo; haga que se pudran tus muslos [16] y que tu vientre, hinchándose, reviente; 22 entren las aguas de maldición en tus entrañas, y entumeciéndose tu regazo, púdranse tus muslos. A lo que responderá la mujer: Amén. Amén. [17]

23 Y el sacerdote escribirá en una cédula estas
maldiciones [18] y las borrará en seguida con las aguas
amarguísimas sobre las cuales descargó las maldiciones,
24 y se las dará a beber a la mujer; y cuando ella haya acaba-
do de beberlas, 25 tomará el sacerdote de manos de la mu-
jer el sacrificio por los celos y le elevará en la presencia del
Señor; y le pondrá sobre el altar; pero antes 26 cogerá un
puñado de la harina que se ha ofrecido en sacrificio y la
quemará sobre el altar, y entonces dará a beber las aguas
amarguísimas a la mujer. 27 Bebidas las cuales, si ella ha
pecado y con desprecio de su marido se ha hecho rea de
adulterio, la penetrarán las aguas de maldición, e hincha-
do el vientre se le pudrirán los muslos, y aquella mujer
vendrá a ser la execración y el escarmiento de todo el pue-
blo. 28 Pero si no ha pecado, no sentirá daño ninguno y
tendrá muchos hijos [19].

29 Esta es la ley del sacrificio por los celos. Si la mujer hicie-
re traición a su marido, y se hubiere amancillado, 30 y el
marido estimulado del espíritu de los celos, la trajere a la
presencia del Señor, y el sacerdote hiciere con ella todo lo
que se ha escrito, 31 el marido será exento de culpa [20] y ella
pagará la pena de su pecado.

¿Sabías que?

Según la Misná, a la mujer sospechosa se la llevaba en el templo de Jerusalén a la puerta oriental, la de Nicanor, porque allí se hacían tres ritos: las aguas amargas, la purificación de las mujeres después del parto y la de los leprosos curados (m. Sotá 1,5). En esa misma puerta se habría presentado, pues, María para su purificación (Lc 2,22-24). En 1902 se encontró en el monte Scopus, en Jerusalén, un osario con una inscripción griega: «Huesos de los hijos de Nicanor de Alejandría, que hizo las puertas». Hoy está en el Museo Británico.

PARA PROFUNDIZAR

La prueba de las aguas amargas

Una mujer casada, contra la que no hay testigos ni pruebas, es acusada por los celos de su marido. Él la lleva al santuario con una ofrenda pobre de harina de cebada. El sacerdote mezcla agua santa con polvo del suelo, le suelta el cabello, la hace jurar, escribe las maldiciones y las disuelve en el agua, y ella la bebe. Si es culpable, perderá la fecundidad y será maldita en su pueblo, pues eso parece significar el eufemismo de los muslos que «se pudren» (ver nota a 5,21); si es inocente, quedará limpia y tendrá hijos (5,11-31). Es el único caso claro de ordalía en la Ley de Moisés: un juicio que se deja directamente en manos de Dios.

El rito tiene paralelos en el antiguo Oriente. El Código de Hammurabi (hacia 1750 a. C.) dispone que la mujer acusada por su marido, sin haber sido sorprendida, jure por el dios y vuelva a su

casa; pero si son otros los que la señalan, debe arrojarse al río, y el río, que era un dios, decide (§§ 131-132). Varios estudiosos, como J. Milgrom y T. Frymer-Kensky (1984), han subrayado la diferencia: el agua de Números, a diferencia del río, no hace daño por sí misma, y solo actúa si Dios interviene. El rito, además, quitaba el caso de las manos del marido celoso y de los rumores del pueblo, y lo cerraba: una mujer que salía indemne quedaba públicamente rehabilitada.

Pero no hay que suavizar el texto. La ley es desigual: no existe un rito para el marido sospechoso, y él queda sin culpa aunque se haya equivocado (5,31). La mujer sufre una humillación pública, con el cabello suelto ante el altar, y la Misná la describe todavía con más dureza (m. Sotá 1,5). Torres Amat, en su nota, compara esta ley con la del repudio, que Jesús explicó como una concesión a la dureza del corazón (Mt 19,8). El Concilio Vaticano II dice que los libros del Antiguo Testamento contienen «cosas imperfectas y pasajeras», aunque manifiestan la pedagogía de Dios (*Dei Verbum*, n. 15; Catecismo, n. 122).

La propia tradición judía tomó distancia. La Misná, que dedica al rito un tratado entero, cuenta que Rabán Yojanán ben Zakai lo suprimió cuando se multiplicaron los adúlteros, y cita a Oseas: «no castigaré a vuestras hijas cuando se prostituyan… porque vosotros mismos os vais con las rameras» (m. Sotá 9,9; Os 4,14). Una enseñanza recogida en el Talmud deduce de 5,31 que las aguas solo probaban a la mujer si el marido estaba él mismo libre de culpa (b. Sotá 47b). Y un comentario antiguo ve en el Nombre de Dios disuelto en el agua una lección sobre la paz: Dios consiente

que se borre su Nombre para reconciliar a los esposos (*Sifré Números* 42).

Un apócrifo cristiano del siglo II, el *Protoevangelio de Santiago*, cuenta que, al descubrirse el embarazo de María, el sumo sacerdote les hizo beber «el agua de la prueba del Señor» a ella y también a José, y ambos volvieron ilesos (cap. 16). No es historia, pero es significativo que el relato haga beber también al hombre. El Evangelio va mucho más lejos. Ante la mujer sorprendida en adulterio, Jesús no la absuelve sin más ni la condena: pone a los acusadores ante su propio pecado y a ella ante una vida nueva (Jn 8,1-11). Juan Pablo II comentó esa escena observando cuántas veces una mujer queda sola con su pecado, señalada por todos, mientras el hombre que lo compartió pasa inadvertido: «solamente paga ella, y paga sola» (*Mulieris dignitatem*, n. 14).

La enseñanza de la Iglesia recoge lo que este rito buscaba a tientas y corrige lo que tenía de injusto. El adulterio es una injusticia grave, la cometa el hombre o la mujer (Catecismo, nn. 2380-2381), y Cristo condena incluso el deseo (Mt 5,27-28). La unidad del matrimonio descansa en «la igual dignidad personal» del varón y de la mujer (Catecismo, n. 1645). La fidelidad que la ley quería proteger es un camino que se recorre entre dos, y la sospecha no puede convertirse en un tribunal privado.

PAUSA

1. La ley pide confesar y restituir. ¿Hay algún daño que hiciste y que todavía puedes reparar?
2. Los celos y las sospechas pueden destruir una relación. ¿Cómo cuidas la confianza en tu matrimonio, en tu familia o en tus amistades?
3. Jesús no condenó a la mujer, pero hizo mirar su conciencia a los acusadores. ¿Juzgas a los demás con más dureza que a ti mismo?

Para orar. *Señor, fiel a tu alianza, hazme fiel en mis promesas y misericordioso con las faltas de los demás.*

6

El *nazareo y la bendición de Aarón*

El capítulo tiene dos partes muy distintas. La primera es la ley del nazareo (vv. 1-21): un hombre o una mujer que se consagra a Dios por un tiempo con un voto, y que se distingue por tres señales: no bebe vino, no se corta el pelo y no se acerca a un muerto. La ley prevé qué hacer si se contamina (vv. 9-12) y cómo termina el voto (vv. 13-21). La segunda parte es la bendición que los sacerdotes deben dar al pueblo (vv. 22-27), una de las oraciones más antiguas de la Biblia. Una habla de la consagración de algunos; la otra, de la bendición para todos.

El voto del nazareo

1 Y habló el Señor a Moisés, diciendo: 2 Habla a los hijos de
Israel, y diles: Cuando un hombre o una mujer [1] hicieren
voto de sacrificarse [2] y quisieren consagrarse al Señor, 3 se
abstendrán de vino y de todo lo que puede embriagar [3];
no beberán vinagre hecho de vino o de otra bebida cual-
quiera que pueda embriagar, ni tampoco zumo alguno ex-
primido de uvas; no comerán uvas frescas ni pasas. 4 Todo
el tiempo que estarán consagrados por voto al Señor, no
comerán fruto alguno de la viña, desde la uva pasa hasta el
granillo [4].

5 Todo el tiempo de su consagración o nazareato [5], no pasará navaja por su cabeza, hasta que se cumplan los días por los que se consagraron al Señor. Será santo o se conocerá que es nazareo, dejando crecer la cabellera de su cabeza [6]. 6 Todo el tiempo de su consagración no entrará donde haya un muerto; 7 no asistirá a funerales, aunque sean de padre, o de madre [7] o de hermano, o hermana, a fin de no contraer mancha; por cuanto tiene sobre su cabeza la señal de hombre consagrado a Dios [8]. 8 Todos los días de su separación será santo o consagrado al Señor.

Si el nazareo se contamina

9 Que si alguno muriere repentinamente delante de él, su cabeza consagrada quedará inmunda; la cual raerá luego aquel mismo día en que comienza a purificarse, y otra vez en el séptimo. 10 Mas al octavo día ofrecerá dos tórtolas o dos pichones al sacerdote a la entrada del Tabernáculo de la alianza; 11 y el sacerdote sacrificará a uno por el pecado, y el otro en holocausto, y hará oración por él; porque pecó y se manchó a causa del muerto [9]; y santificará de nuevo su cabeza en aquel día, 12 y consagrará los días de su separación al Señor ofreciendo un cordero primal por el pecado [10]; pero de manera que los días precedentes de su nazareato no valgan, por cuanto su santificación fue contaminada.

El final de la consagración

13 Esta es la ley de la consagración de los nazareos. Cumplidos que sean los días por los que se obligó con el voto [11],
será conducido a la entrada del Tabernáculo de la alianza;
14 y presentará al Señor la oblación, esto es, un cordero inmaculado primal para holocausto, y una cordera inmaculada primal por el pecado, y un carnero inmaculado para hostia pacífica [12]. 15 Además, un canastillo de panes ázimos amasados con aceite y lasaña también sin levadura, untadas de aceite con sus libaciones correspondientes.
16 Lo que ofrecerá el sacerdote en el acatamiento del Señor, y hará el sacrificio así por el pecado como en holocausto.
17 Inmolará asimismo el carnero como hostia pacífica del Señor, ofreciendo además el canastillo de los ázimos y las libaciones debidas según rito.

18 Entonces ante la puerta del Tabernáculo de la alianza se le raerá al nazareo la cabellera consagrada a Dios [13]; y el sacerdote cogerá los cabellos y los echará en el fuego que está debajo de la hostia pacífica. 19 Tomará también la espaldilla cocida del carnero y del canastillo una torta sin levadura y una lasaña ázima, y lo pondrá todo en manos del nazareo, después que se le hubiere raído la cabeza. 20 Y recibiendo nuevamente estas mismas cosas de mano del nazareo, las elevará en presencia del Señor; y estando santificadas, pertenecerán al sacerdote, así como el pecho que se

mandó separar y la pierna. Hecho esto, puede ya el nazareo beber vino [14]. [21] Esta es la ley del nazareo, cuando hiciere su ofrenda al Señor en el tiempo de su consagración, dejando aparte las cosas que tenga él posibilidad de hacer; según lo que prometió con voto en su corazón [15], así lo hará para cumplimiento de su santificación.

La bendición de Aarón

[22] Habló también el Señor a Moisés, diciendo: [23] Di a Aarón y a sus hijos: De esta suerte daréis la bendición a los hijos de Israel [16], diciéndoles: [24] El Señor te bendiga y te guarde [17]. [25] El Señor te muestre apacible su rostro [18] y haya misericordia de ti [19]. [26] Vuelva el Señor su rostro hacia ti [20] y te conceda la paz [21]. [27] Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel [22] y yo les echaré mi bendición [23].

¿Sabías que?

Cuando los descendientes de Aarón, los cohanim, dan esta bendición en la sinagoga, extienden las manos con los dedos separados en forma de uve, un gesto que muchos relacionan con la letra shin, inicial de Shaddai, y la asamblea no los mira. El actor Leonard Nimoy, que lo vio de niño en una sinagoga ortodoxa de Boston, lo convirtió en el saludo del señor Spock en *Star Trek* (1967), con las palabras «larga vida y prosperidad». Pocos de los millones que lo imitan saben que viene de Nm 6,24-26.

La bendición sacerdotal palabra por palabra

יְבָרֶכְךָ	יְהוָה	וְיִשְׁמְרֶךָ
yebarejéja	YHWH	*veyishmeréja*
te bendiga	el Señor	y te guarde

יָאֵר	יְהוָה	פָּנָיו	אֵלֶיךָ	וִיחֻנֶּךָּ
yaer	YHWH	*panav*	*eléja*	*vijunnéka*
haga brillar	el Señor	su rostro	sobre ti	y te conceda su gracia

יִשָּׂא	יְהוָה	פָּנָיו	אֵלֶיךָ	וְיָשֵׂם	לְךָ	שָׁלוֹם
yissá	YHWH	*panav*	*eléja*	*veyasem*	*lejá*	*shalom*
alce	el Señor	su rostro	hacia ti	y ponga	para ti	paz

Se lee de derecha a izquierda, un versículo por línea (6,24-26). Las tres frases van creciendo: tres, cinco y siete palabras, con quince, veinte y veinticinco letras, y el nombre de Dios, YHWH, ocupa siempre el segundo lugar. Una forma algo más breve está grabada en dos rollitos de plata de hacia el 600 a. C. hallados en Ketef Hinnom, en Jerusalén. Torres Amat sigue a la Vulgata: «te muestre apacible su rostro y haya misericordia de ti», «vuelva el Señor su rostro hacia ti».

PARA PROFUNDIZAR

Nazareos: consagrados a Dios

La palabra nazir viene de nazar, «apartar», «consagrar». El nazareo es alguien que se aparta para Dios, y lleva su consagración, su nézer, sobre la cabeza como una diadema (6,7). Su vida se distingue por tres señales: no bebe vino ni toma nada que venga de la vid; no se corta el pelo, y no se acerca a un cadáver, ni siquiera el de su padre o su madre (6,3-7). El voto de Números 6 es voluntario y temporal, y está abierto a «un hombre o una mujer» (6,2), algo notable en una legislación sacerdotal. Al cumplirse el plazo,

el nazareo ofrece sacrificios, se rapa la cabeza y quema su cabellera en el fuego del sacrificio de comunión (6,13-20).

La Biblia conoce también nazareos de por vida, elegidos por Dios antes de nacer. Sansón lo es «desde el seno de su madre», y su madre debe abstenerse de vino durante el embarazo (Jue 13,4-7); su fuerza está ligada a su cabellera (Jue 16,17). Ana promete que ninguna navaja pasará por la cabeza de Samuel (1 Sm 1,11); un manuscrito de Qumrán del libro de Samuel parece llamarlo además, expresamente, nazir (1 Sm 1,22), una lectura que no tiene el texto hebreo tradicional. Amós cuenta entre los dones de Dios a Israel el de los profetas y los nazareos, y acusa al pueblo de haberles hecho beber vino (Am 2,11-12). En tiempos de los Macabeos, con el templo profanado, los judíos reunidos en Masfa presentaron ante Dios a los nazareos que habían cumplido su voto y no podían terminarlo en el santuario (1 Mac 3,46-49).

En la época de Jesús, el voto era frecuente. La Misná le dedica el tratado *Nazir*, que fija en treinta días el plazo mínimo (m. Nazir 1,3) y recuerda a la reina Helena de Adiabene, nazarea durante veintiún años (m. Nazir 3,6). El ángel anuncia que Juan Bautista «no beberá vino ni licor» (Lc 1,15). San Pablo se rapa la cabeza en Cencreas por un voto (Hch 18,18), y en Jerusalén paga los gastos de cuatro hombres que terminan el suyo (Hch 21,23-26). Hegesipo, un escritor del siglo II citado por Eusebio, describe a Santiago, el «hermano del Señor», como un consagrado desde el seno materno, que no bebía vino ni licor y por cuya cabeza nunca pasó la navaja (*Historia eclesiástica* II,23).

Jesús, en cambio, no fue nazareo: sus adversarios lo llamaban «comilón y bebedor de vino» (Mt 11,19), y en Caná dio vino en abundancia (Jn 2,1-11). Mateo dice que fue llamado «Nazareno» para que se cumpliera lo dicho por los profetas (Mt 2,23); ningún profeta lo dice con esas palabras, y se discute si Mateo alude a los nazareos o al «retoño» (nétser) que brotará del tronco de Jesé (Is 11,1). Sin embargo, en la última Cena, Jesús anuncia que no volverá a beber del fruto de la vid hasta que lo beba nuevo en el Reino de Dios (Mc 14,25), y en la cruz, al tomar el vinagre, dice: «Todo está cumplido» (Jn 19,30). Algunos intérpretes ven ahí una consagración de este tipo, llevada hasta el final; es una lectura posible, no una certeza.

La renuncia del nazareo no gustaba a todos. En el Talmud, rabí Eleazar ha-Kappar veía en él a alguien que «pecó» contra su alma al privarse del vino; rabí Eleazar, en cambio, lo llamaba «santo» (b. Taanit 11a). La tradición cristiana ha sabido mantener las dos verdades: la creación es buena, y precisamente por eso renunciar a algo bueno puede ser un signo elocuente. La vida consagrada, con la profesión de los consejos evangélicos, «pertenece, sin discusión, a la vida y a la santidad» de la Iglesia (*Lumen gentium*, n. 44; Catecismo, n. 914), y es una consagración «más íntima» que tiene su raíz en el bautismo (Catecismo, n. 916).

El nazareo enseña algo que vale para todo bautizado: que se le puede dar a Dios un tiempo concreto, el propio cuerpo y las propias costumbres, y que esa entrega se ve. Y enseña también cómo termina: con una comida de comunión y una copa de vino (6,20).

La consagración no es una huida de la alegría, sino un camino hacia la fiesta de Dios.

PARA PROFUNDIZAR

«El Señor te bendiga y te guarde»

La bendición sacerdotal es una pequeña obra maestra. En hebreo tiene tres frases que van creciendo: tres palabras, luego cinco, luego siete, con quince, veinte y veinticinco letras. El nombre de Dios, YHWH, aparece una vez en cada frase, siempre en segundo lugar, y cada frase une dos verbos: el primero dice lo que Dios hace y el segundo lo que da. El Señor bendice y guarda; hace brillar su rostro y concede su gracia; alza su rostro y pone la paz. Todo culmina en la última palabra, shalom. Y aunque la pronuncian los sacerdotes ante todo el pueblo, habla en singular: «te bendiga», a ti (ver el cuadro).

El centro de la bendición es el rostro de Dios. Que Dios «haga brillar su rostro» es que mire con agrado, como un padre que se ilumina al ver a su hijo; los salmos lo piden una y otra vez (Sal 4,7; 31,17; 80,4), y el Salmo 67, que acompaña esta lectura el 1 de enero, empieza con un eco de nuestro texto: «Dios tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros» (Sal 67,2). Que Dios «alce su rostro» es que muestre su favor. Torres Amat, con la Vulgata, dice que el Señor «muestre apacible su rostro» y «vuelva su rostro hacia ti». El versículo final explica qué ocurre al bendecir: los sacerdotes «ponen» el Nombre de Dios sobre el pueblo, y es Dios mismo quien bendice (6,27).

En 1979, un equipo dirigido por el arqueólogo Gabriel Barkay excavaba unas tumbas en Ketef Hinnom, frente a la ciudad vieja de Jerusalén, y encontró dos diminutas láminas de plata enrolladas. Cuando se consiguieron desenrollar y leer, apareció en ellos, con pocas diferencias, la bendición de Números 6. Se fechan hacia el 600 a. C., antes del destierro a Babilonia, y son los fragmentos más antiguos que se conocen de un texto bíblico, varios siglos anteriores a los manuscritos del mar Muerto. Se conservan en el Museo de Israel. Eran, probablemente, amuletos: alguien llevaba sobre sí, literalmente, el Nombre del Señor y su bendición.

Israel la siguió rezando. El libro del Eclesiástico describe al sumo sacerdote Simón alzando las manos sobre toda la asamblea para dar la bendición del Señor y gloriarse en su Nombre (Sir 50,20-21). La Misná cuenta que en el templo se pronunciaba el Nombre tal como se escribe (m. Sotá 7,6), y todavía hoy los cohanim bendicen así en la sinagoga. El Evangelio de san Lucas, que empieza con un sacerdote, Zacarías, que sale del santuario sin poder hablar al pueblo (Lc 1,21-22), termina con Jesús que alza las manos, bendice a sus discípulos y, mientras los bendice, es llevado al cielo (Lc 24,50-51). Muchos comentaristas han visto en ese final la bendición sacerdotal de Cristo, que no se interrumpe.

La Iglesia la conserva en lugares de honor. Es la primera lectura del 1 de enero, la solemnidad de Santa María, Madre de Dios, que es también la Jornada Mundial de la Paz, y el Misal romano la ofrece como bendición solemne para el tiempo ordinario. San Francisco de Asís, en 1224, en el monte de La Verna, la escribió de su puño y letra para fray León, que pasaba por una prueba interior, añadiendo: «El Señor te bendiga, fray León», y la firmó con

una tau; ese pequeño pergamino, la *Chartula*, se conserva en Asís. El Catecismo recuerda que bendecir es una acción divina que da la vida y cuya fuente es el Padre (n. 1078), y que nuestra bendición es la respuesta a la suya (n. 2626).

Algunos cristianos han leído en el triple «Señor» una alusión a la Trinidad. El propio Torres Amat lo sugería en su nota de 1824: el nombre de Dios se repite tres veces, «tal vez para significar el misterio de la Trinidad de las Personas divinas que dan la bendición». Es una meditación cristiana, no el sentido literal del texto, pero tiene su lógica: la Iglesia bendice en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Recibir la bendición es dejarse mirar por Dios, y darla es poner su Nombre sobre los demás.

PAUSA

1. El nazareo ofrecía a Dios un tiempo de su vida con señales visibles. ¿Qué podrías ofrecerle tú en este momento concreto?
2. ¿De qué «vino» bueno podrías privarte un tiempo para dejar más espacio a Dios?
3. Los sacerdotes ponían el nombre de Dios sobre el pueblo. ¿A quién podrías bendecir hoy con tus palabras o tus gestos?

Para orar. El *Señor me bendiga y me guarde, haga brillar su rostro sobre mí y me conceda su paz.*

7

Las ofrendas de los príncipes

Con 89 versículos, es el capítulo más largo del Pentateuco, y casi todo él repite doce veces las mismas palabras. El relato vuelve atrás, al día en que Moisés terminó y ungió la morada (Éx 40), un mes antes del censo. Tiene tres partes: los carros y bueyes que los príncipes regalan a los levitas (vv. 1-9); las ofrendas de cada príncipe para la dedicación del altar, una tribu por día durante doce días (vv. 10-88), y la voz de Dios que habla a Moisés desde el propiciatorio (v. 89). La repetición no es descuido: cada tribu tiene su día, su nombre y su lugar ante Dios.

Carros para los levitas

1 Después que Moisés concluyó el Tabernáculo [1], y le erigió, y le ungió y santificó con todas sus alhajas, con el altar
y todos sus vasos, 2 los príncipes de Israel y los jefes de las
familias en cada tribu, que eran los superiores de los que
habían sido alistados, 3 presentaron por ofrenda al Señor
seis carros cubiertos [2] y doce bueyes; entre cada dos capitanes ofrecieron un carro, y cada uno de ellos un buey, y
los presentaron ante el Tabernáculo.

4 Sobre lo cual dijo el Señor a Moisés: 5 Recíbelos para que
sirvan al uso del Tabernáculo y entrégalos a los levitas, se-

gún la calidad de su ministerio. 6 Con esto Moisés, recibidos los carros y bueyes, se los entregó a los levitas. 7 Dos carros y cuatro bueyes los dio a los hijos de Gersón [3], conforme a lo que necesitaban. 8 Los otros cuatro carros y ocho bueyes se los dio a los hijos de Merari en atención a los oficios y cargos suyos, bajo el mando de Itamar, hijo del sumo sacerdote Aarón. 9 A los hijos de Caat no les dio carros, ni bueyes; porque ellos sirven en lo más santo del santuario, y llevan las cargas sobre sus propios hombros [4].

Doce días de ofrendas

10 Además de esto, los caudillos o jefes presentaron sus ofrendas delante del altar para la dedicación del mismo altar [5], en el día que fue ungido. 11 Y dijo el Señor a Moisés: Cada caudillo ofrezca en su día los dones para la dedicación del altar.

12 El primer día hizo su ofrenda Nahasón hijo de Aminadab [6], de la tribu de Judá; 13 y fue su presente una fuente de plata, que pesaba ciento treinta siclos [7], una taza de plata de setenta siclos, según el peso del santuario: ambas llenas de flor de harina amasada con aceite para el sacrificio; 14 una naveta de oro [8] que pesaba diez siclos llena de incienso; 15 un buey de la vacada, un carnero y un cordero primal para holocausto, 16 y un macho cabrío por el pecado; 17 y para sacrificio pacífico [9] dos bueyes, cinco

carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos primales. Esta fue la ofrenda de Nahasón, hijo de Aminadab.

18 El segundo día ofreció Natanael, hijo de Suar, caudillo
de la tribu de Isacar, 19 una fuente de plata que pesaba cien-
to treinta siclos, una taza de plata de setenta siclos, según
el peso del santuario: ambas llenas de flor de harina, ama-
sada con aceite para el sacrificio; 20 una naveta de oro que
pesaba diez siclos, llena de incienso; 21 un buey de la vaca-
da, un carnero y un cordero primal, para holocausto, 22 y
un macho cabrío por el pecado; 23 y para sacrificios pacífi-
cos dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y
cinco corderos primales. Esta fue la ofrenda de Natanael,
hijo de Suar.

24 El tercer día Eliab, hijo de Helón, caudillo de los hijos de
Zabulón, 25 ofreció una fuente de plata que pesaba ciento
treinta siclos, una taza de plata de setenta siclos, al peso
del santuario: ambas llenas de flor de harina amasada con
aceite para el sacrificio; 26 una naveta de oro que pesaba
diez siclos, llena de incienso; 27 un buey de la vacada, un
carnero y un cordero primal, para holocausto, 28 y un ma-
cho cabrío por el pecado; 29 y para sacrificios pacíficos, dos
bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco cor-
deros primales. Esta fue la ofrenda de Eliab, hijo de Helón.

30 El día cuarto Elisur, hijo de Sedeur, caudillo o jefe de los
hijos de Rubén, 31 ofreció una fuente de plata que pesaba

ciento treinta siclos, una taza de plata de setenta siclos, al peso del santuario, ambas llenas de flor de harina, amasada con aceite, para el sacrificio; [32] una naveta de oro que pesaba diez siclos, llena de incienso; [33] un buey de la vacada, un carnero y un cordero primal para holocausto, [34] y un macho cabrío por el pecado; [35] y para hostias pacíficas dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos primales. Esta fue la ofrenda de Elisur, hijo de Sedeur.

[36] El día quinto Salamiel, hijo de Surisaddai, caudillo o príncipe de los hijos de Simeón, [37] ofreció una fuente de plata que pesaba ciento treinta siclos, una taza de plata de setenta siclos, al peso del santuario; ambas llenas de flor de harina amasada con aceite para el sacrificio; [38] una naveta de oro que pesaba diez siclos, llena de incienso; [39] un buey de la vacada, un carnero y un cordero primal para holocausto, [40] y un macho cabrío por el pecado; [41] y para hostias pacíficas dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos primales. Esta fue la ofrenda de Salamiel, hijo de Surisaddai.

[42] El día sexto Eliasaf, hijo de Duel [10], caudillo de los hijos de Gad, [43] ofreció una fuente de plata que pesaba ciento treinta siclos, una taza de plata de setenta siclos, según el peso del santuario: ambas llenas de flor de harina amasada con aceite para el sacrificio; [44] una naveta de oro que pesa-

ba diez siclos, llena de incienso; 45 un buey de la vacada,
un carnero y un cordero primal para holocausto, 46 y un
macho cabrío por el pecado; 47 y para las hostias pacíficas
dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos, y cinco
corderos primales. Esta fue la ofrenda de Eliasaf, hijo de
Duel.

48 El día séptimo el príncipe o caudillo de los hijos de
Efraín, Elisama, hijo de Ammiud [11], 49 ofreció una fuente
de plata que pesaba ciento treinta siclos, una taza de plata
de setenta siclos, al peso del santuario: ambas llenas de
flor de harina amasada con aceite para el sacrificio; 50 una
naveta de oro, que pesaba diez siclos, llena de incienso;
51 un buey de la vacada, un carnero y un cordero primal
para holocausto, 52 y un macho cabrío por el pecado; 53 y
para hostias pacíficas dos bueyes, cinco carneros, cinco
machos cabríos y cinco corderos primales. Esta fue la
ofrenda de Elisama, hijo de Ammiud.

54 El día octavo el príncipe de los hijos de Manasés, Gama-
liel, hijo de Fadasur, 55 ofreció una fuente de plata del peso
de ciento treinta siclos, una taza de plata que pesaba seten-
ta siclos, al peso del santuario: ambas llenas de flor de ha-
rina amasada con aceite para el sacrificio, 56 una naveta de
oro del peso de diez siclos, llena de incienso; 57 un buey de
la vacada, un carnero y un cordero primal para holocaus-
to, 58 y un macho cabrío por el pecado; 59 y para hostias pa-

cíficas dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos primales. Esta fue la ofrenda de Gamaliel, hijo de Fadasur.

60 El día nono Abidán, hijo de Gedeón, príncipe de los hijos de Benjamín, 61 ofreció una fuente de plata que pesaba ciento treinta siclos, y una taza de plata de setenta siclos, al peso del santuario; ambas llenas de flor de harina amasada con aceite para el sacrificio, 62 y una naveta de oro, que pesaba diez siclos, llena de incienso; 63 un buey de la vacada, un carnero y un cordero primal para holocausto, 64 y un macho cabrío por el pecado; 65 y para hostias pacíficas dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos primales. Esta fue la ofrenda de Abidán, hijo de Gedeón.

66 El día décimo Ahiezer, hijo de Ammisaddai, príncipe de los hijos de Dan, 67 ofreció una fuente de plata que pesaba ciento treinta siclos, una taza de plata de setenta siclos, al peso del Santuario: ambas llenas de flor de harina amasada con aceite para el sacrificio; 68 una naveta de oro, que pesaba diez siclos, llena de incienso; 69 un buey de la vacada, un carnero y un cordero primal para holocausto, 70 y un macho cabrío por el pecado; 71 y para hostias pacíficas dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos primales. Esta fue la ofrenda de Ahiezer, hijo de Ammisaddai.

72 El undécimo día Fegiel, hijo de Ocrán, príncipe de los hijos de Aser, 73 ofreció una fuente de plata de ciento treinta siclos de peso, una taza de plata de setenta siclos, al peso del santuario: ambas llenas de flor de harina amasada con aceite para el sacrificio; 74 una naveta de oro, que pesaba diez siclos, llena de incienso; 75 un buey de la vacada, un carnero y un cordero primal para holocausto, 76 y un macho cabrío por el pecado; 77 y para hostias pacíficas, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos primales. Esta fue la ofrenda de Fegiel, hijo de Ocrán.

78 El día duodécimo Ahira, hijo de Enán, príncipe de los hijos de Neftalí, 79 ofreció una fuente de plata que pesaba ciento treinta siclos, una taza de plata de setenta siclos, al peso del santuario: ambas llenas de flor de harina amasada con aceite para el sacrificio; 80 una naveta de oro, que pesaba diez siclos, llena de incienso; 81 un buey de la vacada, un carnero, y un cordero primal para holocausto, 82 y un macho cabrío por el pecado; 83 y para hostias pacíficas dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos, y cinco corderos primales. Esta fue la ofrenda de Ahira, hijo de Enán.

La suma de los dones

84 Las cosas, pues, ofrecidas por los príncipes [12] o caudillos de Israel en la dedicación del altar, cuando fue consagrado, fueron éstas: doce fuentes de plata, doce tazas de plata,

doce navetas de oro, [85] pesando cada fuente ciento treinta siclos de plata y setenta siclos cada taza, y así pesaban juntos todos los vasos de plata dos mil cuatrocientos siclos al peso del santuario; [86] las doce navetas de oro llenas de incienso, pesando cada una diez siclos de oro, y juntas ciento veinte siclos al peso del santuario; [87] doce bueyes de la vacada para holocausto, carneros doce, corderos primales doce, con sus libaciones, y doce machos cabríos por el pecado; [88] para hostias pacíficas veinticuatro bueyes, sesenta carneros, sesenta machos cabríos y sesenta corderos primales. Estas fueron las ofrendas en la dedicación del altar, cuando fue ungido.

La voz sobre el arca

[89] Y cuando entraba Moisés en el Tabernáculo de la alianza para consultar el oráculo [13], oía la voz del Señor que hablaba con él desde el propiciatorio [14], que estaba sobre el arca del Testamento entre los dos querubines, desde donde hablaba a Moisés.

¿Sabías que?

En las sinagogas, durante los ocho días de Janucá, la fiesta de la Dedicación, se lee cada día un pasaje de este capítulo, el de las ofrendas de los príncipes (Misná, Meguilá 3,6), y la lectura del octavo día llega hasta 8,4, el candelero. La fiesta recuerda la nueva dedicación del altar por Judas Macabeo en el año 164 a. C. y toma su nombre de la «dedicación» (janukká) de 7,10. Así, el capítulo más largo de la Torá, el de las doce listas repetidas, se escucha cada invierno a la luz de las velas de Janucá.

Las ofrendas de los doce príncipes

Día	Tribu (lado del campamento)	Príncipe
1.º	Judá (oriente)	Nahasón, hijo de Aminadab (7,12)
2.º	Isacar (oriente)	Natanael, hijo de Suar (7,18)
3.º	Zabulón (oriente)	Eliab, hijo de Helón (7,24)
4.º	Rubén (mediodía)	Elisur, hijo de Sedeur (7,30)
5.º	Simeón (mediodía)	Salamiel, hijo de Surisaddai (7,36)
6.º	Gad (mediodía)	Eliasaf, hijo de Duel (7,42)
7.º	Efraín (occidente)	Elisama, hijo de Ammiud (7,48)
8.º	Manasés (occidente)	Gamaliel, hijo de Fadasur (7,54)
9.º	Benjamín (occidente)	Abidán, hijo de Gedeón (7,60)
10.º	Dan (norte)	Ahiezer, hijo de Ammisaddai (7,66)
11.º	Aser (norte)	Fegiel, hijo de Ocrán (7,72)
12.º	Neftalí (norte)	Ahira, hijo de Enán (7,78)

Cada príncipe trajo lo mismo (7,13-17): una fuente de plata de 130 siclos y una taza de 70, llenas de harina con aceite; una naveta de oro de 10 siclos con incienso; un buey, un carnero y un cordero para el holocausto; un macho cabrío por el pecado, y dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos para el sacrificio pacífico. En total, 2.400 siclos de plata, 120 de oro y 252 animales: 36 holocaustos, 12 machos cabríos y 204 víctimas pacíficas (7,84-88). El orden es el del campamento (2,3-31), no el de los nacimientos. La repetición, que el texto no abrevia, da a cada tribu su día y su solemnidad: ante el altar, ninguna vale más que otra.

PAUSA

1. Cada príncipe ofreció exactamente lo mismo que los demás. ¿Te cuesta servir a Dios en lo ordinario, sin destacar?
2. Los caatitas llevaban lo más santo sobre sus propios hombros. ¿Qué cosas santas de tu vida no deberías delegar en nadie?
3. Moisés entraba en la tienda para escuchar la voz. ¿Cuándo y dónde entras tú a escuchar a Dios?

Para orar. *Señor, recibe lo poco que te traigo y háblame, como a Moisés, desde tu misericordia.*

8

Las lámparas y los levitas

Después de los dones de los príncipes, la tribu de Leví se ofrece a sí misma. El capítulo tiene dos partes desiguales: Aarón enciende las siete lámparas del candelero (vv. 1-4), y Moisés purifica a los levitas y los presenta ante el Señor (vv. 5-22), con una ley final sobre la edad de su servicio (vv. 23-26). El gesto central sorprende: todo Israel impone las manos sobre los levitas, y Aarón los ofrece a Dios como un don vivo, en lugar de los primogénitos. La luz del santuario y el servicio de los levitas son dos maneras de estar delante de Dios en nombre de todos.

Las siete lámparas

1 Y habló el Señor a Moisés, diciendo: 2 Habla con Aarón y
dile [1]: Puestas en el candelero las siete lamparillas, lo co-
locaréis en la parte meridional [2]. Dispón, pues, que las lu-
ces miren al norte hacia el frente de la mesa de los panes
de la proposición; deben siempre alumbrar hacia la parte
que mira al candelero. 3 Así lo hizo Aarón [3], y colocó las
lamparillas en el candelero, como el Señor había ordenado
a Moisés. 4 La hechura del candelero [4] era en esta forma:
tanto el pie de en medio, como todos los brazos, los cuales
salían de ambos lados, eran de oro labrado a martillo [5]; y

Moisés le había hecho fabricar, arreglándose en todo al diseño que el Señor le había mostrado.

La purificación de los levitas

5 El mismo Señor habló también a Moisés, diciendo:
6 Separa los levitas de en medio de los hijos de Israel y purifícalos [6], 7 con estas ceremonias: Sean rociados con el agua de la expiación [7], y córtense todos los pelos de su cuerpo [8]; y habiendo lavado sus vestidos y limpiádose,
8 tomarán un buey de la vacada, y para libación u oblación suya, flor de harina amasada con aceite. Tú también tomarás otro buey de la vacada, para ofrecer por el pecado; 9 y presentarás los levitas ante el Tabernáculo de la alianza, congregada toda la multitud de los hijos de Israel.

10 Y estando los levitas ante el Señor, los hijos de Israel pondrán sus manos sobre ellos [9]. 11 Y Aarón ofrecerá los levitas como un don [10] que los hijos de Israel hacen al Señor, para que le sirvan en las funciones de su ministerio.
12 Los levitas por su parte pondrán sus manos sobre la cabeza de los bueyes; de los cuales uno lo sacrificarás por el pecado y otro en holocausto del Señor, a fin de impetrar el perdón a favor de ellos. 13 Así presentarás los levitas ante Aarón y sus hijos: y después de ofrecidos al Señor, los consagrarás, 14 y separarás de entre los hijos de Israel, para que sean míos [11]; 15 y después de esto entrarán en el Tabernáculo de la alianza para que me sirvan. De esta manera

los purificarás y consagrarás para oblación del Señor, ya
que me han sido dados como don por los hijos de Israel,
16 y yo los he recibido en cambio de los primogénitos [12] o
primeros que salen del seno materno de Israel.

17 Porque míos son todos los primogénitos de los hijos de
Israel, tanto de hombres como de bestias. Desde aquel día
que herí a todos los primogénitos en la tierra de Egipto [13],
los consagré para mí, 18 y escogí los levitas en lugar de to-
dos los primogénitos de los hijos de Israel; 19 y entresaca-
dos de en medio del pueblo se los he dado a Aarón y a sus
hijos para que me sirvan en el Tabernáculo de la alianza,
en lugar de los hijos de Israel, y hagan oración por ellos [14],
a fin de que no haya plaga en el pueblo, si osaren acercarse
al santuario.

20 Hicieron, pues, Moisés y Aarón y todo el pueblo de los
hijos de Israel, en orden a los levitas, lo que el Señor había
mandado a Moisés, 21 y fueron purificados y lavados sus
vestidos. Y Aarón los presentó en ofrenda en el acatamien-
to del Señor, y oró por ellos, 22 para que, purificados, acu-
diesen a sus oficios en el Tabernáculo de la alianza delante
de Aarón y de sus hijos. Como el Señor lo mandó a Moisés,
así se hizo con los levitas.

La edad del servicio

23 Y habló el Señor a Moisés, diciendo: 24 Esta es la ley de
los levitas: De veinticinco años arriba [15] entrarán a servir
en el Tabernáculo de la alianza; 25 y cumpliendo los cin-
cuenta años de edad, dejarán de servir, 26 y ayudarán sola-
mente a sus hermanos [16] en el Tabernáculo de la alianza,
para custodiar las cosas que les fueron encomendadas,
mas no harán los mismos trabajos de antes. Esto dispon-
drás respecto de los levitas en sus ministerios.

¿Sabías que?

El candelero de siete brazos pasó también a las iglesias cristianas. El más antiguo que se conserva está en la catedral de Essen, en Alemania: un candelabro de bronce de más de dos metros, que la abadesa Matilde mandó hacer hacia el año 1000 y consagró a Cristo, según dice su inscripción. En la catedral de Milán, el candelabro Trivulzio, de bronce y unos cinco metros de altura, obra de finales del siglo XII o comienzos del XIII, está desde el siglo XVI. Los cristianos medievales leían sus siete lámparas a la luz del Apocalipsis (Ap 1,12; 4,5), y muchos vieron en ellas los siete dones del Espíritu Santo.

PAUSA

1. Aarón hizo exactamente lo que se le mandó, cada tarde. ¿Qué fidelidad sencilla te pide Dios en tu rutina?
2. Los levitas fueron «dados» a Dios en nombre de todos. ¿Qué parte de tu vida le has entregado sin reservas?
3. A los cincuenta años, el levita no dejaba de servir: cambiaba de servicio. ¿Cómo puedes servir en la etapa de la vida en que estás?

Para orar. *Señor, que mi vida sea una lámpara encendida delante de ti y un don para mis hermanos.*

9

La segunda Pascua y la nube

El capítulo reúne dos piezas. La primera vuelve atrás, al mes primero: Israel celebra la Pascua en el Sinaí, un año después de la salida de Egipto, y unos hombres impuros por haber tocado un cadáver preguntan si deben quedar excluidos; Dios responde con una ley nueva, la segunda Pascua, un mes más tarde (vv. 1-14). La segunda describe la nube que cubre la morada y marca el ritmo del camino: Israel se pone en marcha cuando ella se alza y acampa cuando se posa, sea un día o un año (vv. 15-23). Ley y camino se responden: el pueblo vive a la escucha de su Dios.

La Pascua en el Sinaí

1 El segundo año después que salieron de la tierra de Egipto, en el primer mes, había hablado el Señor [1] a Moisés en
el desierto de Sinaí, diciendo: 2 Celebren los hijos de Israel
la Pascua a su tiempo [2], 3 que es el día catorce de este mes
a la tarde [3], observando todas las ceremonias y ritos de
ella. 4 Mandó, pues, Moisés a los hijos de Israel que cele-
brasen la Pascua; 5 los cuales la celebraron a su tiempo, el
día catorce del mes a la tarde, en el desierto del monte Si-
naí. Y lo hicieron los hijos de Israel, observando todas las
cosas que Dios había ordenado a Moisés.

Una segunda Pascua

6 Mas he aquí que unos que estaban inmundos por razón
de un cadáver [4], y que por tanto no podían celebrar la Pas-
cua en aquel día, llegándose a Moisés y Aarón, 7 les dije-
ron: Estamos inmundos por razón de un cadáver. ¿Por qué
hemos de quedar privados [5] por esto de presentar a su
tiempo la ofrenda al Señor, como los demás hijos de Is-
rael? 8 Les respondió Moisés: Aguardad que consulte al
Señor [6] para saber qué es lo que dispone acerca de voso-
tros.

9 Y el Señor habló a Moisés diciendo: 10 Dirás a los hijos de
Israel: El hombre de vuestra nación que se hallare inmun-
do por ocasión de algún cadáver, o lejos en algún viaje [7],
celebre la Pascua del Señor, sacrificando el cordero, 11 en el
mes segundo, a catorce del mes, por la tarde; le comerá
con panes ázimos y lechugas silvestres [8]; 12 no dejará nada
de él para otro día, ni le quebrará hueso alguno [9]; obser-
vará todas las ceremonias de la Pascua.

13 Mas si alguno estando limpio y no habiendo estado de
viaje, sin embargo dejó de celebrar la Pascua, será exter-
minado de la compañía de su pueblo [10], por no haber ofre-
cido a su tiempo el sacrificio pascual al Señor. Este pagará
la pena de su pecado. 14 Asimismo si entre vosotros hubie-
re algún extranjero o advenedizo, celebrará al Señor la
Pascua según sus ceremonias y ritos; una misma será en-

tre vosotros la ley para el extranjero que para el nacional [11].

La nube sobre la morada

15 Es de recordar, que el día en que se erigió el Tabernáculo
le cubrió una nube. Mas desde la noche hasta la mañana
apareció sobre el pabellón como una llama de fuego [12]. 16 Y
esto siguió siempre así. En el día le cubría una nube y por
la noche una como llama de fuego. 17 Y cuando se comen-
zaba a mover la nube que cubría el Tabernáculo, entonces
los hijos de Israel se ponían en marcha; y donde paraba la
nube, allí acampaban.

18 A la orden del Señor marchaban [13], y a la orden del mis-
mo plantaban el Tabernáculo. Todo el tiempo que la nube
estaba parada sobre el Tabernáculo, se mantenía en el
mismo sitio. 19 Y si sucedía que se detuviese por mucho
tiempo fija sobre él, los hijos de Israel estaban en centinela
esperando las órdenes del Señor [14]; y no se movían 20 en
todos aquellos días que posaba la nube sobre el Tabernácu-
lo. A la orden del Señor armaban las tiendas y a su orden
las desarmaban.

21 Si la nube había estado parada desde la tarde hasta la
mañana y luego al amanecer iba dejando el Tabernáculo,
marchaban; y si después de un día y una noche se retiraba,
desarmaban luego las tiendas. 22 Pero si por dos días, o un

mes, o más largo tiempo [15] estaba sobre el Tabernáculo, permanecían los hijos de Israel en el mismo lugar y no viajaban; mas luego que se apartaba, movían el campo. [23] A la señal del Señor fijaban las tiendas y a la señal del mismo partían; y estaban en observación, aguardando la señal del Señor, como lo tenía él mandado por medio de Moisés [16].

¿Sabías que?

La «segunda Pascua» (Pésaj Shení) sigue en el calendario judío, el 14 del mes de iyar, un mes después de la Pascua. Desde que el templo fue destruido no se sacrifica ningún cordero, pero muchos judíos comen ese día un trozo de pan ácimo, y la tradición ha hecho de ella la fiesta de la «segunda oportunidad»: nunca es tarde para volver. El rey Ezequías se acogió a esta ley cuando celebró la Pascua en el mes segundo, porque los sacerdotes no se habían purificado a tiempo (2 Cr 30,2-3.15).

PAUSA

1. Los impuros no se resignaron a quedar fuera de la Pascua. ¿Hay algo de lo que te sientes excluido y que podrías pedir a Dios con la misma franqueza?
2. La nube podía quedarse una noche o un año. ¿Te cuesta esperar los tiempos de Dios?

Para orar. *Señor, guíame de día y de noche, y enséñame a ponerme en camino solo cuando tú te muevas.*

10

Las trompetas y la partida

Es el último encargo en el Sinaí y el primer paso del camino. El capítulo tiene tres partes: las dos trompetas de plata y sus toques, para reunir al pueblo, para la marcha, para la guerra y para las fiestas (vv. 1-10); la partida, cuando la nube se alza el día veinte del mes segundo, con las tribus en el orden fijado (vv. 11-28), y las últimas palabras antes de perder de vista el monte: la invitación a Hobab y las dos invocaciones de Moisés al arca (vv. 29-36). Aquí comienza la segunda gran parte del libro, la del desierto.

Las dos trompetas de plata

1 Y habló el Señor a Moisés diciendo: 2 Hazte dos trompetas
de plata batida a martillo [1] con las que puedas avisar al
pueblo cuando se ha de levantar el campamento. 3 Y cuan-
do hicieres sonar las trompetas se congregará cerca de ti
toda la gente a la puerta del Tabernáculo de la alianza. 4 Si
tocares una sola vez, acudirán a ti los príncipes y las cabe-
zas del pueblo de Israel. 5 Pero si el sonido fuese más proli-
jo y quebrado [2], los que están a la parte oriental moverán
los primeros el campo. 6 Al segundo toque semejante y so-
nido recio de la trompeta, recogerán las tiendas los que
habitan al mediodía, y lo mismo harán los demás sonando

reciamente las trompetas para la marcha. 7 Cuando se haya de congregar el pueblo, el sonido de las trompetas será sencillo y sin redoble.

8 Tocarán las trompetas los sacerdotes hijos de Aarón [3], y éste será un estatuto perpetuo en vuestras generaciones. 9 Si saliereis de vuestra tierra a pelear contra los enemigos que os muevan guerra, tocaréis con redoble las trompetas; y el Señor Dios vuestro se acordará de vosotros [4] para libraros de las manos de vuestros enemigos. 10 Cuando hubiereis de celebrar un banquete, y días de fiesta, y las calendas o primer día del mes [5], tocaréis las trompetas al ofrecer los holocaustos y víctimas pacíficas, para que vuestro Dios se acuerde de vosotros. Yo el Señor Dios vuestro.

La partida del Sinaí

11 El año segundo, en el segundo mes, a los veinte del mes [6], se alzó la nube de sobre el Tabernáculo de la alianza; 12 y los hijos de Israel, divididos en sus escuadrones, partieron del desierto de Sinaí, y la nube vino a posar en el desierto de Farán [7].

13 Los hijos de Judá, divididos según sus escuadrones, se pusieron en marcha los primeros, conforme a la orden del Señor, comunicada por Moisés; 14 era el príncipe o caudillo de ellos Nahasón, hijo de Aminadab. 15 En la tribu de los

hijos de Isacar fue el príncipe Natanael, hijo de Suar. 16 En
la tribu de Zabulón, fue el príncipe Eliab, hijo de Helón.
17 Y desarmado el Tabernáculo, cargaron con él los hijos de
Gersón y de Merari [8]; y siguieron la marcha.

18 Partieron después por su orden los hijos de Rubén, divi-
didos en sus compañías, cuyo príncipe era Elisur, hijo de
Sedeur. 19 En la tribu de los hijos de Simeón el príncipe era
Salamiel, hijo de Surisaddai. 20 En la tribu de Gad era el
príncipe Eliasaf, hijo de Duel. 21 Tras éstos caminaron los
caatitas, llevando en hombros las cosas santas; y el Taber-
náculo era llevado hasta el sitio donde se debía erigir [9].

22 Movieron asimismo su campamento los hijos de Efraín
divididos en sus compañías, y de cuyo cuerpo era príncipe
Elisama, hijo de Ammiud. 23 En la tribu de los hijos de Ma-
nasés, el príncipe era Gamaliel, hijo de Fadasur. 24 Y en la
tribu de Benjamín era caudillo Abidán, hijo de Gedeón.

25 Los últimos que partieron del campamento fueron los
hijos de Dan [10], divididos por sus escuadrones, en cuyo
cuerpo el príncipe era Ahiezer, hijo de Ammisaddai. 26 En
la tribu de los hijos de Aser era príncipe Fegiel, hijo de
Ocrán. 27 Y en la tribu de los hijos de Neftalí era príncipe
Ahira, hijo de Enán. 28 Este es el orden de los campamen-
tos y la manera con que debían marchar los hijos de Israel
por sus escuadrones, cuando levantaban el campo.

Hobab y el arca

29 Dijo entonces Moisés a Hobab, hijo de Raguel madianita,
su pariente [11]: Nosotros partimos para el país cuyo dominio nos ha de dar el Señor; ven con nosotros para que te
hagamos bien, estableciéndote ventajosamente; pues el
Señor ha prometido bienes a Israel. 30 Hobab le respondió:
No iré contigo, sino que me volveré a mi tierra donde nací.
31 Pero Moisés: No quieras, dijo, abandonarnos, ya que tú
eres práctico de los sitios en que debemos acampar por el
desierto, y nos servirás de guía [12]. 32 Y si vinieres con nosotros, te daremos lo mejor de las riquezas [13] que nos ha
de dar el Señor.

33 Partieron, pues, del monte del Señor [14], caminando tres
días, y el arca de la alianza del Señor los precedía, señalándoles aquellos tres días el lugar del campamento [15]. 34 La
nube del Señor iba también sobre ellos de día, durante el
viaje. 35 Y al tiempo de alzar el arca, decía Moisés: Levántate, Señor, y sean disipados tus enemigos [16], y huyan de tu
presencia los que te aborrecen. 36 Mas al asentarla, decía:
Vuélvete, oh Señor, hacia la multitud del ejército de
Israel [17].

¿Sabías que?

Flavio Josefo describe así las trompetas de Moisés: algo menos de un codo de largo, un tubo estrecho, un poco más grueso que una flauta, terminado en forma de campana (Antigüedades judías III,12,6). En el Arco de Tito, en Roma, el relieve del botín del templo del año 70 muestra dos trompetas junto a la mesa de los panes (ver Éx 37). Las monedas de la revuelta de Bar Kojba (132-135) reprodujeron trompetas entre los símbolos del templo, y la Regla de la Guerra de Qumrán quería que las trompetas de la batalla final llevaran escritas inscripciones como «Llamados de Dios».

El orden de marcha

Puesto	Quiénes	Qué llevan
Delante	El arca y la nube (10,33-34)	Buscan el lugar del descanso
1.º	Judá, Isacar, Zabulón (10,14-16)	Estandarte de oriente
2.º	Gersonitas y meraritas (10,17)	La morada desmontada
3.º	Rubén, Simeón, Gad (10,18-20)	Estandarte del mediodía
4.º	Caatitas (10,21)	Las cosas santas, a hombros
5.º	Efraín, Manasés, Benjamín (10,22-24)	Estandarte de occidente
6.º	Dan, Aser, Neftalí (10,25-27)	Estandarte del norte; retaguardia
Toque	**A quién llama**	**Qué hacen**
Una trompeta	Los príncipes (10,4)	Acuden a Moisés
Toque llano	Toda la asamblea (10,3.7)	Se reúnen ante la morada
Toque quebrado	Cada campamento (10,5-6)	Levantan las tiendas

En 2,17 los levitas marchaban todos en el centro; aquí la morada se adelanta para estar levantada cuando lleguen los objetos santos. Al alzar el arca, Moisés decía «Levántate, Señor» (Sal 68,2), y al posarla, «Vuélvete, oh Señor» (10,35-36). En los manuscritos hebreos estos dos versículos van entre dos signos en forma de nun invertida (נ), que el Talmud discute (b. Shabbat 115b-116a).

PAUSA

1. Moisés pidió a Hobab que fuera «sus ojos», aunque tenía la nube. ¿Aceptas la ayuda de los demás en tu camino con Dios?
2. «Levántate, Señor» al partir; «vuélvete» al descansar. ¿Cómo empiezas y cómo terminas tus días?
3. El campamento de Dan cerraba la marcha y recogía lo que se perdía. ¿A quién podrías ir a buscar entre los que se quedan atrás?

Para orar. *Levántate, Señor, delante de mí en el camino, y vuelve a descansar en medio de los tuyos.*

11

El *fuego*, *las codornices y los setenta ancianos*

Tres días después de dejar el Sinaí empiezan las quejas. El capítulo entrelaza tres relatos: el fuego de Taberá, que se apaga por la oración de Moisés (vv. 1-3); el antojo de carne, que termina con las codornices y una plaga (vv. 4-10, 18-23 y 31-35), y, en medio, la crisis de Moisés, que pide a Dios la muerte, y el don del espíritu a setenta ancianos (vv. 11-17 y 24-30). Dos deseos se enfrentan: el del pueblo, que añora Egipto, y el de Moisés, que quisiera que todos fueran profetas. La palabra clave es el «antojo» (taavá), que da nombre al lugar de las tumbas.

El fuego de Taberá

[1] Entretanto se suscitó murmullo en el pueblo, como
quejándose [1] contra el Señor por el cansancio. Lo que ha-
biendo oído el Señor se enojó; y encendido contra ellos
fuego del Señor, devoró a los que estaban en la extremidad
del campamento. [2] Habiendo entonces clamado el pueblo a
Moisés, éste oró al Señor, y quedó el fuego extinguido o
absorbido por la tierra. [3] Por lo que llamó el nombre de
aquel lugar incendio [2]: por haberse encendido contra
ellos el fuego del Señor.

La añoranza de Egipto

4 Porque sucedió que la gente allegadiza que había venido
con ellos de Egipto [3], tuvo un ardiente deseo de comer
carne, y poniéndose a llorar, uniéndosele también los hi-
jos de Israel, dijeron: ¡Oh! ¡Quién nos diera carnes para co-
mer! 5 Acordándonos estamos de aquellos pescados que de
balde comíamos en Egipto [4]; se nos vienen a la memoria
los cohombros, y los melones, y los puerros, y las cebollas
y los ajos. 6 Seca está ya nuestra alma; nada ven nuestros
ojos, sino maná [5].

7 Era el maná semejante a la grana del cilantro, del color
del bedelio o rubicundo [6], 8 y el pueblo iba alrededor del
campamento, y recogiéndole le reducía a harina en mo-
lino, y le machacaba en un mortero, cociéndole en ollas, y
haciendo de él unas tortitas de un sabor como de pan ama-
sado con aceite. 9 Y cuando por la noche caía el rocío en el
campo, caía también al mismo tiempo el maná.

10 Oyó, pues, Moisés que el pueblo estaba llorando, cada
cual con su familia a la puerta de su pabellón [7]. Y se en-
cendió en gran manera la indignación del Señor; y aun al
mismo Moisés le pareció la cosa intolerable. 11 Por lo que
dijo al Señor: ¿Por qué has afligido a tu siervo? ¿Cómo es
que no hallo yo gracia delante de tus ojos? ¿Y por qué mo-
tivo me has echado a cuestas el peso de todo este pueblo?
12 ¿Por ventura he concebido yo toda esta turba, o engen-

drádola, para que tú me digas: Llévalos a tu seno, como suele una ama traer al niño que cría [8], y condúcelos a la tierra prometida, con juramento a sus padres? [13] ¿De dónde tengo yo de sacar carnes para dar de comer a tanta gente? Pues lloran y murmuran contra mí, diciendo: Danos carnes para comer. [14] No puedo yo solo soportar a todo este pueblo; porque me pesa demasiado. [15] Que si no lo llevas a mal, te suplico que me quites la vida, y halle yo gracia en tus ojos para no sufrir tantos males [9].

Los setenta ancianos

[16] Dijo el Señor a Moisés: Reúneme setenta varones de los ancianos de Israel [10], los que tú conoces que son autorizados y maestros del pueblo, y los conducirás a la puerta del Tabernáculo de la alianza, y harás que estén allí contigo; [17] y descenderé yo, y te hablaré, y yo tomaré de tu espíritu, y lo comunicaré a ellos [11] para que sostengan contigo la carga del pueblo, y no te sea demasiado grave llevándola solo.

[18] Dirás también al pueblo: Purificaos [12]; mañana comeréis carnes, ya que os he oído decir: ¿Quién nos dará carnes para comer?, mejor nos iba en Egipto. Sí, el Señor os dará carnes para que comáis [19] no un día, ni dos, ni cinco, ni diez, ni veinte; [20] sino por todo un mes entero, hasta que os salgan por las narices y os cause náusea; puesto que habéis desechado al Señor que habita en medio de

vosotros [13], y llorado en su presencia, diciendo: ¿A qué propósito salimos de Egipto?

21 Pero Moisés respondió: Hay en este pueblo seiscientos mil hombres de a pie [14]; y tú dices: Yo les daré de comer carnes, un mes entero. 22 ¿Por ventura se ha de matar tan gran muchedumbre de ovejas y de bueyes que les basten para comer?; ¿o se habrán de juntar a una todos los peces del mar, a trueque de hartarlos? 23 Le replicó el Señor: Pues que, ¿acaso flaquea la mano del Señor? [15] Bien presto verás si tiene efecto mi palabra.

24 Vino, pues, Moisés, y reunidos los setenta varones de los ancianos de Israel a los cuales colocó junto al Tabernáculo, refirió al pueblo las palabras del Señor. 25 Y descendió el Señor en la nube, y habló a Moisés, y tomando del espíritu que en él había, se lo infundió a los setenta varones. Y luego que posó en ellos el espíritu, comenzaron a profetizar, y continuaron siempre así en adelante [16].

26 Dos de los ancianos se habían quedado en el campamento, de los cuales uno se llamaba Eldad y otro Medad [17], y también posó sobre ellos el espíritu; porque también estaban en la lista, aunque no habían ido al Tabernáculo. 27 Y como profetizasen en el campamento, vino corriendo un muchacho a dar aviso a Moisés, diciendo: Eldad y Medad están profetizando en el campamento. 28 Al punto Josué, hijo de Nun, ministro de Moisés, escogido entre

muchos [18], dijo: Señor mío Moisés, no les permitas tal
cosa. [29] Pero él le respondió: ¿A qué fin tienes celos por
amor de mí? ¡Ah! ¡Quién me diera que todo el pueblo
profetizase [19] y que el Señor concediese a todos su espíri-
tu! [30] Y se volvió Moisés al campamento, con todos los an-
cianos de Israel.

Las codornices

[31] Después de esto un viento excitado por el Señor, arreba-
tando del otro lado del mar codornices, las transportó y
arrojó sobre el campamento, alrededor de él, por espacio
de una jornada de camino, y volaban en el aire a dos codos
de altura sobre la tierra [20]. [32] Con lo que acudiendo el pue-
blo todo aquel día, y aquella noche y al día siguiente, jun-
tó, el que menos, diez coros [21] de codornices; y las pusie-
ron a secar alrededor de los campamentos.

[33] Todavía tenían las carnes entre los dientes [22] y no se ha-
bía aún acabado semejante vianda, cuando de repente irri-
tado el furor del Señor contra el pueblo, le castigó con una
plaga sobremanera grande. [34] Por cuyo motivo fue nom-
brado aquel lugar sepulcros de concupiscencia [23]; porque
allí quedó sepultada la gente que tuvo aquel antojo.
[35] Partidos, en fin, de los sepulcros de concupiscencia, vi-
nieron a Haserot [24], donde acamparon.

¿Sabías que?

La codorniz común emigra cada primavera de África hacia Europa y Asia, y vuelve en otoño. Cruza el Mediterráneo y el Sinaí en grandes bandadas y a menudo llega a la costa agotada. Flavio Josefo, al narrar las codornices de Éx 16, ya lo explicaba así: cansadas de su largo vuelo, las codornices volaban muy cerca del suelo y caían sobre el campamento (Antigüedades judías III, 1,5). En la costa mediterránea de Egipto y en el norte del Sinaí se siguen capturando con redes, por millones, cada otoño. Los antiguos egipcios usaban el dibujo de un polluelo de codorniz como signo jeroglífico del sonido «u».

Las murmuraciones del desierto

Cita	Motivo	Desenlace
Antes del Sinaí		
Éx 15,22-25	Mara: agua amarga	Un madero endulza el agua
Éx 16	Hambre; «las ollas de carne»	El maná y las codornices
Éx 17,1-7	Masá y Meribá: sed	Agua de la roca
Después del Sinaí		
Nm 11,1-3	Taberá: el cansancio	Fuego; Moisés intercede
Nm 11,4-34	Antojo de carne	Codornices y plaga
Nm 12,1-15	María y Aarón contra Moisés	Lepra de María
Nm 14,1-38	Miedo a entrar en la tierra	Cuarenta años de desierto
Nm 16,1-35	Coré, Datán y Abirón	La tierra se abre; fuego
Nm 16,41-50	Todo el pueblo contra los dos	Plaga; Aarón con el incienso
Nm 20,2-13	Meribá: sed	Agua; Moisés no entrará
Nm 21,4-9	Pan, agua, «manjar sin sustancia»	Serpientes; la de bronce

Antes del Sinaí, Dios responde a las quejas sin castigar; después, quejas parecidas traen castigos, y casi siempre la intercesión de Moisés o de Aarón detiene el mal. San Pablo resume la lección: estas cosas les sucedían en figura y se escribieron para escarmiento nuestro (1 Cor 10,6-11). Los versículos 16,41-50 siguen la numeración de esta edición (en el hebreo, 17,6-15). Ver el ensayo del capítulo 11.

PARA PROFUNDIZAR

Las murmuraciones del desierto

«Murmurar» es en hebreo lun, y las «murmuraciones», telunnot. La palabra aparece por primera vez en Mara, cuando el agua es

amarga (Éx 15,24), y recorre el camino del desierto hasta la rebelión de Coré (Éx 16,2-12; 17,3; Nm 14,2.27-36; 16,11.41; 17,5). No es una protesta abierta ante Dios, sino un rumor que corre por las tiendas contra Moisés y Aarón y, a través de ellos, contra el Señor: «vuestras murmuraciones no van contra nosotros, sino contra el Señor» (Éx 16,8). Números 11 abre con un esquema que se repetirá muchas veces, resumido aquí en dos versículos: el pueblo se queja, Dios castiga, el pueblo clama a Moisés, Moisés intercede y el castigo cesa (11,1-2).

Llama la atención una diferencia. Antes del Sinaí, Dios responde a las quejas sin castigar: endulza el agua de Mara, da el maná y las codornices, hace brotar agua de la roca (Éx 15–17). Después del Sinaí, quejas muy parecidas traen fuego, plaga y serpientes (ver el cuadro al final del capítulo). Muchos comentaristas lo explican por la alianza: el pueblo que ha escuchado la Ley y tiene a Dios habitando en medio del campamento ya no es un grupo de esclavos asustados, y su queja se convierte en rechazo. El texto lo dice con todas las letras: «habéis desechado al Señor que habita en medio de vosotros» (11,20). No todos explican así el contraste, pero el narrador lo subraya.

La raíz de la murmuración es la añoranza de Egipto. El pueblo recuerda el pescado que comía «de balde» (11,5) y llega a decir que «mejor nos iba en Egipto» (11,18); más adelante propondrá nombrarse un jefe y volver (14,4). La memoria embellece la esclavitud y desprecia el maná, el pan que cae cada mañana. El deseo sin medida, la taavá que dará nombre a los Sepulcros de concupiscencia (11,34), ocupa el lugar de la gratitud. El Deuteronomio explicará el sentido de aquellos años: Dios llevó a Israel por el de-

sierto para probarlo y conocer lo que había en su corazón, y le dio el maná para enseñarle que no solo de pan vive el hombre (Dt 8,2-3). Jesús responderá con esas palabras al tentador, en su propio desierto (Mt 4,4).

No toda queja es murmuración. En este mismo capítulo, Moisés se lamenta ante Dios con palabras durísimas y llega a pedirle la muerte (11,11-15). Lo mismo harán Elías bajo la retama (1 Re 19,4), Jonás (Jon 4,3), Jeremías, que maldice el día en que nació (Jr 20,7-18), Job y muchos salmos. Y Dios no castiga a Moisés: le da ayuda. La diferencia está en el destinatario. El que murmura habla de Dios a sus espaldas, «en sus tiendas» (Sal 106,25); el que se lamenta habla con Dios, y su queja, por amarga que sea, es ya oración y un acto de confianza.

La Biblia volvió muchas veces sobre estas historias. Los salmos 78, 95 y 106 las cantan como advertencia, y la Carta a los Hebreos medita el «hoy» del salmo 95: «no endurezcáis vuestros corazones» como en el desierto (Heb 3,7 – 4,11). San Pablo escribe a los corintios que no murmuren, como murmuraron algunos de ellos y perecieron a manos del Exterminador, porque todo aquello les sucedía en figura y se escribió para escarmiento nuestro (1 Cor 10,10-11). A los filipenses les pide hacerlo todo sin murmuraciones, para brillar como estrellas en medio de una generación torcida (Flp 2,14-15). Y en Cafarnaún la multitud murmura contra Jesús porque dice que es el pan bajado del cielo (Jn 6,41.43.61): ante el verdadero maná se repite la tentación de los padres.

La tradición monástica tomó muy en serio esta enseñanza. San Benito considera la murmuración un veneno para la comunidad:

la obediencia hecha a regañadientes, aunque solo se murmure en el corazón, no agrada a Dios (Regla, cap. 5), y «ante todo», insiste, que no aparezca por ningún motivo el mal de la murmuración (caps. 34 y 40). El remedio que proponen la Escritura y los santos es el mismo: la gratitud por el pan de cada día y la confianza en que Dios, que sacó a su pueblo de Egipto, lo llevará hasta el final del camino.

PARA PROFUNDIZAR

El *espíritu* de Moisés y los *setenta ancianos*

Moisés ha pedido morir: «no puedo yo solo soportar a todo este pueblo» (11,14). Dios no le quita la carga, sino que la reparte: setenta ancianos la llevarán con él (11,17). Para ello tomará del espíritu que está sobre Moisés y lo pondrá sobre ellos. ¿Pierde Moisés algo? Filón de Alejandría, en el siglo I, respondió con una imagen hermosa: no es un corte ni una división, sino como el fuego, que enciende miles de antorchas sin disminuir en nada (Sobre los gigantes 24-25). El espíritu no es propiedad de Moisés: es el espíritu del Señor (11,29), que se comunica sin agotarse.

Cuando el espíritu se posa sobre ellos, los ancianos profetizan (11,25). El hebreo añade velo yasafu, «y no volvieron a hacerlo»: según el Sifré y Rashi, profetizaron solo aquel día, como signo visible de que habían recibido el espíritu, algo parecido a lo que le ocurrirá a Saúl (1 Sm 10,5-13). La Vulgata dice lo contrario, nec ultra cessaverunt, y Torres Amat traduce «continuaron siempre así en adelante»; el Targum arameo de Onkelos entiende lo mis-

mo que la Vulgata, quizá leyendo el verbo como de otra raíz. Las dos lecturas dicen algo verdadero: el signo extraordinario pasa, pero el don recibido para servir permanece.

Dos de los setenta, Eldad y Medad, estaban en la lista, pero se quedaron en el campamento, y también sobre ellos vino el espíritu (11,26). Josué, celoso de la autoridad de su maestro, le pide que se lo impida, y Moisés responde: «¿A qué fin tienes celos por amor de mí? ¡Quién me diera que todo el pueblo profetizase!» (11,29). El espíritu no está atado a la tienda. La escena tiene su eco en el evangelio, cuando Juan quiere impedir que un desconocido expulse demonios en nombre de Jesús, y Jesús responde que el que no está contra nosotros está a favor nuestro (Mc 9,38-40); por eso la liturgia lee juntos los dos pasajes el domingo 26 del tiempo ordinario, ciclo B.

El deseo de Moisés se convierte en promesa en el profeta Joel: Dios derramará su espíritu sobre toda carne, y profetizarán los hijos y las hijas (Jl 3,1-2). San Pedro la ve cumplida el día de Pentecostés (Hch 2,16-18). El concilio Vaticano II enseña que todo el pueblo de Dios participa de la función profética de Cristo y que el Espíritu Santo reparte sus dones entre los fieles de cualquier condición (Lumen gentium, n. 12; Catecismo, n. 785).

El número setenta tiene su propia historia. Setenta ancianos habían subido con Moisés al Sinaí (Éx 24,1.9), y setenta eran los miembros de la familia de Jacob que bajaron a Egipto (Gn 46,27). La Misná funda en este pasaje el número del gran Sanedrín, setenta y uno contando a Moisés (m. Sanedrín 1,6), y Jesús enviará

a setenta discípulos, o setenta y dos según los manuscritos, a preparar su camino (Lc 10,1).

La Iglesia ha visto además en este episodio una figura del ministerio ordenado. El Catecismo enseña que la liturgia ve en la institución de los setenta ancianos una prefiguración del ministerio de la Nueva Alianza (n. 1541), y la plegaria de ordenación de los presbíteros recuerda que Dios multiplicó en el desierto el espíritu de Moisés comunicándolo a setenta varones prudentes, con cuya ayuda gobernó a su pueblo (n. 1542): como los ancianos a Moisés, los presbíteros ayudan a los obispos. Pero el mismo capítulo que funda el orden protege la libertad del Espíritu: los setenta junto a la tienda y Eldad y Medad en el campamento reciben el mismo don. La Iglesia necesita las dos cosas, el ministerio y los carismas, sin los celos de Josué y sin desprecio del orden. Moisés, «el hombre más manso» de la tierra (12,3), es el modelo de una autoridad que no acapara, sino que comparte y se alegra de los dones de los demás.

PAUSA

1. El pueblo recordaba Egipto como un lugar donde se comía «de balde». ¿Qué esclavitudes de tu pasado tiendes a embellecer?
2. Moisés se quejó ante Dios con toda franqueza, y Dios le respondió con ayuda. ¿Le hablas a Dios de lo que te pesa, o solo te quejas ante otros?
3. Josué tuvo celos por Moisés. ¿Te alegras cuando Dios actúa a través de otros, fuera de tu grupo?

Para orar. *Señor, derrama también sobre mí tu espíritu, y líbrame de la murmuración y de los celos.*

12

María y Aarón contra Moisés

La crisis llega a la propia familia de Moisés. María y Aarón lo critican por su mujer extranjera y, sobre todo, ponen en duda su papel único: «¿acaso no nos ha hablado igualmente a nosotros?» (vv. 1-3). Dios los convoca a la tienda y define el lugar de Moisés entre los profetas: a él le habla «boca a boca» (vv. 4-9). Al retirarse la nube, María aparece cubierta de lepra; Aarón suplica, Moisés intercede, y ella queda siete días fuera del campamento mientras el pueblo la espera (vv. 10-16). El hombre más manso de la tierra no se defiende: Dios lo defiende, y él ora por quien lo ha herido.

La crítica y la respuesta de Dios

1 Y hablaron María y Aarón contra Moisés [1] a causa de su
mujer la etiopisa [2], 2 y dijeron: Pues que, ¿por ventura el
Señor ha hablado solamente por boca de Moisés? [3]; ¿acaso no nos ha hablado igualmente a nosotros? Lo que oyendo el Señor, 3 (pues era Moisés el hombre más manso [4] de
cuantos moraban sobre la tierra [5]), 4 al momento le dijo a
él, y a Aarón y a María: Venid los tres solos al Tabernáculo de la alianza [6]. Venidos que fueron, 5 descendió el Señor
en la columna de nube, y poniéndose a la entrada del Tabernáculo, llamó a Aarón y a María [7]. A los cuales, así que

se presentaron, [6] les dijo: Escuchad mis palabras: Si hubiese entre vosotros algún profeta del Señor, yo me apareceré a él en visión, o le hablaré entre sueños [8]. [7] Pero no así a mi siervo Moisés, que es el más fiel o confidente en toda mi casa [9]; [8] porque yo a él le hablo boca a boca [10], y él ve claramente al Señor, y no por enigmas o figuras [11]. ¿Pues cómo os habéis atrevido a hablar mal de mi siervo Moisés? [9] Y airado contra ellos, se retiró [12].

La lepra de María

[10] Se apartó también la nube que estaba sobre el Tabernáculo; y he aquí que María de repente se vio cubierta de lepra blanca como la nieve [13]. Y como Aarón la mirase y viese toda cubierta de lepra, [11] dijo a Moisés: Te suplico, señor mío [14], que no nos imputes este pecado que neciamente hemos cometido; [12] y que no quede ésta como muerta y como un aborto que es arrojado del vientre de su madre [15]. Mira cómo la lepra ha consumido ya la mitad de su carne.

[13] Clamó entonces Moisés al Señor, diciendo: ¡Oh Dios!, vuélvele, te ruego, la salud [16]. [14] Respondió el Señor: ¿Si su padre le hubiere escupido en la cara [17], acaso no debiera siete días por lo menos estar sonrojada? Que esté separada siete días fuera del campamento y después se la hará volver. [15] Fue, pues, María echada fuera del campamento por

siete días [18]; y el pueblo no se movió de aquel lugar, hasta que ella volvió [19].

[16] Habiendo el pueblo partido de Haserot, fijó sus tiendas en el desierto de Farán [20],

¿Sabías que?

María, la hermana de Moisés, lleva el mismo nombre que la Virgen: en hebreo Miryam, en griego Mariam o María. San Jerónimo, en su libro sobre los nombres hebreos, propuso varias etimologías, entre ellas, probablemente, «gota del mar» (stilla maris); pero los copistas escribieron stella maris, «estrella del mar», y así se leyó durante la Edad Media: de ahí viene el título mariano de «Estrella del mar» y el himno Ave maris stella. Hoy se discute el origen del nombre; muchos lo creen egipcio, de una raíz que significa «amada».

PAUSA

1. La crítica a Moisés empezó por su mujer extranjera y terminó en su misión. ¿Esconden tus críticas, a veces, alguna envidia?
2. Moisés no se defendió: oró por quien lo había ofendido. ¿Por quién te cuesta orar?
3. Todo el pueblo esperó siete días a María. ¿A quién debes esperar, sin dejarlo atrás?

Para orar. *Señor, dame un corazón manso como el de Moisés, que deja en tus manos su defensa y ora por quien lo hiere.*

13

Los exploradores

Israel ha llegado al desierto de Farán, a las puertas de la tierra prometida, y Dios manda enviar a doce hombres, uno por tribu, a recorrerla. El capítulo tiene tres partes: la misión y la lista de los doce (vv. 1-16), las instrucciones y el viaje de cuarenta días, con el gran racimo del valle de Escol (vv. 17-24), y el informe ante el pueblo (vv. 25-33). Los exploradores empiezan diciendo la verdad: la tierra mana leche y miel. Pero terminan hablando de gigantes y de langostas. Todos vieron lo mismo; lo que decidirá la historia es cómo lo miraron.

La misión de los doce

1 donde habló el Señor a Moisés [1], diciendo: 2 Envía sujetos
principales, uno de cada tribu, a registrar la tierra de
Canaán [2], la cual tengo de dar a los hijos de Israel. 3 Hizo
Moisés lo que mandaba el Señor, enviando desde el desierto de Farán algunos varones principales cuyos nombres
son estos:

4 De la tribu de Rubén, Sammua, hijo de Zecur [3]. 5 De la
tribu de Simeón, Safat, hijo de Huri. 6 De la tribu de Judá,
Caleb, hijo de Jefone [4]. 7 De la tribu de Isacar, Igal, hijo de
José. 8 De la tribu de Efraín, Oseas, hijo de Nun. 9 De la tri-

bu de Benjamín, Falti, hijo de Rafu. [10] De la tribu de Zabulón, Geddiel, hijo de Sodi. [11] De la tribu de José, por la estirpe de Manasés, Gaddi, hijo de Susi. [12] De la tribu de Dan, Ammiel, hijo de Gemalli. [13] De la tribu de Aser, Stur, hijo de Micael. [14] De la tribu de Neftalí, Nahabí, hijo de Vapsi. [15] De la tribu de Gad, Güel, hijo de Maqui.

[16] Estos son los nombres de los sujetos que envió Moisés a reconocer la tierra; y a Oseas, hijo de Nun, le dio el nombre de Josué [5].

Cuarenta días por la tierra

[17] Los envió, pues, Moisés a reconocer la tierra de Canaán, y les dijo: Subid por la parte del mediodía [6], y llegando a los montes, [18] reconoced la tierra qué tal es; y el pueblo que habita en ella, si es fuerte o flaco, si pocos en número o muchos, [19] si la tierra en sí misma es buena o mala: qué tales las ciudades, si están muradas o sin muros; [20] si el terreno es estéril, si de bosques o sin árboles. Tened buen ánimo y traednos de los frutos de la tierra. Era entonces el tiempo en que ya se pueden comer las uvas tempranas [7].

[21] Habiendo, pues, partido, exploraron la tierra desde el desierto de Tsin [8] hasta Rohob a la entrada de Emat [9]. [22] Y subiendo hacia el mediodía vinieron a Hebrón [10], donde estaban Acimán, y Sisai, y Tolmai, hijos de Enac [11]. Pues

Hebrón fue fundada siete años antes que Tanaís [12], ciudad de Egipto.

23 Y prosiguiendo el viaje hasta el torrente del racimo, cortaron un sarmiento con su racimo, el cual trajeron entre dos en un varal [13]. Llevaron también granadas e higos de aquel sitio, 24 el cual fue llamado Nehelescol, esto es, Torrente o valle del racimo [14]; porque de allí llevaron el racimo los hijos de Israel.

El informe

25 Habiendo vuelto los exploradores de la tierra al cabo de cuarenta días [15], después de haber recorrido todo el país, 26 se presentaron a Moisés y Aarón, y a todo el pueblo de los hijos de Israel en el desierto de Farán, junto a Cades [16]. Y hablando con ellos y con el pueblo todo, mostraron los frutos de la tierra,

27 y dieron cuenta de su viaje, diciendo: Llegamos a la tierra a que nos enviaste; la cual realmente mana leche y miel [17], como se puede ver por estos frutos. 28 Pero tiene unos habitantes muy valerosos y ciudades grandes y fortificadas. Allí hemos visto la raza de Enac. 29 Amalec habita en la parte del mediodía [18]. El heteo, y el jebuseo y el amorreo en las sierras; y el cananeo mora en las costas del mar y en las riberas del Jordán.

30 Entretanto Caleb, para acallar el murmullo [19] que se levantaba en el pueblo contra Moisés, dijo: Ea, vamos allá y tomemos posesión de la tierra; que sin duda la podremos conquistar. 31 Los otros, que lo habían acompañado, decían: De ningún modo podemos contrastar a este pueblo, siendo como es más fuerte que nosotros [20]. 32 Y desacreditaron entre los hijos de Israel la tierra que habían visto, diciendo: La tierra que hemos recorrido se traga a sus habitantes [21]; el pueblo que hemos visto es de una estatura agigantada. 33 Allí vimos unos hombres descomunales [22], hijos de Enac, de raza gigantesca, en cuya comparación nosotros parecíamos langostas [23].

¿Sabías que?

El logotipo del Ministerio de Turismo de Israel muestra a los exploradores que cargan en un palo un racimo enorme: la imagen de la tierra buena que se ofrece al visitante. La misma escena fue muy frecuente en el arte cristiano medieval, en vidrieras, esmaltes y miniaturas, a menudo junto a escenas de la Pasión, porque se veía en ella una figura de Cristo colgado del madero: en los esmaltes de Nicolás de Verdún (1181) del llamado altar de Klosterneuburg, cerca de Viena, los portadores del racimo están justo debajo de la Crucifixión.

Dos maneras de mirar la tierra

Los diez exploradores	Caleb y Josué
«Realmente mana leche y miel» (13,27)	«La tierra que recorrimos es en extremo buena» (14,7)
«Ciudades grandes y fortificadas. Allí hemos visto la raza de Enac» (13,28)	«Si el Señor nos fuere propicio, nos introducirá en ella» (14,8)
«Es más fuerte que nosotros» (13,31)	«Nos los comeremos a todos tan fácilmente como pan» (14,9)
«La tierra que hemos recorrido se traga a sus habitantes» (13,32)	«Se hallan destituidos de toda defensa» (14,9)
«En cuya comparación nosotros parecíamos langostas» (13,33)	«El Señor está con nosotros; no los temáis» (14,9)
Mueren «heridos de muerte a la presencia del Señor» (14,36-37)	Viven y entran en la tierra (14,30.38); Caleb recibe Hebrón, la ciudad de los gigantes (Jos 14,6-14)

Los doce: Sammua (Rubén), Safat (Simeón), Caleb (Judá), Igal (Isacar), Oseas, llamado Josué (Efraín), Falti (Benjamín), Geddiel (Zabulón), Gaddi (Manasés), Ammiel (Dan), Stur (Aser), Nahabí (Neftalí) y Güel (Gad) (13,4-16). Todos vieron lo mismo; lo que cambió fue la mirada: los diez midieron a los gigantes con sus propias fuerzas; Caleb y Josué, con la promesa de Dios.

PAUSA

1. Los diez y los dos vieron la misma tierra. ¿Qué situación de tu vida estás mirando solo con tus fuerzas, y no con la promesa de Dios?
2. «Parecíamos langostas a nuestros ojos». ¿Cómo te ves a ti mismo cuando tienes miedo?
3. Caleb hizo callar el murmullo. ¿Qué palabra de ánimo podrías decir hoy en un ambiente de quejas?

Para orar. *Señor, dame los ojos de Caleb, para ver tus dones y confiar en tu promesa más que en mis miedos.*

14

La noche del llanto

El informe de los exploradores desata la crisis más grave del desierto. El capítulo avanza en cuatro tiempos: el pueblo llora toda la noche, quiere volver a Egipto e intenta apedrear a Josué y a Caleb (vv. 1-10); Dios amenaza con destruirlo y Moisés intercede (vv. 11-25); llega la sentencia: aquella generación morirá en el desierto a lo largo de cuarenta años y entrarán sus hijos (vv. 26-38); y el pueblo, arrepentido a destiempo, sube a pelear sin Dios y es derrotado (vv. 39-45). Dios perdona, pero el perdón no borra las consecuencias: la promesa pasa a otra generación.

La noche del llanto

1 Oído esto, todo el pueblo alzó el grito y estuvo llorando
aquella noche [1]: 2 y todos los hijos de Israel murmuraron
contra Moisés y Aarón, diciendo: 3 Ojalá hubiéramos
muerto en Egipto [2]; y haga el cielo que perezcamos en esta
vasta soledad, y no nos introduzca Dios en esa tierra, don-
de muramos al filo de la espada, y sean llevados cautivos
nuestras mujeres y niños [3]. ¿Pues no será mejor volvernos
a Egipto? 4 Y así se dijeron unos a otros: Nombrémonos un
caudillo y volvámonos a Egipto [4]. 5 Lo que oyendo Moisés
y Aarón, se postraron pecho por tierra delante de todo el
concurso de los hijos de Israel.

6 Pero Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jefone, que habían también explorado la tierra, rasgaron sus vestidos, 7 y dijeron al pueblo de los hijos de Israel: La tierra que recorrimos es en extremo buena. 8 Si el Señor nos fuere propicio [5], nos introducirá en ella y nos hará dueños de un país que mana leche y miel. 9 No queráis ser rebeldes contra el Señor, ni temáis al pueblo de esa tierra, porque nos los comeremos a todos tan fácilmente como pan [6]. Se hallan destituidos de toda defensa [7]; el Señor está con nosotros; no los temáis.

10 Mas como gritase todo el pueblo y los quisiese matar a pedradas, se manifestó la gloria del Señor a todos los hijos de Israel sobre el Tabernáculo de la alianza.

Moisés intercede

11 Y dijo el Señor a Moisés: ¿Hasta cuándo ha de blasfemar de mí ese pueblo? [8] ¿Hasta cuándo no han de creerme, después de tantos milagros como he hecho a su vista? 12 Los heriré, pues, con peste, y acabaré con ellos; y a ti te haré príncipe de una nación grande y más poderosa que no ésta.

13 Replicó Moisés al Señor: Pero los egipcios de cuyo poder sacaste a este pueblo, 14 y también los moradores de este país, que han oído que tú, ¡oh Señor!, estás en medio de este pueblo y te dejas ver cara a cara [9], y que tu nube los

ampara, y que tú vas delante de ellos de día en la columna
de nube y de noche en la de fuego, 15 sabrán, Señor, que has
hecho morir tanta gente como si fuera un hombre solo, y
dirán: 16 No ha tenido poder para introducirlos [10] en la tie-
rra que les prometió con juramento; y por eso los ha muer-
to en el desierto. 17 Sea, pues, engrandecida la fortaleza del
Señor [11], como lo juraste, diciendo: 18 El Señor es paciente
y de mucha misericordia, que quita el pecado y las malda-
des, que a ninguno deja de castigar por inocente, pues na-
die lo es por sí [12], que castiga el pecado de los padres en los
hijos hasta la tercera y la cuarta generación. 19 Perdona, te
ruego, el pecado de este pueblo [13], según la grandeza de tu
misericordia, así como les has sido propicio desde que sa-
lieron de Egipto hasta este sitio.

20 Respondió el Señor: Queda perdonado, conforme lo has
pedido [14]. 21 Juro por mi vida, que toda la redondez de la
tierra se llenará de la gloria del Señor [15]. 22 Sin embargo,
todos los hombres que han visto la majestad mía, y los
prodigios que tengo hechos en Egipto y en el desierto, y
me han tentado ya por diez veces [16], y no han obedecido a
mi voz, 23 no verán la tierra que prometí con juramento a
sus padres: Ni uno siquiera de los que han blasfemado de
mí la llegará a ver. 24 Pero a mi siervo Caleb, que lleno de
otro espíritu me ha seguido [17], le introduciré yo en esa tie-
rra que recorrió, y su descendencia la poseerá. 25 Y por

cuanto el amalecita y el cananeo están en los valles vecinos, levantad mañana el campo y volveos al desierto por el camino del mar Rojo.

Cuarenta años de desierto

26 Y habló el Señor a Moisés y a Aarón, diciendo: 27 ¿Hasta
cuándo esta perversísima gente ha de murmurar contra
mí? He oído las quejas de los hijos de Israel. 28 Diles, pues:
Juro por mi vida, dice el Señor, que he de hacer con voso-
tros puntualmente lo que he oído que hablabais. 29 En este
desierto quedarán tendidos vuestros cadáveres. Cuantos
fuisteis alistados de veinte años arriba [18] y habéis murmu-
rado contra mí, 30 no entraréis en esa tierra, la cual juré
que os había de dar por morada: fuera de Caleb, hijo de Je-
fone, y de Josué, hijo de Nun.

31 Pero yo haré entrar en ella a vuestros pequeñuelos, de
quienes dijisteis que vendrían a ser la presa de los enemi-
gos para que vean la tierra que vosotros desestimasteis.
32 Vuestros cadáveres yacerán en el desierto. 33 Andarán
vuestros hijos vagando [19] por el desierto por espacio de
cuarenta años, pagando la pena de vuestra apostasía hasta
que sean consumidos en el mismo desierto los cadáveres
de sus padres; 34 a proporción del número de los cuarenta
días gastados en reconocer la tierra, contando año por
día [20]. Y así por espacio de cuarenta años pagaréis la pena
de vuestras maldades y experimentaréis mi venganza [21].

35 Porque del modo que lo tengo dicho, así trataré a toda
esta generación perversísima, que se ha levantado contra
mí: En este desierto se irá consumiendo, y en él morirá.

36 Y en efecto todos aquellos hombres que Moisés envió a
reconocer la tierra prometida y a la vuelta hicieron mur-
murar al pueblo contra él, publicando falsamente que la
tierra era mala, 37 fueron heridos de muerte a la presencia
del Señor. 38 Solamente Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de
Jefone, quedaron con vida, de todos los que fueron a ex-
plorar la tierra.

Una batalla sin Dios

39 Y habiendo referido Moisés una por una todas estas pa-
labras del Señor a los hijos de Israel, el pueblo prorrumpió
en un amargo llanto. 40 Y luego al día siguiente, levantán-
dose al amanecer, subieron a la cima del monte, y dijeron:
Estamos prontos a ir al lugar de que habló el Señor 22; por
cuanto conocemos haber pecado.

41 Y Moisés les dijo: ¿A qué fin queréis traspasar vosotros el
mandato del Señor, cosa que nunca os saldrá bien? 42 No
penséis, pues, en ir; porque el Señor no está con vosotros:
sino es que queráis ser derrotados por vuestros enemigos.
43 El amalecita y el cananeo están en frente de vosotros, al
filo de cuya espada pereceréis, por no haber querido rendi-
ros al Señor; ni el Señor estará con vosotros.

44 Con todo eso, ellos ciegos y obstinados subieron [23] a la
cima del monte; mas el arca del Testamento del Señor y
Moisés no se movieron [24] de los campamentos. 45 Pero el
amalecita y el cananeo que habitaban en la montaña, les
salieron al encuentro; y batiéndolos y destrozándolos, los
fueron persiguiendo hasta Horma [25].

¿Sabías que?

En los rollos de la Torá, la primera letra de la palabra «engrandecida» (yigdal) de 14,17 se escribe más grande que las demás. Es una yod, la letra más pequeña del alfabeto hebreo, la «iota» de la que habla Jesús cuando dice que no pasará ni una de la Ley (Mt 5,18). La tradición de los escribas conserva varias de estas «letras grandes», como la bet con que empieza el Génesis. Algunos comentaristas judíos vieron en esta yod agrandada el poder de Dios, que se muestra más grande cuando perdona.

Cuarenta

Cita	Qué dura cuarenta	Sentido
Gn 7,4.12	La lluvia del diluvio	Purificación y nuevo comienzo
Éx 24,18; 34,28	Moisés en el monte, en ayunas	Encuentro con Dios; la alianza
Nm 13,25	La exploración de la tierra	Conocer el don prometido
Nm 14,33-34	El desierto, un año por cada día	Castigo y relevo de una generación
Dt 8,2-4	Los años del maná	Prueba y educación del corazón
Jue 3,11	La paz bajo Otoniel	Una generación de reposo
1 Sm 17,16	El desafío de Goliat	La amenaza, hasta que llega el elegido
1 Re 19,8	Elías camina hasta el Horeb	Peregrinación al monte de Dios
Jon 3,4	El plazo dado a Nínive	Tiempo para la conversión
Ez 4,6	Ezequiel, sobre su lado derecho	Un día por cada año de culpa
Mt 4,2	El ayuno de Jesús en el desierto	Fiel donde Israel tentó a Dios
Hch 1,3	Las apariciones del Resucitado	Enseñanza sobre el Reino
Cuaresma	La preparación de la Pascua	Con Jesús en el desierto (Catecismo, n. 540)

Cuarenta es en la Biblia la cifra de una generación y de un tiempo completo de prueba o de preparación. San Esteban divide en tres cuarentenas la vida de Moisés: en Egipto, en Madián y en el desierto (Hch 7,23.30.36).

PARA PROFUNDIZAR

Los exploradores y los cuarenta años

El episodio de los exploradores es el gozne del libro de los Números. Hasta aquí, Israel caminaba hacia la tierra; desde aquí, vagará por el desierto hasta que muera la generación que salió de Egipto. El Deuteronomio cuenta los mismos hechos desde otro ángulo: allí es el pueblo quien pide enviar exploradores, y Moisés acepta (Dt 1,22-23); luego el pueblo «no quiso subir» y murmuró en sus tiendas (Dt 1,26-27). Los dos relatos coinciden en lo esencial: el pecado de Cades no fue explorar, sino no creer. «No creísteis al Señor vuestro Dios, que iba delante de vosotros en el camino» (Dt 1,32).

Lo más llamativo es que los doce ven lo mismo. Todos confirman que la tierra «mana leche y miel» y traen el racimo como prueba (13,23.27); todos han visto ciudades amuralladas y a los hijos de Enac. La diferencia está en la mirada. Los diez miden al enemigo con sus propias fuerzas y terminan viéndose «como langostas» (13,33); Caleb y Josué lo miden con la promesa: «si el Señor nos fuere propicio, nos introducirá» (14,8). Del miedo, los diez pasan a la calumnia, una tierra que «se traga a sus habitantes»; y de la calumnia, el pueblo pasa a la rebelión: elegir otro jefe y volver a Egipto (14,4). Frente a ellos está Caleb, «lleno de otro espíritu», que siguió al Señor plenamente (14,24); cuarenta y cinco años después pedirá precisamente la montaña de Hebrón, la de los gigantes (Jos 14,6-14).

La intercesión de Moisés es una de las grandes oraciones de la Biblia. Rechaza otra vez la oferta de ser padre de un pueblo nuevo

(14,12; Éx 32,10), apela al honor del nombre de Dios ante las naciones y le recuerda sus propias palabras del Sinaí: «paciente y de mucha misericordia» (14,18; Éx 34,6-7). Dios perdona y, sin embargo, dicta sentencia. El perdón libra al pueblo de la destrucción y mantiene la promesa, pero no borra las consecuencias. La pena tiene forma de espejo: cuarenta días de exploración, cuarenta años de desierto, «año por día» (14,34); el pueblo había deseado morir en el desierto (14,2), y Dios le toma la palabra (14,28). La Misná habla de las «diez pruebas» con que los padres tentaron a Dios (Avot 5,4; cf. 14,22), y el Talmud cuenta este episodio como la última (Arajín 15a); la tradición judía fijó en el nueve de Av, aniversario de aquella noche de llanto, el duelo por las grandes desgracias de su historia (Taanit 4,6).

El capítulo termina con un episodio que completa la lección. Arrepentidos a destiempo, los israelitas suben a la montaña «ciegos y obstinados», sin el arca y sin Moisés, y son derrotados hasta Horma (14,40-45). El verbo hebreo indica presunción (ver nota a 14,44). Es la otra cara de la incredulidad: la víspera no se fiaron de Dios para subir; al día siguiente se fían de sí mismos sin Dios. La fe no es audacia propia, sino obediencia a la palabra presente.

El Nuevo Testamento leyó esta página como una advertencia para la Iglesia. San Pablo recuerda que la mayoría de aquella generación «quedó tendida en el desierto» y que todo aquello se escribió para escarmiento nuestro (1 Cor 10,5.11). La Carta a los Hebreos comenta el Salmo 95, «no endurezcáis vuestros corazones como en el desierto», y pregunta: «¿contra quiénes se irritó durante cuarenta años? ¿No fue contra los que pecaron, cuyos cadáveres cayeron en el desierto?» (Heb 3,17). No entraron «a causa de

su incredulidad», y todavía queda un descanso para el pueblo de Dios, que se juega en el «hoy» de cada generación (Heb 3,19 – 4,11).

Los cuarenta años de Israel reaparecen en los cuarenta días de Jesús en el desierto. El Catecismo los relaciona: al contrario de los que provocaron a Dios durante cuarenta años, Cristo se revela como el Siervo de Dios totalmente obediente (n. 539), y la Iglesia se une cada año a ese misterio en los cuarenta días de la Cuaresma (n. 540). Muchos comentaristas modernos, como D. T. Olson, leen todo el libro como la historia de dos generaciones: la que murió en el desierto y la que nació en él y heredó la promesa. Cades no es el final, sino un nuevo comienzo: Dios no abandona su plan; espera a que crezcan los hijos.

PAUSA

1. El pueblo lloró toda una noche por lo que temía, no por lo que había perdido. ¿Qué miedos te hacen llorar antes de tiempo?
2. Moisés intercedió por un pueblo que quería apedrear a sus compañeros. ¿Por quién te cuesta rezar?
3. Los israelitas quisieron subir cuando Dios ya no lo pedía. ¿Hay algo que quieres hacer «por Dios» sin preguntarle si es lo que él quiere hoy?

Para orar. *Señor, paciente y de mucha misericordia, no permitas que el miedo me haga despreciar la tierra que me prometes.*

15

Leyes para la tierra prometida

Después de la sentencia de los cuarenta años, el texto cambia de tono y presenta leyes que empiezan diciendo: «cuando hubiereis entrado en la tierra». Son en sí mismas una promesa: habrá una generación que entre. El *capítulo reúne cinco piezas: las ofrendas de harina, aceite y vino que acompañan a los sacrificios (vv. 1-16), las primicias de la masa (vv. 17-21), los pecados por ignorancia y el pecado cometido «a sabiendas» (vv. 22-31), el caso del hombre que recogía leña en sábado (vv. 32-36) y las franjas del manto, que recuerdan los mandamientos (vv. 37-41).*

Las ofrendas en la tierra

1 Habló el Señor a Moisés, diciendo: 2 Habla con los hijos de
Israel, y diles: Cuando hubiereis entrado en la tierra [1] de
vuestra morada que os daré yo, 3 y ofreciereis al Señor ho-
locausto o víctima pacífica, cumpliendo votos, o por obla-
ción voluntaria, o ya quemando en vuestras solemnidades
bueyes u ovejas en olor de suavidad al Señor, 4 cualquiera
que sacrificare víctima, ofrecerá con el sacrificio la déci-
ma parte de un efi [2] de flor de harina, heñida con la cuarta
parte de un hin de aceite; 5 y dará la misma medida de
vino [3] para hacer las libaciones del holocausto o de la víc-

tima. Por cada cordero [4] [6] y carnero se ofrecerán dos décimas de flor de harina, que esté amasada con la tercera parte de un hin de aceite; [7] y de vino para la libación ofrecerá la tercera parte de la misma medida, en olor suavísimo al Señor.

[8] Que si el holocausto o la hostia es de bueyes en cumplimiento de voto o por víctima pacífica, [9] darás por cada buey tres décimas de flor de harina amasada con la mitad de la medida de un hin de aceite; [10] e igual porción de vino para las libaciones en ofrenda de olor suavísimo al Señor. [11] Esto harás en el sacrificio [12] de cada buey, carnero, cordero o cabrito.

[13] Tanto los naturales como los forasteros [14] han de ofrecer con este mismo rito los sacrificios. [15] Una misma será la ley y el estatuto, tanto para vosotros como para los extranjeros o prosélitos vuestros [5]. [16] Habló el Señor a Moisés, diciendo:

[17] Habla con los hijos de Israel y diles: [18] Así que lleguéis a la tierra que os daré, [19] y comáis del pan de aquel país, separaréis para el Señor las primicias [20] de vuestros alimentos. Así como separáis las primicias de las eras [6], [21] también de la pasta de harina que gastareis [7], habéis de dar las primicias al Señor.

Pecados por ignorancia y a sabiendas

22 Cuando por ignorancia dejareis de hacer [8] alguna cosa
de las que ha hablado el Señor a Moisés, 23 y que por su me-
dio os ha mandado a vosotros y a vuestros descendientes
desde el día en que comenzó a dar leyes, 24 si toda la mu-
chedumbre del pueblo se olvidare de ponerla en ejecución,
ofrecerá un becerro de la vacada en holocausto de olor
suavísimo al Señor, con su ofrenda y libaciones, como lo
pide el ceremonial, y un macho cabrío por el pecado; 25 y el
sacerdote hará oración por toda la multitud [9] de los hijos
de Israel; y se les perdonará, porque no pecaron con ad-
vertencia; sin dejar por eso de ofrecer al Señor el holo-
causto y el sacrificio por sí y por su pecado y error, 26 y así
se le perdonará a todo el pueblo de Israel, y a los extranje-
ros agregados a ellos, por ser culpa que procede de igno-
rancia común a todo el pueblo [10].

27 Pero si una persona particular pecare por ignorancia,
ofrecerá una cabra primal por su pecado; 28 y el sacerdote
rogará por tal persona, en atención a que pecó delante del
Señor por ignorancia; y le alcanzará el perdón, y quedará
perdonada. 29 Una será la ley de los que pecaren por igno-
rancia, bien sean nacionales o bien forasteros.

30 Mas la persona que osare cometer algún pecado a
sabiendas [11], ora sea ciudadano, ora extranjero, perecerá
de en medio de su pueblo porque fue rebelde al Señor;

31 por cuanto despreció la palabra del Señor y quebrantó su
mandamiento: por lo mismo será exterminado [12] y llevará la pena de su iniquidad.

32 Aconteció, estando los hijos de Israel en el desierto, que
hallaron a un hombre que estaba cogiendo leña en día
sábado [13], 33 y le presentaron a Moisés y Aarón, y a toda la
comunidad. 34 Los cuales le encerraron en la cárcel, no sabiendo qué debían hacer de él [14]. 35 Y dijo el Señor a Moisés: Muera sin remisión ese hombre, mátele todo el pueblo
a pedradas [15] fuera del campamento. 36 Y habiéndole sacado fuera, le apedrearon, y quedó muerto, como el Señor lo
había mandado.

Las franjas del manto

37 Dijo asimismo el Señor a Moisés: 38 Habla con los hijos
de Israel, y les dirás que se hagan unas franjas en los remates de sus mantos [16], poniendo en ellos cintas o listones de
color de jacinto [17]; 39 para que viéndolas se acuerden de todos los mandamientos del Señor y no vayan en pos de sus
pensamientos [18], ni pongan sus ojos en objetos que corrompan su corazón; 40 mas antes bien acordándose de los
preceptos del Señor, los cumplan y se conserven santos y
puros para su Dios. 41 Yo el Señor Dios vuestro, que os saqué de la tierra de Egipto, para ser vuestro Dios.

¿Sabías que?

La bandera del Estado de Israel, blanca con dos franjas azules y la estrella de David en el centro, se inspira en el talit, el manto de oración judío, blanco con franjas oscuras y con los tsitsit de este capítulo en sus esquinas. El movimiento sionista la usó desde finales del siglo XIX, y se suele decir que su azul evoca el tekhélet del v. 38.

PAUSA

1. Las leyes del capítulo empiezan con «cuando hubiereis entrado en la tierra». ¿Qué promesa de Dios te ayuda a seguir caminando después de un fracaso?
2. Los tsitsit servían para «acordarse». ¿Qué te ayuda a ti a recordar a Dios en medio del día?
3. Jesús pidió perdón para los que «no saben lo que hacen». ¿A quién te cuesta perdonar, aunque quizá no sabía el daño que te hacía?

Para orar. *Señor, que mis ojos y mi corazón no exploren tras lo que me aparta de ti, sino que vuelvan siempre a tus mandamientos.*

16

La rebelión de Coré

Es la revuelta más grave contra Moisés y Aarón, porque nace dentro del pueblo y hasta dentro de la tribu consagrada al santuario. Coré, un levita, reclama el sacerdocio; Datán y Abirón, rubenitas, rechazan el mando de Moisés; doscientos cincuenta notables se suman con sus incensarios. El capítulo tiene cuatro momentos: el desafío y la prueba del incienso (vv. 1-19), el juicio, con la tierra que se abre y el fuego (vv. 20-35), los incensarios convertidos en planchas para el altar (vv. 36-40) y la murmuración de todo el pueblo, detenida por Aarón, que se pone con el incienso entre los muertos y los vivos (vv. 41-50).

El motín

1 Pero he aquí que Coré, hijo de Isaar, hijo de Caat, hijo de Leví [1]; y Datán y Abirón, hijos de Eliab [2]; y también Hon, hijo de Felet [3], de la tribu de Rubén, 2 se amotinaron contra Moisés con otros doscientos cincuenta hombres de los hijos de Israel, varones de los más ilustres de la comunidad, y que en tiempo de concilio o asamblea, eran convocados nominadamente [4]. 3 Y presentándose delante de Moisés y Aarón, dijeron: Básteos ya [5] lo hecho hasta aquí; puesto que todo este pueblo es de santos [6], y en medio de

ellos está el Señor, ¿por qué causa os ensalzáis tanto sobre el pueblo del Señor?

4 Lo que oyendo Moisés, se postró rostro por tierra; 5 y luego hablando a Coré y a toda la multitud: Mañana, dijo, declarará el Señor quiénes son los suyos [7], y se apropiará los que son santos; y aquellos que escogiere, ésos se acercarán a él o serán sus ministros. 6 Haced, pues, esto: Tome cada cual su incensario [8], tú Coré, y todo tu séquito; 7 y mañana, echado el fuego, poned sobre él incienso, delante del Señor; y al que escogiere ése será santo: ¡Oh hijos de Leví!, mucho os engreís.

8 Y añadió hablando con Coré: Escuchad, hijos de Leví: 9 ¿Os parece acaso poco que el Dios de Israel os haya separado de todo el pueblo, y allegado a sí, para que le sirvieseis en el culto del Tabernáculo y estuvieseis ante el concurso del pueblo, ejerciendo por él el ministerio? 10 ¿Para eso te ha puesto a ti y a todos tus hermanos, los hijos de Leví, cerca de sí, para que os arroguéis también el sumo sacerdocio [9], 11 y toda tu gavilla se subleve contra el Señor? Porque ¿qué es Aarón, para que murmuréis contra él?

12 En seguida Moisés envió a llamar a Datán y a Abirón, hijos de Eliab. Los cuales respondieron: Nosotros no vamos [10]. 13 Pues que, ¿te parece aún poco el habernos sacado de una tierra que manaba leche y miel [11], para hacer-

nos morir en el desierto, sino que además de eso nos has de estar tiranizando? 14 Por cierto que nos has introducido en terreno donde corren arroyos de leche y miel, y que nos has dado posesiones de campos y viñedos; o ¿por ventura quieres sacarnos también los ojos? Nosotros no vamos. 15 Entonces Moisés sumamente irritado dijo al Señor: No atiendas a sus sacrificios: Tú sabes que ni siquiera un asnillo he tomado jamás de ellos [12], ni a ninguno he hecho daño.

16 Dijo después a Coré: Tú y toda tu cuadrilla presentaos mañana aparte delante del Señor, y Aarón se presentará separadamente. 17 Tomad cada cual vuestros incensarios, y echad en ellos incienso, ofreciendo al Señor doscientos cincuenta incensarios; y tenga Aarón también el suyo. 18 Como lo hubiesen hecho así, estando presentes Moisés y Aarón, 19 y habiendo agavillado contra ellos toda la gente a la puerta del Tabernáculo, se manifestó a todos la gloria del Señor.

La tierra abre su boca

20 El cual hablando con Moisés y Aarón, dijo: 21 Apartaos de en medio de esa gavilla, y en un momento los consumiré. 22 Aquí Moisés y Aarón se postraron sobre su rostro, y dijeron: ¡Oh fortísimo Dios de los espíritus de todos los hombres [13]! ¿es posible que por el pecado de uno [14] se ha de ensañar tu ira contra todos?

23 Entonces dijo el Señor a Moisés: 24 Manda a todo el pueblo que se retire de las tiendas de Coré, y de Datán y de Abirón. 25 Y se levantó Moisés, y se fue hacia Datán y Abirón; y siguiéndole los ancianos de Israel, 26 dijo a la gente: Retiraos de las tiendas de esos hombres impíos, y no toquéis cosa suya, porque no seáis envueltos en sus pecados. 27 Retirados que fueron de los alrededores de las tiendas de los dichos, saliendo Datán y Abirón, se pusieron a la entrada de sus pabellones con las mujeres e hijos y toda su gente [15].

28 Dijo entonces Moisés: En esto conoceréis que el Señor me ha enviado a ejecutar todas las cosas que veis, y que no las he forjado yo en mi cabeza. 29 Si éstos que me acusan murieren de la muerte ordinaria de los hombres, y fueren heridos del azote que suele también herir a los demás, no me ha enviado el Señor; 30 pero si el Señor hiciere una cosa nunca vista [16], de manera que la tierra abriendo su boca se los trague a ellos y a todas sus cosas, y bajen vivos al infierno [17], sabréis entonces que han blasfemado contra el Señor.

31 No bien hubo acabado de hablar, cuando la tierra se hundió debajo de los pies de aquéllos, 32 y abriendo su boca se los tragó con sus tiendas y todos sus haberes; 33 y cubiertos de tierra bajaron vivos al infierno, y perecieron de en medio del pueblo. 34 Al punto todo Israel, que estaba al con-

torno, a los alaridos de los que perecían echó a huir diciendo: No sea que nos trague también a nosotros la tierra.

35 Además de esto, un fuego enviado del Señor abrasó a los doscientos cincuenta [18] hombres que ofrecían el incienso.

Los incensarios del altar

36 Y el Señor habló a Moisés, diciendo: [19] 37 Da orden a Eleazar, sacerdote hijo de Aarón, que tome los incensarios que han quedado esparcidos en medio del incendio, y desparrame a una y otra parte el fuego que hay en ellos; por cuanto han quedado ya consagrados 38 con la muerte de los pecadores; y que los reduzca a planchas, las cuales clave en el altar [20], por haberse ofrecido en ellos incienso al Señor, y quedar a él consagrados; a fin de que los hijos de Israel las miren como una señal y recuerdo.

39 Tomó, pues, el sacerdote Eleazar los incensarios de bronce en que hicieron su ofrenda aquellos que fueron devorados por el incendio, y los redujo a planchas, que clavó en el altar; 40 a fin de que sirviesen en adelante a los hijos de Israel de escarmiento, para que ningún extraño, y que no sea del linaje de Aarón [21], se acerque a ofrecer incienso al Señor; para que no le acontezca lo que le aconteció a Coré y a todo su séquito, según la palabra del Señor a Moisés.

Entre los muertos y los vivos

41 Pero al día siguiente toda la multitud de los hijos de Israel murmuraba contra Moisés y Aarón, diciendo: Vosotros habéis dado la muerte al pueblo del Señor. 42 Y como tomase cuerpo la rebelión y creciese el tumulto, 43 Moisés y Aarón se refugiaron en el Tabernáculo de la alianza. Entrados dentro, la nube les cubrió, y apareció la gloria del Señor. 44 Y dijo el Señor a Moisés: 45 Retiraos de en medio de esta turba; que ahora mismo voy a acabar con ellos. Y estando postrados en tierra los dos,

46 dijo Moisés a Aarón: Toma el incensario [22], y cogiendo fuego del altar, pon encima del incienso y corre a toda prisa hacia el pueblo para rogar por él: porque ya el Señor ha soltado el dique a su ira, y la mortandad se encruelece. 47 Haciéndolo así Aarón, y corriendo al medio de la multitud, a la cual devoraba ya el incendio [23], ofreció el incienso; 48 y puesto entre los muertos y los vivos [24], intercedió por el pueblo, y cesó la mortandad. 49 Los muertos fueron catorce mil setecientos hombres, sin contar los que perecieron en la rebelión de Coré. 50 Y Aarón después que cesó el estrago se volvió a Moisés a la puerta del Tabernáculo de la alianza.

¿Sabías que?

Los hijos de Coré no murieron con su padre (26,11), y sus descendientes fueron cantores y porteros del templo (1 Cr 9,19; 2 Cr 20,19). Once salmos llevan en su título «de los hijos de Coré»: el 42, del 44 al 49, el 84, el 85, el 87 y el 88. Entre ellos están algunos de los más amados del Salterio: «Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío» (Sal 42,2), que la Iglesia canta en la Vigilia pascual cuando hay bautismos, y «¡Qué deseables son tus moradas, Señor del universo!» (Sal 84,2). Los descendientes del rebelde terminaron cantando el deseo de la casa de Dios.

Una rebelión, tres frentes

Quiénes	Qué reclaman	Desenlace
Coré y su séquito de levitas	El sacerdocio reservado a Aarón (16,8-11)	La tierra se traga a su gente (16,32) y a él (26,10); sus hijos no mueren (26,11)
Datán y Abirón, rubenitas	El mando de Moisés; llaman a Egipto «tierra que manaba leche y miel» (16,12-14)	La tierra abre su boca y bajan vivos al sheol con sus familias (16,31-33)
Los 250 notables	Ofrecer incienso como los sacerdotes (16,2.17)	Fuego del Señor (16,35); sus incensarios cubren el altar (16,36-40)
Todo el pueblo	«Vosotros habéis dado la muerte al pueblo del Señor» (16,41)	Plaga de 14.700 muertos; Aarón la detiene «entre los muertos y los vivos» (16,46-50)
Las doce tribus	Una vara por tribu ante el Testimonio (17,1-7)	Florece la vara de Aarón y se guarda como señal (17,8-10)
El pueblo, aterrado	«Cualquiera que se acerca al Tabernáculo del Señor, es herido de muerte» (17,12-13)	Respuesta: el servicio de sacerdotes y levitas (cap. 18)

En el hebreo y en muchas Biblias modernas, 16,36-50 es 17,1-15, y 17,1-13 es 17,16-28. Los estudiosos suelen distinguir en el relato una revuelta de laicos contra Moisés y otra de levitas contra Aarón. Sal 106,16-18 recuerda a Datán y Abirón; Sir 45,18-19 nombra también a la banda de Coré.

PAUSA

1. Coré despreció su propio servicio porque envidiaba el de Aarón. ¿Qué don tuyo menosprecias por mirar el de otros?
2. Datán y Abirón llamaron a Egipto «tierra que mana leche y miel». ¿Qué esclavitud de tu pasado tiendes a recordar con nostalgia?
3. Aarón corrió con el incienso a ponerse entre los muertos y los vivos. ¿Por quién podrías interceder hoy?

Para orar. *Señor, líbrame de la envidia que divide, y hazme instrumento de tu misericordia en medio de los que sufren.*

17

La vara que floreció

Después de tanta muerte, Dios zanja la disputa sobre el sacerdocio con un signo de vida. Cada tribu entrega una vara con el nombre de su príncipe, y Moisés las deja una noche ante el arca del Testimonio; a la mañana, la vara de Aarón ha echado brotes, flores y almendras. El capítulo es breve: la prueba de las doce varas (vv. 1-7), la vara florecida, que se guarda como señal (vv. 8-11), y el miedo del pueblo, que ya no se atreve a acercarse a la morada (vv. 12-13). En muchas Biblias modernas estos versículos son 17,16-28 (ver nota a 16,36).

Doce varas ante el Testimonio

1 Y habló el Señor a Moisés, diciendo: 2 Habla con los hijos
de Israel, y haz que te entreguen una vara por cada
tribu [1]; doce varas por todos los doce príncipes de las tri-
bus, y escribirás el nombre de cada príncipe sobre su
vara [2]. 3 El nombre de Aarón estará en la vara de la tribu
de Leví [3]; y cada una de las otras familias o tribus tendrá
su vara peculiar. 4 Y las pondrás en el Tabernáculo de la
alianza delante del arca del Testimonio, en donde te
hablaré [4]. 5 La vara del que yo eligiere entre ellos,
florecerá [5]; y así haré cesar las quejas de los hijos de Israel
con que murmuran contra vosotros.

[6] Habló, pues, Moisés con los hijos de Israel; y le dieron todos los príncipes las varas, una por cada tribu, y fueron doce las varas, sin la de Aarón [6]. [7] Las cuales colocó Moisés ante el Señor en el Tabernáculo del Testimonio,

La vara de Aarón

[8] y volviendo al día siguiente, halló que había florecido la vara de Aarón [7] puesta por la tribu de Leví; de suerte que, arrojando pimpollos, brotaron flores [8], de las que, abiertas las hojas, se formaron almendras [9]. [9] Sacó, pues, Moisés todas las varas de la presencia del Señor, y las enseñó a todos los hijos de Israel, y cada uno las vio y recibió la suya [10].

[10] Dijo entonces el Señor a Moisés: Vuelve la vara de Aarón al Tabernáculo del Testimonio [11], para que allí se conserve por señal de la rebeldía de los hijos de Israel [12], y cesen sus querellas contra mí, para que no mueran. [11] Lo hizo Moisés como el Señor lo había mandado.

«Nos vamos consumiendo»

[12] Mas los hijos de Israel dijeron a Moisés: He aquí que nos vamos consumiendo y pereciendo todos [13]; [13] cualquiera que se acerca al Tabernáculo del Señor, es herido de muerte [14]. ¿Hemos de ser todos aniquilados hasta no quedar ninguno con vida?

¿Sabías que?

El apócrifo *Protoevangelio de Santiago* (siglo II) cuenta que, para elegir un esposo a María, el sumo sacerdote reunió a los viudos, cada uno con su vara, y que de la vara de José salió una paloma que se posó sobre su cabeza (cap. 9); cuando José dudó, el sacerdote le recordó lo que les pasó a Datán, Abirón y Coré. Un texto latino posterior, el *Evangelio de la Natividad de María*, dice que la vara del elegido debía florecer. De ahí la vara florida de san José en el arte, como en *Los desposorios de la Virgen* de Rafael (1504, Pinacoteca de Brera, Milán), donde un pretendiente rechazado rompe su vara seca sobre la rodilla.

PARA PROFUNDIZAR

Coré, la vara de Aarón y el sacerdocio

Los capítulos 16 y 17 entrelazan tres rebeliones y una sola pregunta: ¿quién puede acercarse a Dios? Coré, levita y primo de Moisés, reclama el sacerdocio; Datán y Abirón, de la tribu de Rubén, rechazan la autoridad de Moisés y llaman a Egipto «tierra que mana leche y miel»; doscientos cincuenta notables se presentan con incensarios (ver el cuadro «Una rebelión, tres frentes», al final del capítulo 16). Muchos estudiosos piensan que el relato reúne dos o tres tradiciones, una sobre la revuelta de los laicos contra Moisés y otra sobre la de los levitas contra Aarón; el texto final las une para mostrar que rechazar al mediador elegido es rechazar a Dios: «¿qué es Aarón, para que murmuréis contra él?» (16,11). La Misná pondrá la disputa de Coré como ejemplo de

la controversia que no es «por el cielo» y que por eso no perdura (Avot 5,17).

El argumento de Coré seduce porque parte de una verdad: «todo este pueblo es de santos, y en medio de ellos está el Señor» (16,3). Dios había llamado a Israel «reino de sacerdotes y nación santa» (Éx 19,6), y san Pedro aplicará esas palabras a la Iglesia (1 Pe 2,5.9). Pero Coré convierte la santidad común en un arma contra el servicio que Dios ha confiado a algunos. La Iglesia distingue con cuidado: todos los bautizados participan del sacerdocio de Cristo, y algunos reciben además el sacerdocio ministerial; los dos se ordenan el uno al otro, pero difieren «esencialmente y no solo en grado» (Lumen gentium 10; Catecismo, nn. 1546-1547). El ministerio no es un derecho que se conquista: «nadie se arroga este honor, sino el que es llamado por Dios, como Aarón» (Heb 5,4).

La tradición cristiana leyó pronto este episodio en clave eclesial. Hacia el año 96, según la datación más común, la Iglesia de Roma escribió a la de Corinto, dividida porque algunos habían depuesto a sus presbíteros, la carta que conocemos como Primera de Clemente. En ella recuerda que Dios estableció en Israel un orden de sumo sacerdote, sacerdotes, levitas y laicos (1 Clem 40), y narra la prueba de las varas: Moisés, sabiendo lo que iba a suceder, la dispuso para que no hubiera sedición en Israel (1 Clem 43). La carta de Judas pone a Coré junto a Caín y Balaam entre los modelos de los que se rebelan, y habla de su «contradicción», antilogía (Jud 11).

El relato no es solo de castigo. Moisés y Aarón interceden por todos (16,22); los hijos de Coré «no perecieron» (26,11), y sus descendientes fueron cantores del templo, a quienes se atribuyen once salmos. Y el momento culminante es la carrera de Aarón con el incensario hasta ponerse «entre los muertos y los vivos» para detener la plaga (16,48). El sacerdote elegido no es el que domina al pueblo, sino el que se expone por él. El libro de la Sabiduría lo celebra como el hombre irreprochable que venció a la ira con la oración (Sab 18,20-25), y la Carta a los Hebreos presenta a Cristo como el sumo sacerdote que «vive siempre para interceder» (Heb 7,25).

Después de tanta muerte, Dios confirma a Aarón con un signo de vida: su vara seca echa en una noche brotes, flores y almendras (17,8). El almendro, shaqed, es el árbol «que vela» (shoqed): Dios vela sobre su elección como sobre su palabra (Jr 1,11-12). La vara se guarda ante el Testimonio; la Carta a los Hebreos la sitúa dentro del arca (Heb 9,4), aunque 1 Re 8,9 dice que en tiempos de Salomón el arca solo contenía las tablas. La piedad cristiana vio en la vara que florece sin raíz una figura de la Virgen, que concibe sin concurso de varón, y el arte medieval la colocó junto a la Anunciación y el Nacimiento; los apócrifos trasladaron la prueba de las varas a la elección de san José (ver el recuadro de este capítulo).

La lección es sobria. El sacerdocio de Aarón no se justifica por méritos ni por fuerza, sino por la elección de Dios, que lo hace fecundo. Y el pueblo, aterrado, plantea al final la pregunta decisiva: «cualquiera que se acerca al Tabernáculo del Señor es herido de muerte» (17,13). El capítulo 18 responderá con el servicio de sa-

cerdotes y levitas; el Nuevo Testamento, con el único Mediador, gracias al cual podemos acercarnos «con confianza al trono de la gracia» (Heb 4,16).

PAUSA

1. Coré quería otro lugar; Dios confirmó a cada uno en el suyo. ¿Aceptas con paz el lugar que Dios te ha dado en la Iglesia y en tu familia?
2. La vara seca floreció en una noche. ¿Qué parte de tu vida parece seca y esperas que Dios haga florecer?
3. El pueblo tenía miedo de acercarse a Dios. ¿Qué te ayuda a acercarte a él con confianza?

Para orar. *Señor, que velas sobre tu palabra, haz florecer en mí lo que parece muerto y enséñame a servir donde me pones.*

18

Sacerdotes y levitas

Después de la rebelión de Coré, el pueblo quedó aterrado: «cualquiera que se acerca al Tabernáculo del Señor, es herido de muerte» (17,13). Este capítulo es la respuesta de Dios. Primero fija las tareas: los sacerdotes sirven en el santuario y los levitas lo custodian, y cargan con la responsabilidad para que el pueblo no muera (vv. 1-7). Luego enumera lo que corresponde a los sacerdotes, las ofrendas, las primicias y los primogénitos (vv. 8-20), y lo que corresponde a los levitas, los diezmos, de los que a su vez darán el diezmo (vv. 21-32). Quien no recibe tierra recibe a Dios: «Yo soy tu porción y tu herencia».

La guardia del santuario

1 Y dijo el Señor a Aarón: Tú y tus hijos y la casa de tu padre contigo seréis responsables de la iniquidad que se cometa en el santuario [1]; y tú y tus hijos juntamente pagaréis las culpas de vuestro sacerdocio. 2 Además de esto, has de unir contigo a tus hermanos [2] de la tribu de Leví y a la familia de tu padre, para que te asistan y sirvan; mas tú y tus hijos ejerceréis vuestro ministerio en el Tabernáculo del Testimonio. 3 Los levitas, pues, estarán atentos a tus órdenes y a todo cuanto haya que hacer con respecto al santuario; con tal que no se arrimen a los vasos del santua-

rio y al altar, a fin de que ni mueran ellos, ni vosotros perezcáis con ellos. 4 Estén, sí, contigo, y velen en la guardia del Tabernáculo y en todas las cosas de su servicio. No se mezclará con vosotros persona ninguna de otra estirpe.

5 Velad en la custodia del santuario y en el ministerio del altar; para que no se encienda mi enojo contra los hijos de Israel. 6 Yo os he dado vuestros hermanos los levitas, entresacados de los hijos de Israel, y os los he entregado a vosotros como un don hecho al Señor, para que sirvan en el ministerio del Tabernáculo. 7 Ahora bien, tú y tus hijos conservad vuestro sacerdocio; y todas las cosas que pertenecen al servicio del altar y están del velo adentro, han de ser administradas por los sacerdotes. Si algún extraño se introdujere, será muerto [3].

La porción de los sacerdotes

8 Dijo el Señor asimismo a Aarón: Mira que te tengo dada la custodia de mis primicias [4]. Todas las cosas que son ofrecidas por los hijos de Israel, las he traspasado a ti y a tus hijos por razón del ministerio sacerdotal, en decreto perpetuo. 9 Estas, pues, son las cosas que recibirás de las que son consagradas y ofrecidas al Señor: Toda ofrenda y sacrificio y todo cuanto se me ofrece por pecado y por delito, como que es cosa destinada al santuario, será tuyo y de tus hijos. 10 En lugar santo lo comerás: solamente los varones comerán de ello [5], porque es cosa reservada para ti.

11 En cuanto a las primicias que ofrecieren los hijos de Israel, te las tengo dadas a ti y a tus hijos e hijas por derecho perpetuo; el que se halla limpio en tu casa comerá de ellas.
12 El aceite, vino y trigo más exquisitos [6], todo lo que se ofrece en primicias al Señor, a ti te lo he dado. 13 Todos los primeros frutos que cría la tierra y se presentan al Señor, serán para tu uso; el que se halla limpio en tu casa, los comerá. 14 Todo lo que dieren por voto [7] los hijos de Israel será tuyo.

15 Todos los primogénitos de cualquier especie que se ofrecen al Señor, sean de hombres o sean de animales, pertenecerán a ti; con esta sola diferencia, que por el primogénito de hombre recibirás el rescate, y harás que sea redimido todo animal inmundo. 16 El rescate del niño se hará después de cumplido un mes [8], en cinco siclos de plata, según el peso del santuario. El siclo tiene veinte óbolos.
17 Mas no harás redimir los primerizos de vaca ni de oveja ni de cabra, porque son cosas consagradas al Señor. Solamente derramarás su sangre sobre el altar, y quemarás las grasas en olor suavísimo al Señor. 18 Las carnes quedarán para uso tuyo, y serán tuyas, así como lo son el pecho consagrado y la espaldilla derecha.

19 Todas las primicias del santuario, que ofrecen los hijos de Israel al Señor, te las he dado a ti, y a tus hijos e hijas, por derecho perpetuo. Pacto es éste de sal o inalterable [9] y

eterno delante del Señor para ti y para tus hijos. 20 Por lo
que dijo el Señor a Aarón: Vosotros no tendréis posesión
ninguna en la tierra de vuestros hermanos, ni entraréis a
la parte con ellos: Yo soy tu porción y tu herencia [10] en
medio de los hijos de Israel.

Los diezmos de los levitas

21 Porque en orden a los hijos de Leví, les tengo ya dados to-
dos los diezmos de Israel en lugar de posesiones [11], por el
ministerio con que me sirven en el Tabernáculo de la
alianza; 22 a fin de que los hijos de Israel no se acerquen
más al Tabernáculo, y no cometan una falta que les aca-
rree la muerte; 23 sino que solos los hijos de Leví me han de
servir en el Tabernáculo, y llevar los pecados del
pueblo [12]. Ley sempiterna será ésta para vosotros y vues-
tros descendientes. Los levitas ninguna otra cosa posee-
rán, 24 contentándose con la ofrenda de los diezmos que
tengo separados para sus usos y necesidades.

25 Sobre lo cual habló el Señor a Moisés, diciendo: 26 Da
esta orden, y comunica lo siguiente a los levitas: Después
de recibidos de los hijos de Israel los diezmos que os he
dado, habéis de ofrecer de ellos las primicias al Señor, esto
es, la décima parte del diezmo [13], 27 a fin de que se os cuen-
te como ofrenda de las primicias [14], tanto de las eras como
de los lagares; 28 y de todas cuantas cosas recibís, habéis de
ofrecer primicias al Señor, y dárselas al sacerdote Aarón.

29 Todo lo que ofreciereis de los diezmos, y separareis para
dones del Señor, ha de ser lo mejor y más escogido.

30 Y les dirás: Si ofreciereis todo lo más estimable y lo me-
jor de los diezmos, se os recibirá en cuenta, como si dieseis
las primicias de las eras y de los lagares; 31 y comeréis de
estos diezmos tanto vosotros como vuestras familias en to-
dos los lugares en que habitareis, por ser una recompensa
del servicio que hacéis en el Tabernáculo [15] del Testimo-
nio. 32 Mas no pequéis en esto, reservando para vosotros lo
más exquisito y selecto, para que no amancilléis las ofren-
das de los hijos de Israel [16], y no seáis castigados de muer-
te.

¿Sabías que?

Los judíos observantes siguen apartando hoy, de los frutos cosechados en la tierra de Israel, la terumá y el «diezmo del diezmo» que este capítulo asigna a los sacerdotes (vv. 8 y 26). Pero ningún sacerdote puede comerlos, porque todos se consideran impuros por el contacto con la muerte y ya no existen las cenizas de la vaca roja que quitaban esa impureza (cap. 19). Por eso la porción santa se envuelve y se desecha con respeto. Así, dos capítulos de Números que están uno junto al otro siguen unidos en la práctica.

Lo que recibían sacerdotes y levitas

Quién	Qué	Cita
Sacerdotes	Las ofrendas santísimas, que solo los varones comían, en lugar santo	18,9-10
Su familia	Las ofrendas elevadas, para hijos e hijas en estado de pureza	18,11
Su familia	Lo mejor del aceite, del vino y del trigo; los primeros frutos	18,12-13
Sacerdotes	Lo consagrado a Dios sin vuelta atrás (*jérem*)	18,14
Sacerdotes	Los primogénitos: la carne de los animales puros; el rescate del hijo (cinco siclos) y de los animales impuros	18,15-18
Sacerdotes	Todo ello «por derecho perpetuo», como «pacto de sal»	18,19
Sacerdotes	Ninguna tierra: «Yo soy tu porción y tu herencia»	18,20
Levitas	Todos los diezmos de Israel, como salario, sin heredad	18,21-24
Sacerdotes	El diezmo del diezmo de los levitas, de lo mejor	18,25-29
Levitas	El resto del diezmo, para comerlo en cualquier lugar	18,30-31
Levitas	Cuarenta y ocho ciudades con sus ejidos, seis de refugio	35,1-8

Los sacerdotes eran los hijos de Aarón; los levitas, el resto de la tribu de Leví, que los asistía (18,2-6). La tribu sin tierra vivía de lo que el pueblo daba a Dios; san Pablo invoca esta ley para los ministros del Evangelio (1 Cor 9,13-14).

PAUSA

1. Los levitas no recibieron tierra porque Dios era su herencia. ¿Qué lugar ocupa Dios entre las cosas que consideras tu «herencia»?
2. A Dios se le ofrecía «lo mejor y más escogido». ¿Le das a Dios lo primero de tu tiempo y de tus bienes, o lo que te sobra?
3. ¿Cómo puedes sostener tú, según tus posibilidades, a quienes sirven en tu comunidad?

Para orar. *Señor, sé tú mi porción y mi herencia, y no permitas que me guarde para mí lo mejor de lo que me das.*

19

La vaca roja

En los capítulos anteriores han muerto miles de personas en el desierto (16,49), y morirá aún toda una generación. Este capítulo da al pueblo un camino para volver a Dios después de tocar la muerte. Tiene dos partes: la preparación de las cenizas de una vaca roja, quemada fuera del campamento con cedro, hisopo y grana (vv. 1-10), y la ley de la impureza por contacto con un cadáver, de la que se purifica con agua viva mezclada con esas cenizas, el tercer día y el séptimo (vv. 11-22). Es el rito más enigmático de la Ley: purifica al impuro y deja impuros a quienes lo preparan.

Las cenizas de la vaca roja

1 Y habló el Señor a Moisés y a Aarón, diciendo: 2 Estas son
las ceremonias de una víctima [1] que ha ordenado el Se-
ñor. Manda a los hijos de Israel que traigan una vaca roja
de edad perfecta [2], que ni tenga tacha ni haya estado bajo
el yugo, 3 y la entregaréis al sacerdote Eleazar [3]; el cual sa-
cándola fuera del campamento [4], la degollará en presen-
cia de todos, 4 y mojado el dedo en la sangre de esta vaca,
hará siete aspersiones hacia las puertas del Tabernáculo;
5 y a vista de todos la quemará, entregando a las llamas,
tanto la piel y las carnes, como la sangre y el estiércol.

6 También echará en las llamas en que arde la vaca, palo de
cedro, hisopo y grana dos veces teñida [5].

7 Después de lo cual lavados los vestidos y su cuerpo, entrará en el campamento, y quedará inmundo hasta la
tarde [6]. 8 Igualmente el que la hubiere quemado lavará
también sus vestidos y cuerpo y quedará inmundo hasta la
tarde.

9 Y un hombre limpio recogerá las cenizas de la vaca, y las
echará fuera del campamento en lugar limpísimo, a fin de
que guardándolas con cuidado la multitud de los hijos de
Israel, les sirvan para el agua de aspersión [7]; puesto que la
vaca fue quemada por el pecado [8]. 10 Y el que llevó las cenizas de la vaca, después de lavar sus vestidos, quedará inmundo hasta la tarde. Será éste un rito santo y perpetuo
entre los hijos de Israel, y los extranjeros o prosélitos que
moran entre ellos.

La impureza por contacto con un muerto

11 El que tocare cadáver de hombre [9], y por esta causa estuviere inmundo siete días, 12 será rociado con esta agua el
tercer día y el séptimo [10], con lo cual quedará limpio. Si al
tercer día no es rociado, no se podrá purificar al séptimo.
13 Todo el que hubiere tocado cadáver humano, y no fuere
rociado con esta mistura de agua y ceniza, profanará el Tabernáculo del Señor [11], y perecerá de en medio de Israel;

puesto que no ha sido rociado con el agua de expiación, estará inmundo y su inmundicia permanecerá sobre él.

14 La ley para el hombre, que muere en su tienda [12] o morada, es esta: Todos los que entran en su tienda, y todos los muebles que allí hay, serán inmundos siete días. 15 Vasija que no tuviere cobertera o tapón atado a la boca, quedará inmunda.

16 Si alguno en el campo tocare cadáver de hombre muerto por violencia o naturalmente; o tocare hueso de él, o su sepulcro [13], estará inmundo siete días.

El agua de la purificación

17 Y tomarán parte de las cenizas de la vaca quemada por el pecado, y las mezclarán con agua viva [14] en un vaso; 18 en que mojando un hombre limpio el hisopo [15], rociará con él toda la estancia y todo el ajuar, y a las personas amancilladas por semejante contacto; 19 y de ese modo el hombre limpio purificará al inmundo el tercero y séptimo día; y purificado así en el día séptimo, se lavará todo, y también sus vestidos, y quedará inmundo hasta la tarde.

20 Quien no fuere purificado con esta ceremonia, será su alma separada de la sociedad de la iglesia [16], por haber profanado el santuario del Señor, y no haber sido purificado con el agua lustral. 21 Este precepto tendrá fuerza de ley perpetua. El mismo que hace la aspersión con las aguas,

lavará sus vestidos. Cualquiera que tocare las aguas de purificación estará inmundo hasta la tarde. 22 Todo lo que un inmundo tocare, quedará inmundo 17; y la persona que tocare algo de esto, estará inmunda hasta la tarde.

¿Sabías que?

La «grana» de Torres Amat (v. 6) era un tinte escarlata que se obtenía de un insecto diminuto, el quermes, que vive en la coscoja, una encina pequeña del Mediterráneo; seco, parecía un grano, y de ahí su nombre. En México, los españoles encontraron otro insecto parecido, la cochinilla del nopal, que los pueblos indígenas criaban desde hacía siglos. La «grana cochinilla» de Oaxaca daba un rojo tan intenso y firme que llegó a ser una de las mercancías más valiosas que la Nueva España enviaba a Europa; según muchos historiadores, la segunda después de la plata.

La vaca roja y la Carta a los Hebreos

Números 19	El Nuevo Testamento
Una vaca roja «que ni tenga tacha» (19,2)	Cristo «se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios» (Heb 9,14)
Degollada «fuera del campamento» (19,3)	Jesús «padeció fuera de la puerta» (Heb 13,12)
Siete aspersiones de su sangre hacia la morada (19,4)	Con su propia sangre «entró una vez para siempre en el santuario» (Heb 9,12)
Sus cenizas, con agua viva, purifican del contacto con un muerto (19,9.17)	Su sangre «purificará nuestra conciencia de las obras muertas» (Heb 9,13-14)
Los que la preparan y la rocían quedan impuros (19,7-10.21)	«Al que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros» (2 Cor 5,21)
Cedro, hisopo y grana en el fuego (19,6); el hisopo para rociar (19,18)	«Rocíame con el hisopo, y quedaré limpio» (Sal 51,9); el hisopo junto a la cruz (Jn 19,29)

La Carta a los Hebreos razona de lo menor a lo mayor: si la ceniza de la becerra purificaba la carne, cuánto más la sangre de Cristo purificará la conciencia (Heb 9,13-14). La *Carta de Bernabé* (cap. 8) hizo de la vaca roja una figura de Jesús, y de los que rocían, una imagen de quienes anuncian el perdón de los pecados.

PARA PROFUNDIZAR

La vaca roja: la pureza frente a la muerte

Ningún rito de la Ley ha suscitado tantas preguntas como este. Una vaca roja, sin defecto y que nunca llevó yugo, se sacrifica fuera del campamento; el sacerdote rocía siete veces su sangre hacia la morada, y la vaca se quema entera, con su piel, su sangre y su estiércol, junto con cedro, hisopo y grana. Sus cenizas se

guardan, se mezclan con agua viva y se rocían, el tercer día y el séptimo, sobre quien ha tocado un cadáver, un hueso o una tumba. Quien no se purifica «profana el santuario» y queda separado del pueblo (19,13.20).

¿Por qué la muerte mancha más que ninguna otra cosa? No porque tocar a un muerto sea pecado: enterrar a los difuntos era una obra de piedad, y Tobit arriesgó la vida por hacerlo (Tob 1,17-18). La Iglesia sigue enseñando que los cuerpos de los difuntos deben tratarse «con respeto y caridad en la fe y la esperanza de la resurrección» (Catecismo, n. 2300). La razón es teológica. El Dios de Israel es el Dios vivo, y su morada en medio del campamento es el lugar de la vida; la muerte es lo más opuesto a él. Muchos estudiosos, como J. Milgrom, ven en los elementos del rito símbolos de la vida que vence a la muerte: el rojo de la vaca y de la grana, que evoca la sangre; el cedro, que dura siglos; el agua que corre. El libro de la Sabiduría lo dirá sin rodeos: «Dios no hizo la muerte» (Sab 1,13).

El rito encierra además una paradoja: las cenizas que purifican a los impuros dejan impuros, hasta la tarde, a quienes las preparan, las recogen o las rocían (19,7-10.21). Para la tradición judía es el ejemplo perfecto de una juqqá, un decreto sin razón conocida. El midrash pone en boca de Salomón que entendió todas las leyes menos esta (Números Rabbá 19,3), y cuenta que, cuando un pagano acusó a Yojanán ben Zakkai de practicar una especie de hechicería, el maestro lo despidió con una comparación; pero a sus discípulos les confesó que ni el muerto contamina ni el agua purifica, sino que se trata de un decreto de Dios que no es lícito transgredir (Números Rabbá 19,8; cf. *Pesiqta de-Rab Kahana* 4,7).

Según la Misná, en toda la historia se prepararon muy pocas vacas: la primera la hizo Moisés, la segunda Esdras, y después de él cinco o siete más, según las opiniones (Pará 3,5). Maimónides añadió que la décima la preparará el rey Mesías (*Leyes de la vaca roja* 3,4).

Los cristianos leyeron este capítulo a la luz de la cruz. La Carta a los Hebreos razona de lo menor a lo mayor: si «la ceniza de una becerra» rociada sobre los impuros purificaba la carne, «¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de las obras muertas!» (Heb 9,13-14). Las «obras muertas» son el contagio de la muerte llevado al interior del hombre. Como la vaca, Jesús «padeció fuera de la puerta» (Heb 13,12). La *Carta de Bernabé*, de comienzos del siglo II, desarrolló la figura: la becerra es Jesús, los muchachos que rocían son los que nos anunciaron el perdón de los pecados, y la lana sobre el madero evoca la cruz (cap. 8). Torres Amat, en una nota de 1824, llamaba a este sacrificio «viva imagen de la pasión del Salvador». El cuadro de este capítulo recoge los paralelos.

Los evangelios muestran el cumplimiento más sorprendente. Jesús no esquiva a los muertos: toma de la mano a la hija de Jairo (Mc 5,41) y toca el féretro del hijo de la viuda de Naín (Lc 7,14). Según la Ley, debería quedar impuro; pero no es la muerte la que lo contagia a él, sino su vida la que pasa a ellos. El agua viva mezclada con ceniza anuncia otra agua, la del bautismo, por la que el cristiano muere y resucita con Cristo (Rom 6,3-4).

La vaca roja ya no se sacrifica, pero su mensaje sigue vivo. La muerte no formaba parte del designio de Dios, y el creyente no se acostumbra a ella: la llora, entierra con respeto a sus difuntos y reza por ellos. Al mismo tiempo, sabe que la muerte no tiene la última palabra: «el último enemigo en ser destruido será la muerte» (1 Cor 15,26), y en la ciudad nueva ya no habrá muerte, ni llanto, ni dolor (Ap 21,4).

PAUSA

1. La muerte nos toca a todos de cerca. ¿Cómo vives tú el duelo y el recuerdo de tus difuntos a la luz de la fe?
2. La purificación tenía dos tiempos, el tercer día y el séptimo. ¿Qué camino de purificación necesitas recorrer tú sin prisa?
3. Jesús tocó a los muertos y les devolvió la vida. ¿Qué parte de tu vida le pides que toque hoy?

Para orar. *Señor, rocíame con el hisopo y quedaré limpio; lávame, y quedaré más blanco que la nieve.*

20

Meribá y la muerte de Aarón

Han pasado casi cuarenta años, que el libro calla. Tres muertes enmarcan el capítulo: María muere en Cades (v. 1); Moisés y Aarón, después de sacar agua de la peña en Meribá, oyen que no entrarán en la tierra prometida (vv. 2-13), y Aarón muere en el monte Hor, tras entregar sus vestiduras a su hijo Eleazar (vv. 22-29). En medio, Edom, el pueblo hermano, niega el paso a Israel (vv. 14-21). Se va la generación de los guías que sacaron al pueblo de Egipto; Dios sigue dando el agua, y el sacerdocio pasa a la generación siguiente.

Las aguas de Meribá

1 Llegaron, pues, los hijos de Israel y todo aquel gentío al
desierto de Tsin, al mes primero del año cuarenta de la sa-
lida de Egipto [1], e hizo el pueblo su mansión en Cades. Allí
murió María, y fue sepultada en el mismo lugar [2].

2 Y faltando agua al pueblo, se mancomunaron contra
Moisés y Aarón, 3 y amotinados dijeron: ¡Ojalá hubiése-
mos perecido allá entre nuestros hermanos [3] delante del
Señor! 4 ¿Por qué habéis conducido al pueblo escogido del
Señor al desierto, para que muramos nosotros y también
nuestros ganados? 5 ¿Por qué nos hicisteis salir de Egipto,

y nos habéis traído a este miserable terreno, que no se puede sembrar, que ni da higos, ni vides, ni granadas [4], y ni aun agua tiene para beber?

[6] Con esto Moisés y Aarón, separándose de la gente, y entrando en el Tabernáculo de la alianza, se postraron contra el suelo y clamaron al Señor, y dijeron: ¡Oh Señor, nuestro Dios! escucha los clamores de este pueblo [5], y ábreles tu tesoro, una fuente de agua viva, a fin de que, apagada su sed, cesen de murmurar. En esto apareció la gloria del Señor sobre ellos. [7] Y habló el Señor a Moisés, diciendo: [8] Toma la vara [6], y congregad al pueblo, tú y tu hermano Aarón, y hablaréis a la peña [7] en presencia de toda la gente, y la peña brotará aguas. Y sacado que hubieres agua de la peña, beberá todo el pueblo con sus ganados.

[9] Tomó, pues, Moisés su vara, que se guardaba en la presencia del Señor, según él se lo mandó, [10] y congregada la multitud delante de la peña les dijo: Oíd, rebeldes y descreídos [8]: ¿Por ventura podremos nosotros sacaros agua de esta peña? [9] [11] Y habiendo alzado Moisés la mano, y herido dos veces con la vara aquella peña [10], salieron aguas copiosísimas; de manera que pudo beber el pueblo y los ganados.

[12] Dijo entonces el Señor a Moisés y Aarón: Ya que no me habéis creído en orden a hacer conocer mi gloria [11] a los

hijos de Israel, no introduciréis vosotros este pueblo en la tierra [12] que yo le daré. [13] Esta es el agua de contradicción [13], donde los hijos de Israel protestaron contra el Señor, el cual manifestó en ellos su gloria.

Edom niega el paso

[14] Entretanto Moisés envió desde Cades embajadores al rey de Idumea [14], que le dijesen: Esta petición te hace tu hermano Israel [15]: Sabes bien todos los trabajos que hemos padecido; [15] cómo nuestros padres bajaron a Egipto, y allí hemos habitado mucho tiempo, y los egipcios nos maltrataron a nosotros, y a nuestros padres; [16] y cómo clamamos al Señor, y nos oyó, y envió su ángel, el cual nos sacó de Egipto [16]. Ahora hallándonos ya en la ciudad de Cades, situada en tus últimos confines, [17] te suplicamos nos permitas atravesar por tu tierra. No iremos por los campos, ni por las viñas, no beberemos agua de tus pozos, sino que marcharemos por el camino real [17], sin declinar a la derecha ni a la izquierda, hasta que estemos fuera de tus dominios.

[18] A lo que respondió el idumeo: No pasarás por mi tierra; que si lo haces, saldré armado a tu encuentro. [19] Replicaron los hijos de Israel: Seguiremos siempre la carretera, y en caso de beber de tus aguas nosotros y nuestros ganados, pagaremos lo justo: no habrá dificultad alguna en el precio; sólo con que nos dejéis pasar a pie [18].

20 Mas él respondió: No pasaréis. Y luego les salió al encuentro con infinita gente y de mano armada. 21 Y no quiso otorgar lo que le rogaban, que les concediese paso por sus confines. Por cuya causa tiró Israel hacia otra parte [19].

Muerte de Aarón en el monte Hor

22 Movido, pues, de Cades el campo, llegaron al monte Hor [20], que está en los límites de la Idumea; 23 donde habló el Señor a Moisés, diciendo: 24 Vaya Aarón a incorporarse con su pueblo [21] porque no ha de entrar en la tierra que tengo dada a los hijos de Israel; por haber sido incrédulo a mis palabras allá en las aguas de contradicción. 25 Toma contigo a Aarón y a su hijo con él, y los conducirás al monte Hor. 26 Y después de desnudar al padre de sus vestiduras, se las revestirás a su hijo Eleazar [22]. Aarón morirá allí, y será reunido con sus padres.

27 Moisés hizo lo que le mandó el Señor, y subieron al monte Hor a vista de todo el pueblo. 28 Donde despojando a Aarón de sus vestiduras, revistió con ellas a Eleazar, su hijo. Muerto aquél sobre la cima del monte [23], descendió Moisés con Eleazar. 29 Y toda la multitud, así que oyó que Aarón había muerto, hizo duelo por él treinta días en todas sus familias [24].

¿Sabías que?

En agosto de 1812, el explorador suizo Johann Ludwig Burckhardt, que viajaba disfrazado de musulmán con el nombre de jeque Ibrahim, quería ver unas ruinas de las que había oído hablar en el sur de la actual Jordania. Para que su guía lo llevara sin sospechar, le dijo que deseaba sacrificar una cabra en la tumba de Aarón, en la cumbre de Jebel Harún. El camino pasaba por un estrecho desfiladero, y así se convirtió en el primer europeo de la época moderna que vio Petra, la ciudad de los nabateos tallada en la roca, al pie del monte que la tradición identifica con el monte Hor (v. 22).

PARA PROFUNDIZAR

El *pecado de Moisés y Aarón en Meribá*

Pocas sentencias bíblicas sorprenden tanto. Moisés, el hombre más manso de la tierra (12,3), el siervo «más fiel» de toda la casa de Dios (12,7), se queda fuera de la tierra prometida por un episodio que el texto cuenta en pocas líneas. Dios le dice: «no me habéis creído» (20,12); más adelante, «fuisteis rebeldes a mi palabra» (20,24, en el hebreo) y «no quisisteis glorificarme» (27,14; Dt 32,51). Pero el relato no dice con claridad en qué consistió la falta, y la pregunta ha ocupado a los intérpretes durante siglos.

Los comentaristas judíos propusieron varias respuestas. Rashi pensaba que el pecado fue golpear la peña en lugar de hablarle, como Dios había mandado (20,8): si la roca hubiera obedecido a una palabra, el pueblo habría aprendido a obedecer. Maimóni-

des, en sus *Ocho capítulos* (cap. 4), sostuvo que la falta fue la ira: Moisés llamó «rebeldes» al pueblo delante de todos, y un hombre como él, al que todos imitaban, no podía mostrarse airado; el salmo parece darle la razón: «le amargaron el espíritu, y habló a la ligera» (Sal 106,32-33). Najmánides objetó que Aarón, castigado también, no se había enojado, y prefirió la explicación de Rabbenu Jananel: Moisés y Aarón dijeron «¿sacaremos nosotros agua?», como si el prodigio fuera suyo, en lugar de anunciar, como otras veces, que lo haría el Señor.

Torres Amat, en una nota de su primera edición, se inclinaba por una falta de confianza: quizá Moisés y Aarón pensaron que Dios, cansado de tanta ingratitud, ya no llevaría al pueblo a la tierra, o dudaron de que la peña diera agua; y añadía que esa falta era más grave en ellos «por ser las cabezas de la Religión y del Estado». Muchos estudiosos modernos piensan que el relato, de tradición sacerdotal, quiso explicar por qué ni Moisés ni Aarón entraron en la tierra, y que por eso el pecado queda en penumbra. El Deuteronomio, en cambio, dice que Dios se irritó con Moisés «por causa de vosotros» (Dt 1,37; 3,26): el pastor comparte el destino de su generación.

Lo que sí está claro es el centro del relato. La palabra clave es «santificar»: Moisés y Aarón debían hacer visible ante el pueblo la santidad de Dios, y no lo hicieron; aun así, Dios «se santificó» en ellos (20,13), en Cades, cuyo nombre significa «santa». A quien más se le confió más se le pedirá (Lc 12,48), y los que enseñan serán juzgados con más severidad (Sant 3,1). Pero también está claro que Dios no abandona al pueblo por la falta de sus guías: el

agua brota «copiosísima» y beben todos, también los ganados (20,11). Y Moisés seguirá siendo «el siervo del Señor» (Dt 34,5).

Los Padres leyeron el episodio como una figura. Si Moisés, que representa la Ley, no introduce al pueblo en la tierra, es porque esa tarea estaba reservada a Josué, cuyo nombre es el mismo de Jesús. Tertuliano lo dice con claridad: el pueblo no entraría en la tierra prometida por medio de Moisés, es decir, de la disciplina de la Ley, sino por medio de Josué, es decir, de la gracia del Evangelio (*Contra Marción* III,16). Torres Amat, en su nota a la muerte de Aarón, recoge de san Jerónimo y de «otros santos Padres» la misma idea, ampliada: ni Aarón, en quien comenzó el sacerdocio levítico, ni María, que representaba a los profetas, ni Moisés, que representaba la Ley, pudieron introducir al pueblo; esa gloria quedó reservada a Josué, imagen de Jesucristo (cf. Heb 4,8).

La roca, por último, se convirtió en una de las grandes imágenes de Cristo. San Pablo escribe que los israelitas «bebían de la piedra espiritual que los seguía, y la piedra era Cristo» (1 Cor 10,4). Pablo recoge una tradición judía: un pozo, o una roca con agua, acompañó a Israel por el desierto (Pseudo-Filón, *Antigüedades bíblicas* 10,7; Tosefta, Sucá 3), y el Talmud enseña que se le daba por los méritos de María, de modo que, al morir ella, faltó el agua (Taanit 9a; Nm 20,1-2). Los cristianos vieron en la roca golpeada a Cristo herido en la cruz, de cuyo costado brotaron sangre y agua (Jn 19,34), el que había prometido que de su seno correrían ríos de agua viva (Jn 7,37-39). La oración que la Vulgata pone en boca de Moisés y Aarón, «ábreles tu tesoro, una fuente de agua

viva» (20,6), encuentra ahí su respuesta: «el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás» (Jn 4,14).

PAUSA

1. Moisés perdió la paciencia con un pueblo que lo agotaba. ¿Cómo reaccionas tú cuando te sientes cansado de los demás?
2. Dios dio el agua aunque su ministro se equivocó. ¿Has experimentado que Dios es fiel incluso a través de los errores de quienes te guían, o de los tuyos?
3. Aarón entregó sus vestiduras a su hijo. ¿Qué te gustaría transmitir tú a los que vienen detrás?

Para orar. *Señor, fuente de agua viva, dame un corazón paciente y una palabra que haga visible tu santidad.*

21

La serpiente de bronce

Muerto Aarón, la nueva generación empieza a vencer. El capítulo tiene cuatro movimientos: la victoria sobre el rey de Arad en Horma (vv. 1-3); la última murmuración del desierto, castigada con serpientes y curada con una serpiente de bronce puesta en alto (vv. 4-9); el largo rodeo de Edom y Moab hasta el Arnón, con fragmentos de cantos antiguos (vv. 10-20), y la conquista de los reinos de Sehón y de Og, al este del Jordán (vv. 21-35). En el centro está la señal que Jesús se aplicó a sí mismo: «como Moisés levantó la serpiente en el desierto» (Jn 3,14).

Victoria en Horma

[1] Y como hubiese oído Arad, rey de los cananeos [1], que habitaba al mediodía, que Israel había venido por el mismo camino de los exploradores [2], peleó contra él; y saliendo vencedor se llevó los despojos. [2] En vista de esto, Israel, obligándose al Señor con voto, dijo: Si entregares a ese pueblo en mi mano, arrasaré sus ciudades. [3] Otorgó el Señor la súplica a Israel, y le entregó el cananeo; a quien él pasó a cuchillo, asolando sus ciudades; por lo que llamó el nombre de aquel lugar Horma, esto es, Anatema o desolación total [3].

La serpiente de bronce

4 Partieron después del monte Hor, camino del mar Rojo, a
fin de ir rodeando la Idumea [4]. Y empezó el pueblo a enfa-
darse del viaje y del trabajo; 5 y hablando contra Dios y
Moisés, dijo: ¿Por qué nos sacaste de Egipto para que mu-
riésemos en el desierto? Falta el pan, no hay agua; nos pro-
voca ya a náusea este manjar sin sustancia [5]. 6 Por lo cual
el Señor envió contra el pueblo serpientes abrasadoras [6],
por cuyas mordeduras y muerte de muchísimos,

7 fue el pueblo a Moisés, y dijeron todos: Pecado hemos,
pues hemos hablado contra el Señor y contra ti [7]: suplíca-
le que aleje de nosotros las serpientes. Hizo Moisés ora-
ción por el pueblo, 8 y el Señor le dijo: Haz una serpiente
de bronce, y ponla en alto para señal [8]; quienquiera que
siendo mordido la mirare, vivirá [9]. 9 Hizo, pues, Moisés
una serpiente de bronce [10], y la puso por señal, a la cual
mirando los mordidos, sanaban.

Camino de Moab

10 Partidos de aquí los hijos de Israel, acamparon en Obot;
11 de donde habiendo salido, plantaron sus tiendas en Jea-
barim, en el desierto que mira a Moab, hacia la parte
oriental. 12 Partiendo de allí, vinieron al torrente de
Zared [11]; 13 después dejando éste, acamparon enfrente del
de Arnón, que está en el desierto y a la frontera del amo-

rreo; por cuanto el torrente Arnón es el término de Moab [12], que divide a los moabitas de los amorreos.

[14] De donde se dice en el libro de las guerras del Señor [13]:
Lo que hice en el mar Rojo, eso mismo haré en los torrentes de Arnón. [15] Los escollos de los torrentes se bajaron
para que pasasen los israelitas [14], y reposasen en Ar, y
acampasen en los confines de Moab.

[16] Desde aquel sitio pasaron a Beer, donde apareció el pozo acerca del cual dijo el Señor a Moisés: Junta el pueblo, que yo le daré agua. [17] Entonces entonó Israel este cántico: Brote agua el pozo, cantaron a una [15], [18] el pozo que los príncipes abrieron, y formaron con sus báculos los caudillos de Israel dirigidos por el legislador Moisés [16]. De este desierto pasaron a Mattana [17].

[19] De Mattana fueron a Nahaliel. De Nahaliel a Bamot. [20] De Bamot fueron a donde hay un valle en el territorio de Moab, hacia la cumbre del Fasga, que mira al desierto.

Sehón y Og

[21] Desde allí envió Israel embajadores a Sehón, rey de los amorreos [18], diciendo: [22] Ruégote que me dejes pasar por tu tierra; no torceremos hacia los campos y viñas, ni beberemos agua de los pozos; marcharemos por el camino real, hasta que hayamos pasado tus términos. [23] No quiso Sehón permitir que Israel atravesase por su país; antes bien, jun-

tando sus tropas le salió al encuentro en el desierto, y vino hasta Jasa, y le dio batalla.

24 Mas fue pasado a cuchillo por los hijos de Israel, y ocupada su tierra desde Arnón hasta Jeboc [19], y hasta los confines de los hijos de Ammón; porque las fronteras de los ammonitas estaban defendidas con fuertes guarniciones. 25 Se le apoderó, pues, Israel de todas las ciudades, y ocupó las fortalezas de los amorreos, es a saber, Hesebón y sus aldehuelas [20]. 26 La ciudad de Hesebón había venido a ser de Sehón, rey de los amorreos, quien hizo guerra contra el rey de Moab, y se apoderó de toda la tierra que había sido de su dominio hasta Arnón.

27 De donde quedó el proverbio: Venid a Hesebón: fortifíquese y restáurese la ciudad para el rey Sehón; 28 Salió fuego de Hesebón y llamas del castillo de Sehón y abrasaron a Ar de los moabitas y a los moradores de las alturas de Arnón. 29 ¡Ay de ti, Moab! ¡Pereciste, oh pueblo de Camos! [21] Camos, vuestro Dios ha entregado sus hijos a la fuga, y sus hijas al cautiverio de Sehón, rey de los amorreos. 30 Queda roto el yugo que los oprimía desde Hesebón hasta Dibón: sin aliento llegaron a Nofe, y no pararon hasta Medaba [22].

31 Los israelitas, pues, ocuparon el país del amorreo. 32 Moisés entretanto envió exploradores a Jazer; cuyos lugares tomaron y se hicieron dueños de los habitantes.

33 Dando después la vuelta, subieron por el camino de Basán, y les salió al encuentro Og, rey de Basán [23], con toda
su gente para atacarlos en Edrai. 34 Pero dijo el Señor a
Moisés: No le temas, porque en tus manos le tengo entregado a él y a todo su pueblo y tierra, y harás con él lo mismo que hiciste con Sehón, rey de los amorreos, que habitaba en Hesebón. 35 Mataron, pues, también a este rey con
sus hijos y a toda su gente sin dejar hombre a vida [24], y se
apoderaron de su tierra.

¿Sabías que?

En la basílica de San Ambrosio de Milán, sobre una columna de granito de época romana, se alza una serpiente de bronce. Es una obra bizantina que, según la tradición, el emperador Basilio II regaló en el año 1007, y durante siglos el pueblo creyó que era la serpiente de Moisés, salvada de la destrucción ordenada por Ezequías. Una leyenda dice que bajará de la columna cuando llegue el fin del mundo, y se acudía a ella para pedir que alejara ciertas enfermedades. En el monte Nebo, en Jordania, una escultura del artista italiano Giovanni Fantoni, que une la serpiente y la cruz, recuerda a los peregrinos este capítulo y las palabras de Jesús en Jn 3,14.

De Cades a las llanuras de Moab

Lugar	En el texto	Identificación propuesta
Cades	Meribá (20,1-13)	Ain el-Qudeirat, en el noreste del Sinaí; cerca, Ain Qadeis conserva el nombre.
Camino real	Edom niega el paso (20,17)	La gran ruta norte-sur al este del Jordán.
Monte Hor	Muere Aarón (20,22-29)	Jebel Harún, junto a Petra (desde Josefo); otros, cerca de Cades.
Arad	Victoria en Horma (21,1-3)	Tel Arad, sin restos de la época, o Tel Malhata.
Obot, Jeabarim	Etapas (21,10-11)	Desconocidos; Jeabarim, en el borde de Moab.
Zared	Torrente (21,12)	Uadi el-Hesa, entre Edom y Moab.
Arnón	Frontera de Moab (21,13)	Uadi el-Mujib.
Beer	Canto del pozo (21,16-18)	Desconocido; significa «pozo».
Fasga	Cumbre (21,20)	Las alturas del monte Nebo.
Jasa	Contra Sehón (21,23)	Desconocida; la nombra la estela de Mesha.
Hesebón	Capital de Sehón (21,25)	Tell Hesbán, en Jordania.
Edrai	Contra Og (21,33)	Deraa, en el sur de Siria.

La estela de Mesha, rey de Moab (hacia 840 a. C.), hallada en Dibón en 1868 y hoy en el Louvre, nombra Dibón, Medeba, Nebo, Atarot, Jasa y el Arnón. Para rodear Edom, Israel bajó por la Arabá hacia el golfo de Áqaba (21,4). Casi todas las identificaciones son probables, no seguras.

La serpiente de bronce, de Moisés a Juan

Cita	Texto	Qué dice
Nm 21,8-9	«Quienquiera que... la mirare, vivirá»	La figura de lo que mata se vuelve remedio.
2 Re 18,4	Ezequías hace pedazos a Nejustán	El signo, convertido en ídolo.
Sab 16,5-7	«Símbolo de salvación»	No sanaba lo que se veía, sino Dios.
Misná	«¿Mataba la serpiente o daba la vida?» (Rosh ha-Shaná 3,8)	Sanaban los que miraban a su Padre del cielo.
Jn 3,14-15	«Así es necesario que sea levantado el Hijo del hombre»	La cruz da vida eterna al que cree.
Jn 8,28; 12,32	«Cuando hayáis levantado...»; «atraeré a todos hacia mí»	En la cruz se revela quién es Jesús.
Bernabé 12	«Moisés hace un tipo de Jesús»	Esperar en el que está sobre el madero.
Justino	*Diálogo con Trifón* 91; 94; 112	Una imagen mandada por Dios que anuncia la cruz.
Gregorio de Nisa	*Vida de Moisés* II	Imagen de serpiente sin serlo: la carne de Cristo, semejante a la del pecado.
Catecismo	n. 2130	Dios ordenó o permitió imágenes que conducen a la salvación.
Liturgia	14 de septiembre; martes de la 5.ª semana de Cuaresma	Con Jn 3,13-17 y Jn 8,21-30; Jn 3,14-21, 4.º domingo de Cuaresma B.

El verbo de san Juan, *hypsóo*, significa «levantar» y «exaltar»: la cruz es muerte y gloria.

PARA PROFUNDIZAR

La serpiente de bronce y la cruz

La última murmuración del desierto tiene un castigo insólito y un remedio todavía más extraño. El pueblo, cansado del maná, habla contra Dios y contra Moisés; aparecen las «serpientes abrasadoras», los serafim del hebreo, y muchos mueren. Cuando el pueblo confiesa su pecado, Dios no retira las serpientes: manda hacer una imagen de serpiente y ponerla sobre un asta, y el que la mira, vive. La figura de lo que mata se vuelve instrumento de curación. En hebreo el juego es sonoro, nejash nejóshet, «serpiente de bronce». Y es, además, una imagen fabricada por orden de Dios en un pueblo al que se había prohibido hacer figuras (Éx 20,4).

En el antiguo Oriente, la serpiente era a la vez una amenaza y un símbolo de vida y de curación, y las figuras de serpientes se usaban como amuletos. En Timna, en el sur de Israel, el arqueólogo Beno Rothenberg excavó en 1969 un pequeño santuario minero egipcio que los madianitas convirtieron después en un santuario de tienda; en él apareció una pequeña serpiente de metal con la cabeza dorada. Algunos estudiosos la relacionan con este relato, dado el parentesco madianita de Moisés (Éx 2,16-22; 18), pero es solo una hipótesis. La Biblia, en todo caso, cuenta que la serpiente de Moisés se conservó siglos y terminó convertida en ídolo: el rey Ezequías la hizo pedazos porque los israelitas le quemaban incienso y la llamaban Nejustán (2 Re 18,4).

La tradición judía se cuidó de aclarar que la curación no venía del bronce. El libro de la Sabiduría llama a la serpiente «símbolo

de salvación» y explica que el que se volvía hacia ella no sanaba «por lo que veía, sino por ti, Salvador de todos» (Sab 16,6-7). La Misná se pregunta si la serpiente mataba o daba la vida, y responde que los israelitas sanaban cuando dirigían la mirada a lo alto y sometían su corazón a su Padre del cielo (Rosh ha-Shaná 3,8). Mirar la serpiente era un acto de fe.

Jesús se aplicó esta imagen en su conversación con Nicodemo: «como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en él tenga vida eterna» (Jn 3,14-15). El verbo griego, hypsóo, significa a la vez «levantar en alto» y «exaltar», y san Juan lo usa para presentar la cruz como glorificación: «cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que Yo Soy» (Jn 8,28); «cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí», y el evangelista aclara que lo decía para indicar de qué muerte iba a morir (Jn 12,32-33). Como los israelitas miraban la serpiente, el creyente mira al Crucificado.

Los Padres desarrollaron la figura. La *Carta de Bernabé* dice que aquí «Moisés hace un tipo de Jesús», y pone en su boca la invitación a acercarse a la serpiente puesta sobre el madero y a esperar en ella (cap. 12). San Justino explica que con esta señal Dios anunció que rompería el poder de la serpiente que hizo pecar a Adán, y responde así a la objeción de que Moisés había hecho una imagen prohibida (*Diálogo con Trifón* 91; 94; 112). Tertuliano dice lo mismo: la serpiente colgada representaba la cruz, en la que fue vencida la antigua serpiente, el diablo (*Sobre la idolatría* 5; *Contra Marción* III,18). San Gregorio de Nisa, en su *Vida de Moisés*, se fija en que la figura de bronce no es una serpiente verdade-

ra, sino su imagen, como Cristo tomó «una carne semejante a la del pecado» sin conocer el pecado (Rom 8,3; 2 Cor 5,21).

La Iglesia cita este episodio para explicar el lugar de las imágenes en la fe: ya en el Antiguo Testamento, Dios «ordenó o permitió la institución de imágenes que conducirían simbólicamente a la salvación por el Verbo encarnado», como la serpiente de bronce (Catecismo, n. 2130). La liturgia proclama este pasaje el 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz (Nm 21,4b-9, con Jn 3,13-17), y el martes de la quinta semana de Cuaresma, y lo recuerda el evangelio del cuarto domingo de Cuaresma del ciclo B (Jn 3,14-21). La historia de Nejustán sigue siendo una advertencia: un signo de Dios puede volverse objeto de superstición cuando se olvida a quién señala. Lo que salva no es el bronce, ni la cruz como objeto, sino Aquel que fue levantado en ella.

PAUSA

1. El pueblo se cansó del «pan del cielo». ¿Qué dones de Dios se han vuelto rutinarios para ti?
2. Dios no quitó las serpientes, pero dio un remedio a quien mirara. ¿Hacia dónde diriges tu mirada cuando algo te hiere?
3. Jesús dijo que sería levantado como la serpiente. ¿Qué significa para ti hoy mirar la cruz?

Para orar. *Señor Jesús, levantado en la cruz, sana mis heridas cada vez que vuelvo a ti los ojos.*

22

Balac llama a Balaam

Israel acampa frente a Jericó, y Balac, rey de Moab, aterrado, contrata a un famoso adivino de Mesopotamia para que lo maldiga. El capítulo tiene tres escenas: las dos embajadas de Balac y las dos respuestas de Dios a Balaam (vv. 1-20), el viaje en burra, con el ángel que cierra el paso (vv. 21-35), y la llegada a Moab (vv. 36-41). Es un relato lleno de ironía: el vidente famoso no ve lo que ve su burra, y el hombre pagado para maldecir solo podrá decir lo que Dios ponga en su boca.

Las embajadas de Balac

1 Pasando adelante, acamparon en las llanuras de Moab [1]
cerca del Jordán, donde al otro lado está Jericó. 2 Mas
viendo Balac, hijo de Sefor [2], de qué manera había tratado
Israel a los amorreos, 3 y cómo los moabitas le habían co-
brado gran miedo, y que no podrían sostener sus ataques,
4 dijo a los ancianos de Madián [3]: Este pueblo va a destruir
a todos los habitantes de nuestro país, del mismo modo
que el buey suele comerse las hierbas hasta la raíz. Balac
era en este tiempo rey de Moab. 5 Despachó, pues, mensa-
jeros a Balaam, hijo de Beor [4], adivino que habitaba en la
ribera del río de la tierra de los amonitas [5], para que lo lla-
masen y dijesen: Mira que ha salido de Egipto un pueblo

que ha cubierto la superficie de la tierra, y está contra mí acampado. 6 Ven, pues, a maldecir a dicho pueblo 6 porque es más fuerte que yo: por ver si así hallo medio de rechazarlo y arrojarlo de mi país; porque yo sé que será bendito aquel a quien tú bendijeres, y maldito aquel sobre quien descargares tus maldiciones.

7 Con esto partieron los senadores de Moab y los ancianos de Madián, llevando en sus manos la paga de la adivinación 7. Llegado que hubieron a Balaam, y así que expusieron todo lo que Balac les había mandado decir, 8 les respondió: Quedaos aquí esta noche; y yo responderé lo que me dijere el Señor 8. Se hospedaron, pues, en casa de Balaam; y vino Dios y le dijo: 9 ¿Qué quieren esos hombres que tienes en tu casa? 9 10 Respondió: Balac, hijo de Sefor, rey de los moabitas, me ha enviado 11 a decir: Sábete que un pueblo salido de Egipto ha cubierto la superficie de la tierra: ven y maldícelo, por ver si puedo, peleando, ahuyentarlo. 12 Dijo Dios entonces a Balaam: No vayas con ellos, ni maldigas a ese pueblo, siendo, como es, bendito por mí 10. 13 Levantándose, pues, de mañana, dijo a los príncipes sus huéspedes: Volveos a vuestra tierra, porque me ha prohibido el Señor ir con vosotros. 14 Vueltos los príncipes, dijeron a Balac: No ha querido Balaam venir con nosotros.

15 Entonces Balac envió de nuevo mensajeros en mayor número, y más principales que los que antes había enviado.
16 Los que llegados a Balaam, dijeron: Esto dice Balac, hijo de Sefor: No difieras más el venir a mí. 17 Estoy pronto a honrarte y darte cuanto quisieres; ven y maldice a este pueblo. 18 Respondió Balaam: Aunque Balac me diese toda su casa llena de plata y oro [11], no podré alterar la orden del Señor mi Dios, para decir ni más ni menos de lo que él me haya dicho. 19 Os ruego que os quedéis también aquí esta noche y podré saber qué me responderá de nuevo el Señor.
20 Vino, pues, Dios a Balaam aquella noche, y le dijo: Si esos hombres han venido a llamarte, levántate y vete con ellos [12]; pero cuidado en no hacer más que lo que yo te mandare.

La burra y el ángel

21 Se levantó Balaam de mañana, y aparejada su borrica, marchó con ellos. 22 Se enojó después Dios. Y así el ángel del Señor se atravesó en el camino [13] delante de Balaam, el cual iba montado en la burra, y llevaba consigo dos mozos.
23 La burra viendo al ángel [14] parado en el camino con la espada desenvainada, se desvió a un lado, y se iba por el campo. Y como Balaam le diese de palos, y quisiese encarrilarla por la senda, 24 se paró el ángel en un lugar muy estrecho entre dos cercas con que estaban rodeadas unas viñas. 25 Al cual viendo la burra, se arrimó a la pared, y es-

tropeó el pie del que iba montado. Pero éste proseguía en darle de palos.

26 Sin embargo, el ángel pasando a un sitio todavía más estrecho, donde no podía desviarse ni a la derecha ni a la izquierda, se le paró delante. 27 Y como viese la burra al ángel parado delante de ella, se echó en el suelo debajo del que la montaba; el cual enfurecido la apaleaba más fuerte, con la vara, en los costados. 28 Entonces dispuso el Señor que la burra hablase [15] y dijese a Balaam: ¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué me pegas ya por tercera vez [16]? 29 Respondió Balaam: Porque lo tienes merecido, y has hecho burla de mí. ¡Ojalá tuviera yo una espada para envasarte! [17] 30 Dijo la burra: ¿Pues no soy yo tu pollina, sobre la cual has solido ir siempre montado hasta el día de hoy? Di si jamás te he hecho una tal cosa. Jamás, le respondió él.

31 Al momento abrió el Señor los ojos de Balaam [18], y vio delante de sí al ángel parado en el camino con la espada desnuda, y postrándose en tierra le adoró. 32 Y el ángel le dijo: ¿Por qué das de palos por tercera vez a tu borrica? Yo he venido para oponerme a ti; porque tu idea es perversa y contraria a mí. 33 Que si la burra no se hubiese desviado del camino, cediéndome el lugar cuando me oponía a su paso, a ti te hubiera ya muerto, y ella viviera. 34 Dijo Balaam: He pecado [19], no conociendo que tú estabas contra mí; toda-

vía si no gustas de que vaya, me volveré. 35 Respondió el
ángel: Vete con ellos; mas guárdate de hablar otra cosa que
lo que yo te ordenare [20]. Se fue, pues, con aquellos seño-
res.

Balaam llega a Moab

36 Llegado el aviso a Balac, salió a recibirle en un pueblo de
los moabitas situado en los últimos términos de Arnón [21].
37 Allí dijo a Balaam: Envié mensajeros a llamarte: ¿Cómo
no viniste al instante? ¿Será porque no puedo yo honrar y
recompensar tu venida? 38 Al cual respondió él: Aquí me
tienes. Mas, ¿podré yo hablar otra cosa, sino lo que Dios
pusiere en mi boca?

39 Caminaron, pues, juntos, y vinieron a una ciudad pues-
ta en los últimos confines de su reino. 40 Aquí Balac ha-
biendo hecho matar bueyes y ovejas [22], envió presentes a
Balaam y a los príncipes que le acompañaban. 41 Venida la
mañana lo llevó a las alturas de Baal [23], y le hizo ver desde
allí la extremidad del pueblo o campamento de Israel.

¿Sabías que?

En 1626, con unos veinte años, Rembrandt pintó en Leiden *La burra de Balaam*, que hoy se conserva en el Museo Cognacq-Jay de París: el ángel con la espada, la burra que vuelve la cabeza hacia su amo, y Balaam con el palo en alto. La composición está tomada de un cuadro de su maestro Pieter Lastman sobre la misma escena, pintado en 1622 y hoy en el Museo de Israel, en Jerusalén. El joven discípulo copió del maestro las figuras de Balaam y de la burra.

Balaam fuera de la Biblia

La inscripción de Deir Alla	Números 22 – 24
Hallazgo: 1967, en Tell Deir Alla, valle del Jordán, cerca del Yaboc; expedición holandesa de la Universidad de Leiden (H. J. Franken)	**Escenario:** las llanuras de Moab, al otro lado del Jordán, frente a Jericó (22,1)
Soporte: tinta negra y roja sobre el enlucido de una pared, caída en un terremoto; un centenar de fragmentos	**Soporte:** un relato copiado y recopiado en rollos, dentro del Pentateuco
Fecha: hacia el 800 a. C.	**Fecha:** los hechos, en tiempos de Moisés; la redacción final, discutida
Protagonista: «Balaam, hijo de Beor, vidente de los dioses»	**Protagonista:** «Balaam, hijo de Beor» (22,5; 24,3); «adivino» (Jos 13,22)
Revelación: los dioses vienen a él de noche	**Revelación:** Dios viene a él de noche (22,8-9.20)
Por la mañana: se levanta, ayuna y llora; su gente le pregunta por qué	**Por la mañana:** se levanta y responde a los enviados (22,13.21)
Los dioses: El, los dioses *shaddayin* reunidos en consejo, una diosa	**Dios:** El, Shaddai, Elyón (24,4.16) y el Señor, el único Dios
Mensaje: una desgracia: el cielo cubierto de nubes, oscuridad y no luz	**Mensaje:** bendición en lugar de maldición (23,8.20); un rey que vendrá (24,17)
Lengua: discutida: arameo antiguo, o un dialecto local con rasgos cananeos	**Lengua:** hebreo; los oráculos, en poesía muy antigua
Edición: J. Hoftijzer y G. van der Kooij, 1976	**Texto:** el hebreo; aquí, Torres Amat desde la Vulgata

Los fragmentos, muy dañados, se conservan en Ammán, y su lectura cambia según los editores. No confirma los detalles de Números, pero muestra que Balaam era un vidente famoso al este del Jordán siglos antes de que el libro alcanzara su forma final. La Biblia toma a ese personaje conocido y lo convierte en testigo involuntario de la bendición de Dios.

PARA PROFUNDIZAR

Balaam, el adivino que no pudo maldecir

En 1967, una expedición holandesa de la Universidad de Leiden, dirigida por H. J. Franken, excavaba Tell Deir Alla, en el valle del Jordán, cerca de la desembocadura del Yaboc. Entre los restos de un edificio derribado por un terremoto aparecieron más de cien fragmentos de enlucido escritos con tinta negra y roja, que J. Hoftijzer y G. van der Kooij publicaron en 1976. El texto, de hacia el 800 a. C., empieza así: «Libro de Balaam, hijo de Beor, vidente de los dioses». Cuenta que los dioses vinieron a él de noche; que por la mañana se levantó, ayunó y lloró, y que explicó a su gente que los dioses, reunidos en consejo, habían decidido cubrir el cielo de oscuridad. La lengua es discutida y muchas líneas son ilegibles, pero el hallazgo enseña algo seguro: Balaam era un vidente famoso al este del Jordán mucho antes de que Números alcanzara su forma final (ver el cuadro). La Biblia no inventó al personaje: tomó a un adivino célebre y lo convirtió en testigo de la bendición de Israel.

Para entender el relato hay que recordar el peso que tenía la palabra en el antiguo Oriente. Una bendición o una maldición pronunciada por un especialista se consideraba eficaz, y un rey podía contratar a un vidente antes de una guerra. Balac lo dice claramente: «yo sé que será bendito aquel a quien tú bendijeres» (22,6). Los capítulos 22 a 24 desmienten esa fe en la magia con una ironía constante. El adivino no puede decir sino lo que Dios pone en su boca (22,38; 23,12.26; 24,13); los altares y los cambios de lugar no sirven de nada; y el que se presenta como quien

«ha abierto los ojos» (24,4) no ve al ángel que ve su burra. Al final, el que vino a maldecir ha bendecido tres veces, y el rey que lo pagó se queda sin nada.

La imagen de Balaam es doble. En estos capítulos se comporta como un hombre obediente: rechaza el dinero «aunque Balac me diese toda su casa llena de plata y oro» (22,18) y repite fielmente la palabra recibida. Pero el narrador deja ver sus ambigüedades: vuelve a preguntar cuando ya conoce la respuesta (22,19) y busca agüeros (24,1). El resto de la Biblia lo juzga con más dureza. El Deuteronomio recuerda que fue contratado para maldecir y que Dios convirtió la maldición en bendición (Dt 23,5-6); el libro de Josué lo llama «adivino» y cuenta su muerte (Jos 13,22), y Números atribuye a su consejo la caída de Israel en Baal-Fegor (31,16). Miqueas, en cambio, lo recuerda sin reproche, como testigo de las obras justas del Señor (Miq 6,5). El Nuevo Testamento lo convierte en el modelo del que comercia con lo sagrado: Balaam, «que amó el salario de la iniquidad» y fue reprendido por una burra (2 Pe 2,15-16); los que se lanzaron por lucro a su extravío (Jud 11); la «doctrina de Balaam», que enseñó a Balac a poner tropiezo a Israel con los banquetes idolátricos y la fornicación (Ap 2,14).

La tradición judía siguió el mismo camino. La Misná contrapone a los discípulos de Abrahán, que tienen «ojo bueno, espíritu humilde y alma moderada», y a los de Balaam, que tienen «ojo malo, espíritu altivo y alma insaciable» (Avot 5,19). Filón de Alejandría (*Vida de Moisés* I,263-299) y Flavio Josefo (*Antigüedades* IV,6) le dedicaron largos relatos, y los dos le atribuyen el plan de seducir a Israel con las mujeres de Moab. Orígenes predicó sobre él una serie de homilías (*Homilías sobre Números* 13–19) y llegó a

pensar que los Magos conocían su profecía (ver el ensayo del capítulo 24).

¿Qué enseña hoy esta historia? Primero, que Dios es libre para hablar por quien quiere: por un extranjero, por un adivino, incluso por una burra. Santo Tomás explica que Dios dijo verdades por medio de Balaam porque «se sirve también de los malos para provecho de los buenos» (*Suma teológica* II-II, q. 172, a. 6). Segundo, que el don de la palabra no garantiza la santidad: Jesús advirtió que algunos le dirán «¿no profetizamos en tu nombre?» y oirán «no os conozco» (Mt 7,22-23). Tercero, que la bendición de Dios sobre su pueblo es más fuerte que cualquier maldición. Y, por último, un aviso: se puede hablar de Dios con palabras verdaderas y tener, al mismo tiempo, el corazón puesto en la paga. Balaam vio de lejos la estrella de Jacob, pero no la siguió.

PAUSA

1. Balaam no veía lo que veía su burra. ¿Qué señales de Dios te cuesta ver porque vas demasiado decidido por tu propio camino?
2. Balaam conocía la respuesta de Dios, pero volvió a preguntar esperando otra. ¿En qué asunto insistes ante Dios porque no te gusta lo que ya sabes?
3. Dios habló por medio de un extranjero y de un animal. ¿A través de quién inesperado te ha hablado Dios alguna vez?

Para orar. *Señor, ábreme los ojos para ver tu presencia en mi camino, y dame un corazón que no se venda.*

23

Los dos primeros oráculos

Balaam pronuncia sus dos primeros oráculos, y los dos siguen el mismo rito: siete altares, un sacrificio, Balaam se aparta para encontrarse con Dios y vuelve con una palabra que Balac no esperaba (vv. 1-12 y 13-24). Después de cada uno, el rey protesta y cambia de lugar, como si la bendición dependiera del punto de vista (vv. 25-30). Los oráculos son poemas de factura muy antigua: hablan de un pueblo separado e innumerable, que tiene a Dios por rey y no necesita adivinos, porque Dios mismo le revela lo que hace.

El primer oráculo

[1] Entonces dijo Balaam a Balac: Levántame aquí siete altares o aras [1], y prepara otros tantos becerros, e igual número de carneros. [2] Después de haberlo hecho conforme había pedido Balaam, pusieron un becerro y un carnero sobre cada altar. [3] Dijo entonces Balaam a Balac: Aguárdate un poco junto a tu holocausto, mientras yo voy a ver si quizá el Señor viene a mi encuentro [2], en cuyo caso te diré todo lo que me mandare. [4] Partido a toda prisa, le salió Dios al encuentro, y hablando con él Balaam: Siete altares, dijo, he erigido [3], y he puesto encima de cada uno un becerro y un carnero. [5] Mas el Señor le sugirió lo que había

de responder [4] a Balac. [6] Habiendo vuelto, halló a Balac que estaba aguardando junto a su holocausto, con todos los príncipes de los moabitas.

[7] Y usando de su estilo profético [5], dijo: De Aram, de los montes del Oriente [6] me ha traído Balac rey de los moabitas: Ven, dijo, y maldice a Jacob; date prisa y echa imprecaciones contra Israel. [8] ¿Cómo he de maldecir yo a quien Dios no maldijo? [7] ¿Cómo quieres que yo deteste a quien no detesta el Señor? [9] De lo alto de los riscos me pondré a mirarle, y desde las colinas le contemplaré. Pueblo que habitará separado [8], y no se contará en el número de las demás naciones. [10] ¿Quién podrá contar los granitos de polvo o la descendencia de Jacob [9], ni averiguar el número de los hijos de Israel? Ojalá pueda yo lograr el morir como los justos [10], y que sea mi fin semejante al suyo.

[11] Al oír esto Balac dijo a Balaam: ¿Qué es lo que haces? Te he llamado para que maldijeras a mis enemigos, y tú al contrario les echas bendiciones. [12] Pero él respondió: Pues que, ¿puedo hablar yo otra cosa sino lo que me ha ordenado el Señor?

El segundo oráculo

[13] Dijo, pues, Balac: Ven conmigo a otro lugar de donde veas una parte de Israel [11], y no puedas ver todo el campamento; desde allí le maldecirás. [14] Y habiéndole conducido

a un sitio elevado sobre la cumbre del monte Fasga [12], erigió Balaam siete altares, y habiendo puesto sobre cada uno un becerro y un carnero, [15] dijo a Balac: Estáte aquí junto a tu holocausto, mientras yo voy allá al encuentro del Señor. [16] Y habiendo salido el Señor al encuentro de Balaam, y sugerídole lo que había de responder, le dijo: Vuelve a Balac, y le dirás todo eso. [17] Vuelto que hubo, le halló junto a su holocausto con los príncipes de los moabitas. Le preguntó Balac: ¿Qué es lo que ha dicho el Señor?

[18] A lo que tomando él su tono profético, dijo: Prepárate, ¡oh! Balac, y escucha: Atiende, hijo de Sefor; [19] no es Dios como el hombre para que mienta [13], ni como hijo de hombre para estar sujeto a mudanza. ¿Cuándo él, pues, ha dicho una cosa, no lo hará? ¿Habiendo hablado, no cumplirá su palabra? [20] He sido traído acá para bendecir; yo no puedo menos de bendecir a ese pueblo [14]. [21] No hay ídolo en la estirpe de Jacob [15], ni se ve simulacro en Israel. El Señor su Dios está con él, y en él resuena ya el sonido de las trompetas en señal de la victoria de su rey [16].

[22] Lo sacó Dios de Egipto; y es semejante a la del rinoceronte [17] su fortaleza. [23] No hay en Jacob agüeros, ni hay adivinos en Israel [18]. A su tiempo se dirá a Jacob y a Israel lo que habrá hecho Dios en medio de ellos. [24] He aquí un pueblo que asaltará como leona, y como león se

erguirá [19]: no se acostará hasta que trague la presa y beba la sangre de los que habrá degollado.

Hacia la cumbre de Fogor

[25] Dijo entonces Balac a Balaam: Ya que no le maldices, tampoco le bendigas. [26] Pues que, respondió Balaam, ¿no te dije que yo habría de hacer todo cuanto el Señor me mandase? [27] Le dijo entonces Balac: Ven y te llevaré a otro sitio; por si place a Dios que desde allí los maldigas [20]. [28] Y habiéndole llevado sobre la cima del monte Fogor [21], que mira al desierto, [29] le dijo Balaam: Levántame aquí siete altares, y prepara otros tantos becerros y el mismo número de carneros. [30] Hizo Balac lo que Balaam había dicho, y puso un becerro y un carnero sobre cada ara.

> **¿Sabías que?**
>
> El 24 de mayo de 1844, Samuel Morse inauguró la primera línea de telégrafo de los Estados Unidos, entre Washington y Baltimore, con un mensaje tomado de este capítulo: «What hath God wrought», que en la versión inglesa de 23,23 quiere decir «¡lo que ha hecho Dios!». La frase la eligió Annie Ellsworth, hija del comisionado de patentes. La tira de papel con el mensaje, en la que Morse anotó que la frase era de la joven, se conserva hoy en la Biblioteca del Congreso.

PAUSA

1. Balac cambiaba de lugar esperando que Dios cambiara de opinión. ¿Buscas a veces «otro monte» para no escuchar lo que Dios ya te ha dicho?
2. «No es Dios como el hombre para que mienta». ¿Qué promesa de Dios necesitas recordar hoy?
3. Balaam deseó morir como los justos, pero no vivió como ellos. ¿Qué tendría que cambiar en tu vida para que tu final se parezca a tu deseo?

Para orar. *Señor, Dios fiel que no mientes, que mi vida bendiga a los demás como tu palabra me bendice a mí.*

24

La estrella de Jacob

Balaam deja de buscar agüeros y, arrebatado por el espíritu de Dios, pronuncia su tercer oráculo, el de las tiendas de Israel (vv. 1-9). Balac estalla, y Balaam, antes de irse, anuncia por su cuenta lo que vendrá (vv. 10-14): el cuarto oráculo, el de la estrella y el cetro (vv. 15-19), y tres breves sentencias sobre Amalec, los cineos y los pueblos del mar (vv. 20-25). El vidente que vino a maldecir termina viendo, «no de cerca», a un rey que saldrá de Jacob. Los judíos lo esperaron como el Mesías, y los cristianos reconocieron en esa estrella la de los Magos.

El tercer oráculo

1 Pero viendo Balaam que era del agrado de Dios que bendijera a Israel, no fue más como antes había ido en busca
del agüero [1], sino que volviéndose hacia el desierto, 2 y alzando los ojos, miró a Israel, acampado en las tiendas, y
distribuido por tribus [2]; y arrebatado del espíritu de
Dios [3],

3 comenzó a profetizar, y dijo: Palabra profética de Balaam, hijo de Beor; palabra de aquel hombre que tenía cerrados los ojos [4]; 4 palabra de aquel que ha oído la voz de

Dios; del que ha contemplado la visión del todopoderoso;
del que ha caído, y con eso ha abierto los ojos [5]:

[5] ¡Oh cuán bellos son tus Tabernáculos, Jacob [6], y tus pabellones, oh Israel! [6] Son como valles de árboles frondosos, como huertas de regadío junto a los ríos, como tiendas que el Señor mismo ha fijado [7], como cedros plantados cerca de las aguas. [7] Fluirá perennemente el agua de su arcaduz [8], y su descendencia crecerá como las copiosas aguas de los ríos. Su rey será desechado por causa de Agag [9], y le será quitado el reino. [8] Sacó Dios de Egipto al pueblo suyo, y su fortaleza es como la del rinoceronte. Devorará Israel los pueblos que sean sus enemigos, les desmenuzará los huesos, y los atravesará con saetas. [9] Se echará a dormir como león, y como leona a quien ninguno osará despertar. Quien a ti te bendijere, ¡oh Israel!, también él será bendito [10]; aquel que te maldijere, por maldito será tenido.

La ira de Balac

[10] Entonces Balac, airado contra Balaam, dando una palmada [11], dijo: Yo te llamé para maldecir a mis enemigos; y tú al contrario los has ya bendecido por tres veces.
[11] Vuélvete, pues, a tu lugar. Yo ciertamente tenía determinado el premiarte magníficamente; pero el Señor te ha privado del premio dispuesto.

12 Respondió Balaam a Balac: ¿Pues no dije yo a tus mensajeros que me enviaste: 13 Aunque Balac me diese su casa llena de oro y plata no podré traspasar el mandato del Señor Dios mío, para proferir por capricho mío cosa alguna, sea de bien o de mal; sino que diré lo que el Señor dijere? 14 No obstante, al volverme a mi pueblo, daré un consejo [12] sobre lo que por último ha de hacer tu pueblo a éste de Israel.

La estrella y el cetro

15 Y prosiguió de nuevo sus profecías, diciendo: Palabra de Balaam, hijo de Beor; palabra de aquel hombre que tenía tapada la vista; 16 palabra del que ha oído lo que ha dicho Dios, del que sabe la doctrina del Altísimo [13], y está viendo visiones del omnipotente, del que cayendo abrió los ojos: 17 Yo le veré, mas no ahora [14]; le contemplaré, mas no de cerca. De Jacob NACERÁ UNA ESTRELLA [15]; y brotará de Israel una vara o cetro [16] que herirá a los caudillos de Moab, y destruirá todos los hijos de Set [17]. 18 La Idumea será posesión suya [18]; la herencia de Seir pasará a sus enemigos; peleará Israel con valor. 19 De Jacob saldrá el que ha de dominar y arruinar las reliquias de la ciudad.

Los últimos oráculos

20 Y echando una mirada hacia el país de Amalec, profetizando, dijo: Amalec ha sido la primera de las naciones que
han atacado a Israel [19]; mas su fin será el exterminio.

21 Dirigió asimismo su vista hacia el cineo, y profetizando,
dijo: Fuerte sin duda es tu morada; mas aunque pongas tu
habitación sobre una roca [20], 22 y seas de lo más escogido
del linaje de Cin, ¿por cuánto tiempo podrás permanecer
en ese estado? Porque has de ser presa del asirio.

23 Y aun siguió profetizando en estos términos. ¡Ay!
¿Quién vivirá cuando Dios hará todas estas cosas?
24 Vendrá una gente en galeras desde Quittim [21], vencerá a
los asirios, destruirá a los hebreos, y al fin también ella
misma perecerá.

25 Con esto se levantó Balaam, y regresó a su pueblo [22]. Balac asimismo se volvió por el camino por donde había venido.

¿Sabías que?

En la catacumba de Priscila, en la vía Salaria de Roma, hay una pintura de la primera mitad del siglo III que se cuenta entre las imágenes más antiguas de la Virgen con el Niño. Junto a ellos, un hombre señala con la mano una estrella. Muchos lo identifican con Balaam y su oráculo; otros, con el profeta Isaías. Sea quien sea, la estrella anunciada por los profetas brilla ya, en el arte cristiano más antiguo, sobre el Niño y su madre.

La estrella de Jacob en la tradición

Fuente	Fecha	Lectura
Septuaginta	siglo III a. C.	«Saldrá una estrella de Jacob y se levantará un hombre de Israel».
Documento de Damasco	h. 100 a. C.	La estrella es el intérprete de la Ley; el cetro, el príncipe de la congregación (CD VII,18-21).
Regla de la guerra	siglo I a. C.	Promesa de victoria en la guerra final (1QM XI,6-7).
Testimonia	siglo I a. C.	Junto al profeta como Moisés y a la bendición de Leví (4Q175).
Targum de Onquelos	primeros siglos	«Cuando se levante un rey de Jacob y sea ungido el Mesías de Israel».
Rabí Aquiba	132 d. C.	Ve en Simón bar Kosibá la estrella: «este es el rey Mesías».
Mateo 2,2	siglo I d. C.	«Hemos visto su estrella en el oriente».
Apocalipsis 22,16	hacia el 95	Jesús, «la estrella radiante de la mañana».
San Justino	h. 150-160	Los magos de Arabia reconocieron la señal (*Diálogo* 106).
Orígenes	h. 248	Los Magos conocían la profecía de Balaam (*Contra Celso* I,60).
Catecismo, n. 528	1992	Los Magos buscan «a la luz mesiánica de la estrella de David».

La liturgia lee el oráculo el lunes de la tercera semana de Adviento (Nm 24,2-7.15-17a). Balaam no nombra al rey que ve «no de cerca», y cada época lo leyó desde su propia esperanza. Ver el ensayo de este capítulo.

Los oráculos de Balaam

Oráculo	Cita	Lo que dice
Primero	23,7-10 Bamot-Baal	«¿Cómo he de maldecir a quien Dios no maldijo?»; un pueblo separado e innumerable; «ojalá muera yo como los justos».
Segundo	23,18-24 Fasga	Dios no miente ni se desdice; no hay agüero en Jacob; el Señor es su rey; el pueblo se alza como un león.
Tercero	24,3-9 Fogor	«¡Cuán bellos son tus tabernáculos, Jacob!»; agua abundante; el rey y Agag; «quien te bendijere será bendito» (Gn 12,3).
Cuarto	24,15-19	«Le veré, mas no ahora»: una estrella de Jacob y un cetro de Israel, vencedor de Moab y de Edom.
Quinto	24,20	Amalec, «la primera de las naciones», acabará en el exterminio.
Sexto	24,21-22	El cineo: aunque ponga su nido en la roca, el asirio se lo llevará.
Séptimo	24,23-24	Naves desde Quittim humillarán a Asur y a Éber; también ellas perecerán.

Bamot-Baal son las «alturas de Baal» (22,41); el Fasga y el Fogor, dos cumbres frente al valle del Jordán (23,14.28). Los tres primeros oráculos siguen el mismo rito: siete altares con un becerro y un carnero en cada uno (23,1-2.14.29-30), y Balaam que se aparta para encontrarse con Dios. Cada vez Balac cambia de lugar y crece su enojo: «ya que no le maldices, tampoco le bendigas» (23,25), hasta que da una palmada de rabia (24,10). Los cuatro últimos nadie los pide: Balaam los pronuncia al despedirse (24,14).

PARA PROFUNDIZAR

La estrella de Jacob y los Magos

El cuarto oráculo de Balaam (24,15-19) es el más misterioso. Ya no responde a ningún encargo de Balac: el vidente lo pronuncia al despedirse, como quien deja una herencia. «Lo veré, mas no ahora; lo contemplaré, mas no de cerca»: alguien está por llegar. Las imágenes son de realeza. La estrella (kokab) era en el antiguo Oriente un símbolo de reyes y de dioses, y el cetro (shébet), la insignia del que gobierna; el personaje anunciado vencerá a Moab y a Edom. Muchos estudiosos piensan que el oráculo, en la forma que conocemos, se leyó a la luz de David, que sometió a esos dos pueblos (2 Sm 8,2.13-14). Pero el «no ahora, no de cerca» dejó la profecía abierta, y generaciones enteras la leyeron como promesa de un rey futuro.

Esa lectura empieza dentro del judaísmo. La Septuaginta, la traducción griega hecha en Alejandría a partir del siglo III a. C., dice: «saldrá una estrella de Jacob y se levantará un hombre de Israel», y ya en el tercer oráculo había leído «saldrá un hombre de su descendencia y dominará muchas naciones» (24,7). En Qumrán, el Documento de Damasco identifica la estrella con el «intérprete de la Ley» y el cetro con el «príncipe de toda la congregación» (CD VII,18-21); la Regla de la guerra cita el oráculo como promesa de victoria en la batalla final (1QM XI,6-7), y una pequeña antología de textos mesiánicos, los *Testimonia* (4Q175), lo coloca junto a la promesa de un profeta como Moisés (Dt 18,18-19). El targum de Onquelos, la traducción aramea que se

leía en la sinagoga, lo dice abiertamente: «cuando se levante un rey de Jacob y sea ungido el Mesías de Israel».

Aquella esperanza tuvo también una página trágica. En el año 132, Simón bar Kosibá encabezó en Judea una rebelión contra Roma. Según el Talmud de Jerusalén, rabí Aquiba, el maestro más venerado de su tiempo, le aplicó este versículo, leyendo «sale Koziba de Jacob» en lugar de «sale una estrella», y dijo: «este es el rey Mesías»; otro maestro, Yojanán ben Torta, le respondió: «Aquiba, crecerá la hierba en tus mejillas y el hijo de David todavía no habrá venido» (*Taanit* 4, 68d). De ahí el sobrenombre con que se le conoce, Bar Kojba, «hijo de la estrella». La revuelta terminó en el 135 con la caída de Betar y una represión terrible.

Los cristianos reconocieron la estrella en otro lugar. Mateo no cita a Balaam, pero cuenta que unos magos llegaron «del Oriente» preguntando: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en el oriente» (Mt 2,1-2); algunos comentaristas oyen en la palabra griega «oriente» (anatolé) un eco del verbo con que la Septuaginta dice que la estrella «saldrá» (anatelei). El Apocalipsis pone en boca de Jesús: «Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella radiante de la mañana» (Ap 22,16). San Justino, a mediados del siglo II, cita el oráculo y explica que, cuando apareció una estrella al nacer Cristo, los magos de Arabia reconocieron la señal (*Diálogo con Trifón* 106; en la *1 Apología* 32 lo mezcla con Is 11,1 y lo atribuye a Isaías). Orígenes, hacia el 248, compara la estrella de Belén con los cometas y con-

jetura que los Magos conocían las profecías de Balaam (*Contra Celso* I,58-60).

El Catecismo recoge esta tradición: los Magos, primicias de las naciones, buscan en Israel, «a la luz mesiánica de la estrella de David», al que será rey de las naciones, y solo encuentran a Jesús volviéndose hacia los judíos y recibiendo de ellos la promesa del Antiguo Testamento (n. 528, que remite a Nm 24,17-19). La liturgia lee el oráculo el lunes de la tercera semana de Adviento (Nm 24,2-7.15-17a).

¿Qué fue la estrella de Belén? Se han propuesto una conjunción de Júpiter y Saturno en el año 7 a. C., que ya estudió Kepler, un cometa o una estrella nueva; ninguna hipótesis es segura, y al evangelista le interesa otra cosa. La paradoja es más elocuente que cualquier cálculo: el primero en anunciar la estrella fue un adivino pagano, y los primeros en seguirla fueron unos sabios paganos. Dios hizo brillar su luz para las naciones a través de Israel, y la estrella que Balaam vio «no de cerca» se detuvo, por fin, sobre un niño.

PAUSA

1. Balaam vio la estrella «no de cerca». ¿Qué esperanza de Dios sostiene tu vida, aunque todavía no la veas cumplida?
2. Los Magos siguieron una estrella que había anunciado un pagano. ¿Qué te ayuda hoy a buscar a Cristo, y qué te distrae de él?
3. «¡Qué hermosas son tus tiendas, Jacob!». ¿Qué belleza descubres en tu comunidad cristiana, aun con sus defectos?

Para orar. *Señor Jesús, estrella de la mañana, guía mis pasos hasta ti como guiaste a los Magos.*

25

Baal-Fegor y el celo de Finees

Lo que Balaam no logró con maldiciones casi lo logra la seducción: en Setim, el pueblo se une a las mujeres de Moab y de Madián y a los ritos del Baal de Fegor. El capítulo tiene tres partes: el pecado y la ira de Dios (vv. 1-5), el gesto violento de Finees, que detiene la plaga (vv. 6-9), y la alianza de paz y de sacerdocio que recibe, con los nombres de los muertos y la orden de hostilizar a Madián (vv. 10-18). Es una de las páginas más duras del libro; el ensayo final la lee en su contexto y a la luz de Cristo.

Israel en Baal-Fegor

1 En este tiempo estaba Israel acampado en Setim [1], y el
pueblo prevaricó con las hijas de Moab [2], 2 las cuales les
convidaron a sus sacrificios [3]. Comieron de ellos, y adora-
ron también sus dioses. 3 E Israel se consagró a
Beelfegor [4]. Por lo que enojado el Señor,

4 dijo a Moisés: Toma contigo todos los caudillos del pue-
blo, y haz colgar a los culpables en patíbulos a la luz del
sol [5], para que mi cólera se retire de Israel. 5 En conse-
cuencia dijo Moisés a los jueces de Israel: Mate cada cual a
sus allegados [6] que se han consagrado a Beelfegor.

El celo de Finees

6 Cuando he aquí que uno de los hijos de Israel entró, a vista de sus hermanos, en casa de una ramera madianita [7], estándole mirando Moisés y todos los hijos de Israel, los cuales lloraban a las puertas del Tabernáculo [8]. 7 Lo que viendo Finees, hijo de Eleazar [9], hijo del sumo sacerdote Aarón, se levantó de en medio del gentío; y cogiendo un puñal 8 entró en pos del israelita en el dormitorio [10], y los traspasó a los dos, al hombre y a la mujer, en las mismas partes vergonzosas. Con lo que Dios detuvo el azote [11] de los hijos de Israel, 9 y quedaron muertos veinticuatro mil hombres [12].

La alianza de paz

10 Dijo entonces el Señor a Moisés: 11 Finees, hijo de Eleazar, hijo del sumo sacerdote Aarón, ha apartado mi cólera de sobre los hijos de Israel; porque fue arrebatado de celo mío [13] contra ellos, para que yo mismo no aniquilase a los hijos de Israel en el furor de mi celo. 12 Por tanto, dile de mi parte que yo le doy ya la paz de mi alianza [14], 13 y que mi sacerdocio le será dado a él y a su descendencia por un pacto eterno [15]; porque celó la gloria de su Dios, y ha expiado el crimen de los hijos de Israel.

14 El nombre del israelita que fue muerto con la madianita, era Zambri, hijo de Salú [16], caudillo de la familia y tribu

de Simeón. 15 Y la mujer madianita que fue muerta en su compañía, se llamaba Cozbi, hija de Sur [17], príncipe nobilísimo de los madianitas.

Contra Madián

16 Habló después el Señor a Moisés, diciendo: 17 Conozcan los madianitas que sois sus enemigos, y pasadlos a cuchillo [18]; 18 ya que también ellos se han portado como enemigos contra vosotros, y os embaucaron con ardides por medio del ídolo Fogor y de Cozbi, hija del príncipe de Madián, su hermana o paisana [19], la cual perdió la vida en el día de la mortandad, por el sacrilegio de adorar a Fogor.

> **¿Sabías que?**
>
> En los rollos de la Torá que se leen en la sinagoga, la palabra shalom de 25,12 («la paz de mi alianza») se escribe con la letra vav partida por la mitad. El Talmud ya conoce esta costumbre (Kidushín 66b). Se han dado muchas explicaciones; una de las más repetidas por los comentaristas modernos es que la paz alcanzada con un acto de violencia, aunque sea aprobado, queda siempre incompleta.

PARA PROFUNDIZAR

Finees: el celo y la violencia

El capítulo 25 cuenta uno de los episodios más incómodos de la Biblia. En Setim, al borde de la tierra prometida, Israel se une a

las mujeres de Moab y de Madián y adora al Baal de Peor, y una plaga se extiende por el campamento. Mientras el pueblo llora a la puerta del santuario, un jefe simeonita entra con una princesa madianita en una tienda, y Finees, nieto de Aarón, los atraviesa a los dos con su lanza. La plaga se detiene, y Dios premia a Finees con «la paz de mi alianza» y un sacerdocio eterno (25,12-13). No hay que suavizar el texto: un sacerdote mata a dos personas sin juicio y el relato lo alaba.

La Biblia vuelve muchas veces sobre este episodio. El pecado de Baal-Fegor quedó como emblema de la infidelidad (Os 9,10; Dt 4,3), y Pablo lo recuerda a los corintios (1 Cor 10,8). El gesto de Finees, en cambio, recibe grandes elogios. El Salmo 106 dice que «se levantó Finees e hizo justicia, y cesó la plaga», y que «le fue reputado por justicia» (Sal 106,30-31), con la misma fórmula que el Génesis aplica a la fe de Abrahán (Gn 15,6). El Eclesiástico lo llama «el tercero en gloria» (Sir 45,23-24), y Matatías inicia la revuelta de los Macabeos con un gesto de celo «como Finees» (1 Mac 2,24-26). En el siglo I, los grupos judíos que lucharon contra Roma se llamaron «celotes», y muchos historiadores piensan que veían en Finees su modelo.

Para el autor no estaba en juego un pecado privado, sino la supervivencia de la alianza: la generación que iba a entrar en la tierra se entregaba a otro dios en ritos que mezclaban culto y sexualidad, y la plaga era la imagen de una muerte que se extendía. Finees comparte el «celo» de Dios (qin'á), el amor exclusivo que no tolera rivales (Éx 20,5). Aun así, la tradición judía sintió pronto la necesidad de poner límites. La Misná admite que los «celosos» podían herir al que se unía a una pagana (Sanedrín 9,6), pero el

Talmud añade que, si alguien viene a preguntar si puede hacerlo, no se le dice que sí (Sanedrín 82a), y el Talmud de Jerusalén cuenta que los sabios quisieron excomulgar a Finees y no lo hicieron solo porque el Espíritu Santo declaró la alianza de los vv. 12-13 (*Sanedrín* 9,7). El mismo Finees, en otro relato, evita una guerra entre hermanos a fuerza de diálogo (Jos 22,13-34).

El Nuevo Testamento conserva la palabra «celo», pero le cambia el rumbo. Cuando Jesús expulsa a los vendedores del templo, los discípulos recuerdan el salmo: «el celo de tu casa me devorará» (Jn 2,17; Sal 69,10). Su celo es por la casa de su Padre, y lo devora a él: lo lleva a la cruz, no a matar a otros. Cuando Santiago y Juan quieren hacer bajar fuego del cielo sobre una aldea samaritana, Jesús los reprende (Lc 9,54-55). Pablo confiesa que su celo lo convirtió en perseguidor de la Iglesia (Gál 1,13-14; Flp 3,6), y dice de sus hermanos que tienen celo de Dios, «pero no según el conocimiento» (Rom 10,2). En la cruz, la muerte no se detiene con la muerte del pecador, sino con la del justo que se entrega por él.

La Iglesia lee a Finees desde ahí. El Concilio Vaticano II enseña que en materia religiosa no se puede obligar a nadie a actuar contra su conciencia (*Dignitatis humanae*, n. 2; Catecismo, n. 2106). El papa Francisco, con el gran imán de Al-Azhar, declaró que las religiones nunca incitan a la violencia ni al derramamiento de sangre, y que Dios no necesita ser defendido por nadie ni quiere que su nombre se use para aterrorizar a la gente (*Fratelli tutti*, n. 285). Benedicto XVI recordó que la revelación avanza por etapas, que la Biblia narra a veces actos de violencia sin denunciarlos, y que estas páginas se leen en su contexto histórico y literario y a

la luz de Cristo (*Verbum Domini*, n. 42). El elogio de Finees pertenece a una etapa de esa pedagogía; no es un modelo para imitar.

Queda, sin embargo, una enseñanza permanente. Finees no fue indiferente ante lo que destruía la alianza, y la indiferencia ante el mal también puede matar. El cristiano está llamado a tener celo por Dios, pero un celo purificado, que se parezca al de Cristo: ardiente contra el pecado y lleno de misericordia hacia el pecador.

PAUSA

1. El pecado de Baal-Fegor empezó con una invitación a comer. ¿Qué invitaciones pequeñas te alejan poco a poco de Dios?
2. Finees no fue indiferente ante el mal. ¿Cómo distingues en ti el celo por Dios del deseo de imponerte o de juzgar a otros?
3. El celo de Jesús lo llevó a dar la vida, no a quitarla. ¿Qué cambiaría en tu manera de defender la fe si la defendieras como él?

Para orar. *Señor, enciende en mí el celo por tu gloria, pero purifícalo en el fuego de tu caridad.*

26

El segundo censo

Cuarenta años después del primer censo, en las llanuras de Moab, Dios manda contar de nuevo al pueblo. La lista sigue el orden de las tribus y nombra los clanes de cada una (vv. 1-51); luego vienen las reglas para repartir la tierra (vv. 52-56) y el censo de los levitas (vv. 57-62). El total es casi el mismo que en el capítulo 1, pero los hombres son otros: de los contados en el Sinaí solo quedan Caleb y Josué (vv. 63-65). Es el acta de nacimiento de la generación que entrará en la tierra. Ver el cuadro y el ensayo del capítulo 1.

El censo de las doce tribus

1 Derramada ya la sangre de los culpados [1], dijo el Señor a
Moisés y a Eleazar, hijo de Aarón, sumo sacerdote: 2 Sacad
toda la suma de los hijos de Israel [2] de veinte años arriba,
por sus casas y familias, contando todos los que pueden ir
a la guerra. 3 Según esto, Moisés y el sumo sacerdote Elea-
zar recontaron en las campiñas de Moab, a las riberas del
Jordán, enfrente de Jericó, 4 los de veinte años arriba,
como el Señor lo había mandado, cuyo número es el si-
guiente:

5 Rubén, primogénito de Israel: de él fue hijo Henoc, de
quien viene la familia de los henoquitas [3]; y Fallú, de
quien la familia de los falluitas; 6 y Hesrón, de quien la fa-
milia de los hesronitas; y Carmi, de quien la familia de los
carmitas. 7 Estas son las familias de la estirpe de Rubén,
cuyo número se halló ser cuarenta y tres mil setecientos
treinta hombres.

8 Hijos de Fallú, Eliab. 9 Hijos de éste, Namuel, Datán y
Abirón. Estos Datán y Abirón son los caudillos del pueblo
que se levantaron contra Moisés y Aarón en la rebelión de
Coré, cuando se rebelaron contra el Señor, 10 y abriendo la
tierra su boca los tragó con Coré [4], muriendo muchísi-
mos, al tiempo mismo que abrasó el fuego a los doscientos
cincuenta hombres. Y sucedió entonces el gran prodigio,
11 que pereciendo Coré, no perecieron sus hijos [5].

12 Hijos de Simeón por sus parentelas: Namuel, del cual
viene la familia de los namuelitas, Jamín, de éste la fami-
lia de los jaminitas; Jaquín, de éste la familia de los jaqui-
nitas; 13 Zaré, de éste la familia de los zareítas. Saúl, de éste
la familia de los saulitas. 14 Estas son las familias de la es-
tirpe de Simeón, que al todo componían veintidós mil dos-
cientos hombres [6].

15 Hijos de Gad por sus parentelas: Sefón, del cual la fami-
lia de los sefonitas: Aggi, de éste la familia de los aggitas;
Suni, de éste la familia de los sunitas; 16 Ozni, de éste la fa-

milia de los oznitas; Her, de éste la familia de los heritas;
17 Arod, de éste la familia de los aroditas; Ariel, de éste la
familia de los arielitas. 18 Estas son las familias de Gad,
cuya suma total fue cuarenta mil quinientos.

19 Hijos de Judá, Her y Onán, que murieron ambos en tierra de Canaán. 20 Y así los hijos de Judá por sus parentelas
fueron: Sela, del cual viene la familia de los selaítas; Farés,
del cual la familia de los faresitas; Zaré, del cual la familia
de los zareítas. 21 Hijos de Farés fueron Hesrón, del cual la
familia de los hesronitas; y Hamul, del cual la familia de
los hamulitas. 22 Estas son las familias de Judá, que componían en todo setenta y seis mil quinientos hombres.

23 Hijos de Isacar por sus parentelas: Tola, del cual la familia de los tolaítas; Fuá, de quien la familia de los fuaítas;
24 Jasub, de quien la familia de los jasubitas; Semrán, de
quien la familia de los semranitas. 25 Estas son las familias
de Isacar, cuyo número total fueron sesenta y cuatro mil
trescientos hombres.

26 Hijos de Zabulón por sus parentelas: Sared, del cual la familia de los sareditas; Elón, del cual la familia de los elonitas; Jalel, del cual la familia de los jalelitas. 27 Estas son
las familias de Zabulón, de que se hallaron sesenta mil
quinientos hombres.

28 Hijos de José por sus parentelas: Manasés y Efraín. 29 De
Manasés nació Maquir, de quien es la familia de los ma-
quiritas. Maquir engendró a Galaad, del cual la familia de
los galaaditas. 30 Los hijos de Galaad fueron Jecer, de quien
es la familia de los jeceritas; y Helec, del cual la familia de
los helecitas; 31 y Asriel, del cual la familia de los asrielitas;
y Sequem, del cual la familia de los sequemitas; 32 y Semi-
da, de quien la familia de los semidaítas; y Hefer, de quien
la familia de los heferitas. 33 Hefer fue padre de Salfaad, el
cual no tuvo hijos, sino solamente hijas, cuyos nombres
son estos: Maala, y Noa, y Hegla, y Melca, y Tersa [7].
34 Estas son las familias de Manasés, que dieron el número
de cincuenta y dos mil setecientos hombres.

35 Los hijos de Efraín por sus parentelas fueron los siguien-
tes: Sutala, del cual la familia de los sutalaítas; Bequer, del
cual la familia de los bequeritas; Teen, del cual la familia
de los teenitas. 36 Hijo de Sutala fue Herán, del cual la fa-
milia de los heranitas. 37 Estas son las familias de los hijos
de Efraín; cuyo número subía a treinta y dos mil quinien-
tos hombres.

38 Y estos son los hijos de José por sus familias. Hijos de
Benjamín por sus parentelas: Bela, del cual la familia de
los belaítas; Asbel, del cual la familia de los asbelitas; Ai-
ram, del cual la familia de los airamitas; 39 Sufam, del cual
la familia de los sufamitas; Hufam, del cual la familia de

los hufamitas. 40 Hijos de Bela: Hered y Noeman. De Hered, la familia de los hereditas; de Noeman, la familia de los noemanitas. 41 Estos son los hijos de Benjamín por sus familias cuyo número fue cuarenta y cinco mil seiscientos hombres.

42 Hijos de Dan por sus parentelas: Suham, de quien es la familia de los suhamitas. Esta es la descendencia de Dan por sus familias. 43 Todos fueron suhamitas, cuyo número resultó ser sesenta y cuatro mil cuatrocientos hombres.

44 Hijos de Aser por sus parentelas: Jemna, del cual es la familia de los jemnaítas; Jesuí, de quien la familia de los jesuitas [8]; Brié, de quien la familia de los brieítas. 45 Hijos de Brié: Heber, de quien la familia de los heberitas; y Melquiel, de quien la familia de los melquielitas. 46 El nombre de la hija de Aser fue Sara [9]. 47 Estas son las familias de los hijos de Aser, y su número cincuenta y tres mil cuatrocientos hombres.

48 Hijos de Neftalí por sus parentelas: Jesiel, del cual la familia de los jesielitas; Guni, del cual la familia de los gunitas; 49 Jeser, del cual la familia de los jeseritas; Sellem, de quien la familia de los sellemitas. 50 Estas son las parentelas de los hijos de Neftalí, por sus familias, cuyo número subía a cuarenta y cinco mil cuatrocientos hombres.

51 Y esta es la suma de los hijos de Israel que fueron contados, seiscientos un mil setecientos treinta [10].

El reparto de la tierra

52 Habló después el Señor a Moisés, diciendo: 53 Entre éstos se repartirá la tierra para que la posean, a proporción de su número, y la distinción de sus nombres y familias. 54 A los que son el mayor número darás mayor porción, y menor a los de menor número; a cada cual se le dará posesión según acaban ahora de ser contados. 55 Pero de manera que la tierra se reparta por suerte [11] entre las tribus y familias; 56 y todo lo que tocare por suerte, será lo que pertenezca al mayor o menor número de hombres.

Los levitas

57 He aquí también el número de los hijos de Leví por sus familias: Gersón, del cual la familia de los gersonitas; Caat, del cual la familia de los caatitas; Merari, del cual la familia de los meraritas. 58 Las familias de Leví son las siguientes: La familia de Lobni, la familia de Hebroni o Hebrón [12], la familia de Moholi, la familia de Musi, la familia de Coré. Mas Caat engendró a Amram, 59 el cual tuvo por mujer a Jocabed, hija o nieta de Leví [13], que le nació en Egipto. Jocabed tuvo de su marido Amram los dos hijos Aarón y Moisés, y María hermana de éstos. 60 De Aarón nacieron Nadab y Abiú, y Eleazar e Itamar; 61 de los cuales

Nadab y Abiú fueron muertos por haber ofrecido incienso
ante el Señor, con fuego extraño. 62 Todos los que fueron
contados de la familia de Leví se halló que eran veintitrés
mil varones de un mes arriba [14]; porque no fueron pues-
tos en el censo de los hijos de Israel, ni se les dio posesión
alguna como a los demás.

Una generación nueva

63 Este es el número de los hijos de Israel que fueron alista-
dos por Moisés y Eleazar, sumo sacerdote, en las llanuras
de Moab a la orilla del Jordán, enfrente de Jericó; 64 entre
los cuales no se halló ninguno de los que antes fueron
contados [15] por Moisés y Aarón en el desierto de Sinaí.
65 Por cuanto el Señor tenía predicho que todos habrían de
morir en el desierto. Y así es que ninguno de ellos quedó
sino Caleb, hijo de Jefone, y Josué, hijo de Nun.

¿Sabías que?

En 1910, la expedición de la Universidad de Harvard dirigida por George A. Reisner encontró en Samaria, la capital del reino del norte, un centenar de fragmentos de cerámica escritos con tinta en el siglo VIII a. C. Son recibos de entregas de vino y de aceite, e indican de qué distrito venía cada una. Varios distritos llevan nombres de este capítulo: Abiezer (el Jecer del v. 30), Helec, Asriel, Semida y, junto a ellos, Noa y Hegla, dos de las hijas de Salfaad (v. 33). Los nombres de los clanes de Manasés eran también nombres de lugares.

PAUSA

1. Dios contó a su pueblo por nombres y familias. ¿Vives con la certeza de que para él no eres un número, sino alguien conocido por su nombre?
2. De los hijos de un rebelde, Coré, nacieron cantores de salmos. ¿Qué historia familiar difícil puede Dios transformar en tu vida?
3. La nueva generación heredó la promesa que la anterior había despreciado. ¿Qué fe quieres dejar tú a los que vienen detrás?

Para orar. *Señor, que me conoces por mi nombre, haz de mí un eslabón fiel entre la fe de mis padres y la de mis hijos.*

27

Las hijas de Salfaad y el sucesor de Moisés

Cinco hermanas se presentan ante Moisés y toda la asamblea para pedir una herencia que la costumbre no les daba, y Dios les da la razón (vv. 1-11): su caso se convierte en ley para todo Israel. Luego Dios anuncia a Moisés su muerte: verá la tierra desde el monte, pero no entrará en ella (vv. 12-14). Moisés no pide nada para sí; pide un pastor para el pueblo, y Dios designa a Josué, a quien Moisés impone las manos ante el sacerdote y la comunidad (vv. 15-23). El capítulo une dos preocupaciones: que nadie pierda su parte en la promesa, y que el pueblo no quede sin guía.

Las hijas de Salfaad

1 En este tiempo acudieron las hijas de Salfaad [1], hijo de
Hefer, hijo de Galaad, hijo de Maquir, hijo de Manasés,
que fue hijo de José; cuyos nombres son Maala, y Noa, y
Hegla, y Melca, y Tersa; 2 las cuales presentándose a Moi-
sés, y al sumo sacerdote Eleazar, y a todos los caudillos del
pueblo en la puerta del Tabernáculo de la alianza [2] dije-
ron: 3 Nuestro padre murió en el desierto; no tuvo parte en
la rebelión suscitada contra el Señor por Coré [3], sino que
vino a morir, como todos, por su pecado [4]: mas no dejó
hijos varones. ¿Por qué razón se ha de borrar de su familia
el nombre suyo [5] por no haber tenido un hijo? Dadnos a

nosotros la herencia entre los parientes de nuestro padre.
4 Y acudió Moisés a consultar sobre esto al Señor [6]. 5 El
cual les respondió:

6 La demanda de las hijas de Salfaad es justa [7]: dales pose-
sión entre los parientes de su padre, y sucédanle en la he-
rencia. 7 Y dirás a los hijos de Israel lo siguiente:

8 Cuando un hombre muriere sin hijo, pasará la herencia a
su hija [8]. 9 Si no tuviese hija, tendrá por herederos a sus
hermanos. 10 Que si tampoco tuviere hermanos, daréis la
herencia a los hermanos de su padre. 11 Mas si ni aun tíos
paternos tuviere, heredarán los deudos más cercanos; y
quedará esto establecido por ley perpetua [9] para los hijos
de Israel, como el Señor lo tiene mandado a Moisés.

Moisés verá la tierra

12 Dijo también el Señor a Moisés: Sube a ese monte
Abarim [10], y contempla desde allí la tierra que yo he de
dar a los hijos de Israel, 13 y después de haberla visto pasa-
rás tú a reunirte con tu pueblo [11], del mismo modo que
pasó tu hermano Aarón. 14 Porque me ofendisteis ambos
en el desierto de Tsin al tiempo de la contradicción del
pueblo, y no quisisteis glorificarme delante de Israel [12],
con motivo de las aguas: éstas son las aguas de la contra-
dicción ocurrida en Cades del desierto de Tsin.

Josué, sucesor de Moisés

15 Le respondió Moisés: 16 Destine el Señor, Dios de los espíritus de todos los mortales [13], un varón que gobierne esta
multitud; 17 que pueda ir delante de ellos y guiarlos, y que
los saque e introduzca [14]: a fin de que el pueblo del Señor
no quede como ovejas sin pastor [15].

18 A esto le dijo el Señor: Toma a Josué, hijo de Nun, varón de espíritu [16], y pon tu mano sobre él, o imponle las manos [17]. 19 Y se presentará delante del sumo sacerdote
Eleazar y de todo el pueblo, 20 y le darás tus órdenes públicamente y una parte de tu autoridad [18], a fin de que le obedezca toda la congregación de los hijos de Israel. 21 A petición suya consultará el sumo sacerdote Eleazar al Señor [19]
sobre los negocios que ocurrieren. Según lo que dijere
Eleazar, así obrará Josué, como igualmente todos los hijos
de Israel y la demás gente.

22 Lo hizo Moisés como el Señor lo había mandado. Y tomando a Josué, le presentó al sumo sacerdote Eleazar y a
todo el concurso del pueblo. 23 Y puestas las manos sobre
su cabeza [20], repitió todas las cosas que había mandado el
Señor.

¿Sabías que?

En lo alto del monte Nebo, una de las cumbres de los Abarim, los franciscanos del Studium Biblicum de Jerusalén excavaron desde 1933 una iglesia bizantina, construida en el siglo IV para recordar la muerte de Moisés, y custodian allí su memorial. San Juan Pablo II subió al Nebo el 20 de marzo de 2000, al comenzar su peregrinación jubilar a Tierra Santa, y plantó un olivo junto a la capilla; Benedicto XVI lo visitó en 2009. Junto al mirador se alza una cruz de bronce en forma de serpiente, del escultor Gian Paolo Fantoni, que une la serpiente del desierto con la cruz de Cristo (21,9; Jn 3,14).

PARA PROFUNDIZAR

Las hijas de Salfaad

Cinco mujeres se adelantan ante Moisés, el sumo sacerdote Eleazar, los jefes y toda la asamblea, a la entrada de la tienda del encuentro. Se llaman Maala, Noa, Hegla, Melca y Tersa, y la Biblia repite sus nombres cuatro veces (26,33; 27,1; 36,11; Jos 17,3), algo poco frecuente con las mujeres. Su padre, Salfaad, de la tribu de Manasés, había muerto en el desierto sin hijos varones. La tierra se iba a repartir por clanes y se heredaba por línea masculina, y una hija, al casarse, pasaba a la familia del marido: el nombre de Salfaad iba a desaparecer de Israel. Ellas presentan su caso con precisión de juristas: su padre no participó en la rebelión de Coré; murió por su propio pecado, como toda su generación;

«¿por qué razón se ha de borrar de su familia el nombre suyo por no haber tenido un hijo?» (27,3).

Moisés no responde por su cuenta. Lleva la causa ante el Señor, como lo hizo con los impuros que no podían celebrar la Pascua (9,8), con el blasfemo (Lv 24,12) y con el que violó el sábado (15,34). La respuesta de Dios es clara: «la demanda de las hijas de Salfaad es justa» (27,6). Y no se limita al caso: lo convierte en ley para todo Israel, con un orden de sucesión que incluye a las hijas (27,8-11). Así crece la Ley en la Biblia: no solo por grandes proclamaciones, sino también por casos concretos que obligan a pensar de nuevo. La tradición judía admiró a estas mujeres. El Talmud dice que eran «sabias, intérpretes de la Escritura y justas», y explica, por ejemplo, que fueron sabias porque hablaron en el momento oportuno (Babá Batrá 119b).

La historia tiene continuación. En el capítulo 36, los jefes de Manasés advierten un problema: si las herederas se casan fuera de su tribu, la tierra pasará a otra tribu. Moisés, de nuevo por orden del Señor, establece que se casen con quien quieran, pero dentro de la tribu de su padre (36,6), y ellas se casan con sus primos. En el libro de Josué, las cinco se presentan ante el sacerdote Eleazar y ante Josué, recuerdan el mandato de Moisés y reciben su parte en Canaán (Jos 17,3-6). Unos recibos del siglo VIII a. C. hallados en Samaria nombran todavía los distritos de Noa y Hegla en el territorio de Manasés (ver el recuadro del capítulo 26). Otros libros bíblicos van más lejos: Job, restaurado, da a sus hijas herencia junto con sus hermanos (Job 42,15), y en el libro de Tobías, Sara, hija única, es la heredera de su padre (Tob 6,12-13; 7,10-13). Tam-

bién en otros pueblos del antiguo Oriente se conocen casos de hijas que heredaban a falta de varones.

Hay en su petición un acto de fe. Piden una tierra que todavía no tienen, al otro lado de un río que aún no han cruzado. Sus padres habían despreciado esa tierra; ellas reclaman su parte en ella. Un antiguo comentario judío, recogido por Rashi, subraya el contraste: los hombres de la generación del desierto dijeron «nombremos un jefe y volvamos a Egipto» (14,4), y estas mujeres dijeron «dadnos la herencia» (ver nota a 26,64). La nueva generación empieza su historia con la fe de cinco hermanas.

No hay que hacer decir al texto más de lo que dice. La ley sigue prefiriendo a los hijos varones y pone condiciones al matrimonio de las herederas; no es la igualdad tal como la entendemos hoy. Pero muestra a un Dios que escucha a quienes no tenían voz en el sistema, y una Ley que puede corregirse para hacer justicia. La Iglesia enseña que Dios creó al hombre y a la mujer con igual dignidad (Gn 1,27): «creando al hombre "varón y mujer", Dios da la dignidad personal de igual modo al hombre y a la mujer» (Catecismo, n. 2334). San Pablo afirma que en Cristo «ya no hay varón ni mujer» (Gál 3,28), y san Juan Pablo II, en la carta *Mulieris dignitatem* (1988), meditó sobre la dignidad y la vocación de la mujer a la luz de la Biblia y presentó a Cristo como promotor de esa dignidad.

Las hijas de Salfaad siguen siendo un ejemplo de cómo pedir justicia: con valentía y con respeto, dentro de la comunidad, con razones y con fe, dejando la última palabra a Dios. Su caso recuer-

da que nadie debe quedar fuera de la herencia que Dios ha prometido a su pueblo.

PAUSA

1. Las hijas de Salfaad pidieron con respeto y con valentía lo que era justo. ¿Qué injusticia cercana te pide hablar, aunque te cueste?
2. Moisés, al saber que no entraría en la tierra, pensó en el pueblo y no en sí mismo. ¿Cómo vives las metas que no vas a alcanzar?
3. Josué recibió el espíritu por la imposición de las manos. ¿Rezas por tu obispo y por los sacerdotes que te sirven?

Para orar. *Señor, buen pastor, no dejes a tu pueblo sin guías, y da a cada uno su parte en tu herencia.*

28

Las ofrendas de cada día y de las fiestas

Antes de entrar en la tierra, Dios fija el ritmo del culto público de Israel. Los capítulos 28 y 29 forman un solo calendario: lo que se ofrece en nombre de todo el pueblo cada día, cada sábado, cada mes y en cada fiesta del año. Este capítulo recorre el holocausto perpetuo de la mañana y de la tarde (vv. 1-8), el sábado y las calendas (vv. 9-15), y las dos fiestas de primavera: la Pascua con los Ázimos y la fiesta de las Semanas (vv. 16-31). Las listas parecen áridas, pero dicen algo hermoso: todo el tiempo de Israel pertenece a Dios.

El holocausto de cada día

1 Dijo también el Señor a Moisés: 2 Da estos preceptos a los
hijos de Israel, y les dirás: Cuidad de presentarme a sus
tiempos [1] mis oblaciones, y los panes [2], y todo lo que se
quema delante de mí, cuyo olor me es muy agradable.

3 Estos son los sacrificios que debéis ofrecer: Dos corderos
primales sin mancilla todos los días en holocausto
perpetuo [3]; 4 el uno le ofreceréis por la mañana y el otro
por la tarde [4], 5 con la décima parte de un efi de flor de
harina [5] amasada con la cuarta parte de un hin de aceite
purísimo. 6 Este es el holocausto perpetuo que ofrecisteis

en el monte Sinaí [6] de la víctima abrasada en olor suavísimo al Señor. [7] Y por cada cordero ofreceréis la cuarta parte de un hin de vino [7], derramándolo en el santuario del Señor. [8] De la misma manera ofreceréis a la tarde otro cordero con todas las ceremonias del sacrificio de la mañana y sus libaciones, en oblación de olor suavísimo al Señor.

El sábado y las calendas

[9] Mas el día de sábado ofreceréis otros dos corderos [8] primales, sin mácula, y dos décimas de un efi de flor de harina amasada con aceite para el sacrificio, y también las libaciones, [10] que según el rito se derraman cada sábado en holocausto perpetuo.

[11] Además de esto, en las calendas [9] ofreceréis en holocausto al Señor dos becerros de la vacada, un carnero, siete corderos primales sin mácula, [12] y tres décimas de flor de harina amasada con aceite en el sacrificio de cada becerro, y dos décimas de flor de harina amasada con aceite por cada carnero, [13] y la décima parte de una décima [10] de flor de harina amasada con aceite, en el sacrificio por cada cordero. Es éste un holocausto de suavísima fragancia y de ofrenda quemada en honor del Señor. [14] Las libaciones u ofrendas de vino que se han de derramar por cada víctima, serán estas: la mitad de un hin por cada becerro [11], la tercera parte por cada carnero, la cuarta por cada cordero.

Tal será el holocausto de todos los meses que se suceden en el curso del año.

15 Asimismo se ofrecerá al Señor por los pecados un macho cabrío [12] con sus libaciones, además del holocausto.

La Pascua y la fiesta de las Semanas

16 El día catorce del primer mes será la Pascua del Señor,
17 y el quince fiesta solemne; por siete días comerán panes sin levadura. 18 El primero de dichos días será particularmente venerable y santo; ninguna obra servil haréis en él [13].

19 Y ofreceréis al Señor en sacrificio de holocausto dos becerros de la vacada, un carnero, siete corderos primales sin mácula; 20 y en cada sacrificio la ofrenda de flor de harina amasada con aceite será de tres décimas por cada becerro, dos décimas por el carnero, 21 y la décima de una décima por cada cordero, esto es, por cada uno de los siete.
22 Además un macho cabrío por el pecado, para que os sirva de expiación por los pecados; 23 sin contar el holocausto de la mañana, que siempre debéis ofrecer. 24 Así lo haréis en cada uno de los siete días para mantener el fuego del altar, y en olor suavísimo al Señor, que se elevará del holocausto y de las libaciones que acompañarán a cada víctima. 25 El día séptimo será también para vosotros solemnísimo y santo; ninguna obra servil haréis en él.

[26] Igualmente el día de los primeros frutos [14], cuando
cumplidas siete semanas ofreceréis al Señor los nuevos
frutos de la tierra, será venerable y santo; ninguna obra
servil haréis en él. [27] Y ofreceréis por holocausto en olor
suavísimo al Señor dos becerros de la vacada, un carnero y
siete corderos primales sin mácula; [28] y en sus sacrificios
tres décimas de flor de harina amasada con aceite por cada
ternero, dos por los carneros, [29] y la décima parte de una
décima por cada uno de los siete corderos. Asimismo el
macho cabrío, [30] que se degüella o inmola por la expiación
del pecado, además del holocausto perpetuo y sus libacio-
nes. [31] Todas las víctimas que ofreceréis con sus libaciones
serán sin defecto alguno.

¿Sabías que?

Durante el asedio de Jerusalén, en el año 70, Flavio Josefo cuenta que el día 17 del mes de Panemos (Tamuz) dejó de ofrecerse «el sacrificio llamado perpetuo», por falta de hombres que lo ofrecieran, y que el pueblo quedó profundamente afligido (*Guerra de los judíos* VI,2,1). La Misná cuenta entre las desgracias del 17 de Tamuz que «cesó el sacrificio perpetuo» (Taanit 4,6), y los judíos ayunan todavía ese día. Según una opinión del Talmud, las oraciones de la mañana y de la tarde se instituyeron en lugar de aquellos dos corderos diarios (Berajot 26b).

PAUSA

1. El holocausto perpetuo marcaba la mañana y la tarde de Israel. ¿Qué gesto de oración marca el comienzo y el final de tu día?
2. En sábado, la ofrenda se duplicaba. ¿En qué se nota en tu vida que el domingo es distinto de los demás días?

Para orar. *Señor, que mi oración suba a ti como incienso, por la mañana y por la tarde.*

29

Las fiestas del mes séptimo

El séptimo mes, el del otoño y la vendimia, es el mes santo por excelencia. Concentra tres celebraciones: el Día de las trompetas, el primero del mes (vv. 1-6); el Día de la Expiación, el diez, con ayuno y descanso (vv. 7-11), y la gran fiesta de los Tabernáculos, del quince al veintiuno, con un octavo día de clausura (vv. 12-38). La lista de los Tabernáculos repite cada día la misma fórmula con un becerro menos, como una cuenta atrás solemne. El capítulo termina recordando que, además, cada uno puede ofrecer sus votos y sus ofrendas voluntarias (v. 39).

El Día de las trompetas

1 Asimismo el día primero del séptimo mes será para vosotros venerable y santo [1]; ninguna obra servil haréis en él,
porque es el día del retumbante sonido de las trompetas [2].
2 Y ofreceréis en holocausto de olor suavísimo al Señor un
becerro de la vacada, un carnero y siete corderos primales
sin tacha. 3 Y para oblación de estos sacrificios tres déci-
mas de flor de harina amasada con aceite por cada bece-
rro, dos décimas por el carnero, 4 una décima por cada uno
de los siete corderos [3], 5 y el macho cabrío por el pecado
que se ofrece por la expiación de los pecados del pueblo;
6 además del holocausto del mes [4] con sus oblaciones, y el

holocausto perpetuo con las libaciones acostumbradas; lo que ofreceréis siempre con las mismas ceremonias, como un olor suavísimo quemado delante del Señor.

El Día de la Expiación

7 El día décimo de este mes séptimo será también para vosotros santo y venerable, y mortificaréis vuestras almas con el ayuno [5] y no haréis en él ninguna obra servil. 8 Y ofreceréis al Señor en holocausto de olor suavísimo un becerro de la vacada, un carnero, siete corderos primales sin tacha; 9 y al sacrificarlos, la oblación de tres décimas de flor de harina amasada con aceite por cada becerro, dos décimas por el carnero; 10 una décima parte de décima por cada uno de los siete corderos, 11 y un macho cabrío por el pecado, sin contar lo demás que suele ofrecerse por la expiación del delito [6], ni el holocausto perpetuo con sus ofrendas y libaciones.

La fiesta de los Tabernáculos

12 Asimismo el día quince del mes séptimo, que será para vosotros santo y venerable, no haréis en él ninguna obra servil, sino que celebraréis fiesta solemne al Señor continuada por siete días [7]; 13 y ofreceréis al Señor en holocausto de olor suavísimo trece becerros [8] de la vacada, dos carneros, catorce corderos primales sin tacha; 14 y en sus sacrificios la oblación acostumbrada de tres décimas de flor

de harina amasada con aceite por cada uno de los trece becerros, dos décimas por cada uno de los dos carneros, 15 y una décima de décima por cada uno de los catorce corderos, 16 y un macho cabrío por el pecado, sin contar el holocausto perpetuo con su ofrenda y libación.

17 El segundo día ofreceréis doce becerros [9] de la vacada, dos carneros y catorce corderos primales sin tacha, 18 y observaréis las mismas ceremonias en orden a las ofrendas y libaciones por cada uno de los becerros, carneros y corderos; 19 ofreciendo también un macho cabrío por el pecado, además del holocausto perpetuo con su ofrenda de harina y libación [10].

20 El día tercero ofreceréis once becerros, dos carneros, catorce corderos primales sin tacha, 21 con las ofrendas de harina y libaciones correspondientes según el rito a cada becerro, carnero y cordero; 22 y un macho cabrío por el pecado, además del holocausto perpetuo con ofrenda de harina y libación.

23 El día cuarto ofreceréis diez becerros, dos carneros, catorce corderos primales sin defecto; 24 haciendo según el rito prescrito las oblaciones de harina y libaciones en cada becerro, carnero y cordero; 25 y ofreciendo un macho cabrío por el pecado, además del holocausto perpetuo diario con su ofrenda de harina y libación.

[26] El quinto día ofreceréis nueve becerros, dos carneros,
catorce corderos primales sin tacha; [27] observando el rito
de las ofrendas de harina y libaciones en cada uno de los
becerros, carneros y corderos; [28] y añadiendo el macho ca-
brío por el pecado, además del holocausto perpetuo con su
ofrenda de harina y libación.

[29] El sexto día ofreceréis ocho becerros, dos carneros y ca-
torce corderos primales sin tacha, [30] ofreciendo según rito
las oblaciones de harina y libaciones respecto a cada uno
de los becerros, carneros y corderos; [31] y un macho cabrío
por el pecado, además del holocausto perpetuo con su
ofrenda de harina y libación.

[32] El día séptimo ofreceréis siete becerros, dos carneros y
catorce corderos primales sin tacha, [33] añadiendo según
rito las oblaciones de harina y las libaciones por cada bece-
rro, carnero y cordero; [34] y un macho cabrío por el pecado,
además del holocausto perpetuo con su ofrenda de harina
y libación.

[35] El día octavo, el cual es solemnísimo [11], no haréis ningu-
na obra servil; [36] y ofreceréis en holocausto de olor suavísi-
mo al Señor un becerro, un carnero y siete corderos pri-
males sin tacha; [37] añadiendo, según está prescrito, las
ofrendas de harina y libaciones por cada becerro, carnero
y cordero; [38] además un macho cabrío por el pecado, fuera
del holocausto perpetuo con su ofrenda y libación.

39 Esto es lo que habéis de ofrecer al Señor en vuestras solemnidades; además de los holocaustos, sacrificios, libaciones y víctimas pacíficas que ofreceréis a Dios para cumplir vuestros votos, o bien espontáneamente [12]. 40 Refirió, pues, Moisés [13] a los hijos de Israel todo lo que el Señor le había mandado;

¿Sabías que?

En tiempos de Jesús, cada mañana de la fiesta de los Tabernáculos un sacerdote bajaba a la piscina de Siloé, llenaba de agua una jarra de oro y la derramaba sobre el altar entre toques de trompeta (Misná, Sucá 4,9). De noche se encendían en el atrio de las mujeres unos candelabros de oro altísimos, y la Misná asegura que no había patio en Jerusalén que no se iluminara con su luz; «quien no ha visto la alegría del lugar donde se saca el agua no ha visto alegría en su vida» (Sucá 5,1-3). En esa fiesta Jesús gritó: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba» (Jn 7,37), y poco después dijo en el templo: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8,12).

El calendario de las ofrendas

Tiempo	Fecha	Holocaustos
Cada día	Mañana y tarde (28,3-8)	2 corderos
Sábado	Cada semana (28,9-10)	2 corderos más
Calendas	Luna nueva (28,11-15)	2 becerros, 1 carnero, 7 corderos
Pascua	Mes 1.º, día 14; ázimos, 15-21 (28,16-25)	Cada día: 2 becerros, 1 carnero, 7 corderos
Semanas	Primicias, 7 semanas después (28,26-31)	2 becerros, 1 carnero, 7 corderos
Trompetas	Mes 7.º, día 1 (29,1-6)	1 becerro, 1 carnero, 7 corderos
Expiación	Mes 7.º, día 10 (29,7-11)	1 becerro, 1 carnero, 7 corderos
Tabernáculos	Mes 7.º, días 15-21 (29,12-34)	De 13 a 7 becerros (70 en total); cada día, 2 carneros y 14 corderos
Octavo día	Mes 7.º, día 22 (29,35-38)	1 becerro, 1 carnero, 7 corderos
Con cada víctima	Harina con aceite, y vino (28,12-14)	Becerro, 3/10 de efí y 1/2 hin; carnero, 2/10 y 1/3; cordero, 1/10 y 1/4

Desde las calendas, cada fiesta añade un macho cabrío por el pecado, y todo se suma al holocausto perpetuo: más de cien becerros y más de mil corderos al año. Los setenta becerros de los Tabernáculos eran, según el Talmud, por las setenta naciones (Sucá 55b). Las Semanas son Pentecostés (Hch 2,1). El v. 29,40 es 30,1 en el hebreo.

PAUSA

1. El Día de la Expiación unía el ayuno y el perdón. ¿Qué lugar tienen el ayuno y la penitencia en tu vida cristiana?
2. La fiesta de los Tabernáculos recordaba que Israel había vivido en tiendas. ¿Qué te ayuda a recordar que tu vida es un camino y no una morada definitiva?
3. Según la tradición judía, los setenta becerros se ofrecían por todas las naciones. ¿Por quién, fuera de tu círculo, rezas habitualmente?

Para orar. *Señor, que mi alegría en ti sea como la de los Tabernáculos: agradecida, abierta a todos y llena de esperanza.*

30

Los votos

Después de las ofrendas públicas, una ley sobre la palabra dada a Dios. El principio es breve y absoluto: quien hace un voto o se obliga con juramento debe cumplirlo (vv. 1-2). Siguen los casos de las mujeres que dependen de otro: la hija soltera en casa de su padre (vv. 3-5), la que se casa con un voto pendiente (vv. 6-8), la viuda y la repudiada, que responden solo ante Dios (v. 9), y la casada (vv. 10-15). El padre o el marido puede anular el voto el mismo día en que se entera; si calla, queda firme. Es una ley pensada para una casa patriarcal.

Cumplir la palabra dada

1 y dijo además a los príncipes de las tribus [1] de los hijos de
Israel: Este es el mandamiento expreso del Señor: 2 Si al-
gún hombre hiciere voto al Señor, o se obligare con
juramento [2], no quebrantará su palabra [3]; sino que cum-
plirá todo lo prometido [4].

Los votos de la hija

3 Si una mujer que todavía está en casa de su padre, siendo
de menor edad [5], hace algún voto y se obliga con jura-
mento, si su padre sabe el voto que hizo y el juramento con
que obligó su conciencia, y calla, queda obligada al voto [6];

4 y cuanto prometió y juró, tanto pondrá por obra. 5 Pero si
el padre luego que le entendió contradijo, serán inválidos
así los votos como los juramentos; y no quedará obligada a
la promesa; porque se opuso su padre.

La desposada, la viuda y la casada

6 Si teniendo ya marido, hace algún voto cuando está aún
en la casa de sus padres [7], y saliendo una vez de su boca la
palabra ligare su conciencia con juramento, 7 en el día en
que lo hubiere oído el marido sin contradecir, quedará
obligada al voto y cumplirá todo lo prometido. 8 Pero si
luego que lo entendió se opuso, e invalidó las promesas y
las palabras con que ligó ella su conciencia, el Señor se lo
perdonará [8].

9 La viuda y la repudiada [9] cumplirán todos cuantos votos
hicieren.

10 La mujer casada que está en casa de su marido [10], y se
obligare con voto y juramento, 11 si el marido lo sabe, y ca-
lla y no se opone a la promesa, cumplirá todo aquello que
ha prometido. 12 Pero si desde luego se opone, no le obliga-
rá la promesa; porque el marido lo contradijo, y el Señor
la dará por absuelta.

13 Si hiciere voto y se obligare con juramento a mortificar
su alma con el ayuno [11] o con la abstinencia de otras cosas,
quedará al arbitrio del marido el que lo haga o no lo haga.

14 Mas si informado de ello el marido, callare y difiriere su
dictamen para otro día [12], cumplirá la mujer todo lo que
votó y prometió, ya que el marido así que lo supo, calló.
15 Pero si se opone después de pasado el día de haberlo sabi-
do, cargará con la culpa de ella [13].

16 Estas son las leyes que dio Dios a Moisés para entre el
marido y la mujer [14], y entre el padre y la hija que todavía
es de menor edad, o que aún permanece en la casa pater-
na.

¿Sabías que?

La víspera del Día de la Expiación (29,7), las sinagogas comienzan la celebración con una antigua fórmula aramea, el Kol Nidre, «Todos los votos», que declara sin efecto los votos hechos a Dios que uno no haya podido cumplir. La tradición rabínica insiste en que se refiere solo a los votos hechos a Dios, no a las promesas hechas a otras personas. Su melodía es tan conocida que el compositor alemán Max Bruch, que no era judío, la convirtió en una obra para violonchelo y orquesta, *Kol Nidrei*, op. 47, que terminó en Liverpool en 1880.

PAUSA

1. «Que vuestro hablar sea sí, sí; no, no». ¿Hay alguna promesa, a Dios o a otros, que tengas pendiente de cumplir?
2. Ana hizo un voto y Elcaná lo hizo suyo. ¿Cómo apoyas tú los compromisos de fe de las personas con quienes vives?

Para orar. *Señor, que mi palabra sea verdadera y que cumpla con alegría lo que te he prometido.*

31

La guerra contra Madián

Es una de las páginas más duras de la Biblia. Antes de morir, Moisés recibe la orden de vengar a Israel de los madianitas, que lo habían arrastrado al culto de Baal-Fegor (cap. 25). Doce mil hombres, mil por tribu, vencen sin una sola baja; Moisés se indigna porque han perdonado a las mujeres, y manda matar a los niños varones y a las mujeres casadas (vv. 1-18). Siguen las leyes de la purificación después de la batalla (vv. 19-24) y el reparto minucioso del botín (vv. 25-54). El relato no debe suavizarse ni tomarse como modelo; el ensayo final ayuda a leerlo.

La campaña contra Madián

1 Habló después el Señor a Moisés, diciendo: 2 Toma primero venganza [1] de lo que han hecho a los hijos de Israel los madianitas, y después de eso irás a juntarte con tu pueblo [2]. 3 Al punto Moisés: Ármese, dijo, alguna gente de entre vosotros para salir a dar batalla, y ejecutar la venganza, que el Señor quiere tomar [3] de los madianitas. 4 Escójanse mil hombres de cada tribu de Israel para salir a campaña. 5 Y fueron elegidos mil de cada tribu, esto es, doce mil prontos para combatir [4]; 6 los que envió Moisés con Finees, hijo del sacerdote Eleazar [5]; entregándole al

mismo tiempo los instrumentos sagrados y las trompetas para dar la señal de combate.

7 Trabada la batalla contra los madianitas, como los hubiesen vencido, mataron a todos los varones, 8 y a sus reyes Evi, y Recem, y Sur [6], y Hur y Rebe, cinco príncipes de la nación; pasando también a cuchillo a Balaam, hijo de Beor [7]. 9 Y se apoderaron de sus mujeres y niños, y de todos los ganados, y de todos los muebles; saquearon cuanto pudieron. 10 Ciudades, aldeas y castillos [8], todo lo devoró el fuego. 11 Y tomando los despojos y todas las cosas que pillaron, tanto de hombres como de bestias, 12 lo condujeron a Moisés y al sumo sacerdote Eleazar y a toda la multitud de los hijos de Israel: llevando los demás utensilios al campamento en las llanuras de Moab, a la orilla del Jordán, enfrente de Jericó.

La ira de Moisés y la purificación

13 A la vuelta, Moisés y Eleazar, sumo sacerdote, y todos los príncipes de la comunidad salieron a recibirlos fuera del campamento. 14 Y enojado Moisés contra los jefes del ejército y los tribunos y centuriones [9] que venían de la guerra, 15 dijo: ¿Cómo es que habéis dejado con vida a las mujeres? 16 ¿No son ésas las mismas que por sugestión de Balaam [10] sedujeron a los hijos de Israel, y os hicieron prevaricar contra el Señor con el pecaminoso culto de Fogor, por cuya causa fue también castigado el pueblo?

17 Matad, pues, a todos cuantos varones hubiere, aun a los
niños [11], y degollad a las mujeres que han conocido varón;
18 reservaos solamente a las niñas [12] y a todas las don-
cellas;

19 y permaneced por siete días fuera del campamento [13].
Quien hubiere muerto a hombre, o tocado cadáver, se pu-
rificará el día tercero y el séptimo. 20 Y así se purificará
todo el botín, ropas, vasos y cualquier utensilio hecho de
pieles, o de pelos de cabra, o de madera.

21 El sumo sacerdote Eleazar habló también así a los gue-
rreros del ejército que habían combatido: Esta es la orden
que ha dado el Señor a Moisés: 22 El oro, y la plata, y el co-
bre, y el hierro, y el plomo, y el estaño, 23 y todo lo que pue-
de pasar por el fuego, con fuego será purificado [14]; mas lo
que no puede aguantar el fuego, se santificará con el agua
de expiación. 24 Lavaréis vuestros vestidos el día séptimo,
y después de purificados entraréis en el campamento.

El reparto del botín

25 Dijo también el Señor a Moisés: 26 Haced el inventario de
lo que se ha apresado, desde el hombre hasta la bestia, tú y
Eleazar, sumo sacerdote, y los príncipes del pueblo; 27 y di-
vidirás por partes iguales el botín [15] entre los que pelea-
ron y fueron a la guerra, y entre toda la otra gente. 28 Y de
la parte de los que combatieron, y se hallaron en la guerra,

separarás para el Señor de cada quinientas cabezas una [16],
tanto de las personas como de bueyes, asnos y ovejas; [29] y
las darás a Eleazar, sumo sacerdote, porque son las primi-
cias del Señor. [30] De la otra mitad perteneciente a los hijos
de Israel, de cada cincuenta personas, o bueyes, o asnos, u
ovejas, o de cualquier especie de animales, tomarás una
cabeza, la cual darás a los levitas que están encargados de
la guardia de servicio del Tabernáculo del Señor. [31] Lo hi-
cieron, pues, Moisés y Eleazar, como el Señor lo había
mandado.

[32] Y se halló que el botín cogido por el ejército era de seis-
cientas setenta y cinco mil ovejas [17]; [33] setenta y dos mil
bueyes; [34] asnos sesenta y un mil [18]; [35] y de treinta y dos
mil personas vírgenes del sexo femenino.

[36] De todo lo cual fue dada la mitad a los que se hallaron en
el combate, es a saber, trescientas treinta y siete mil qui-
nientas ovejas; [37] de las que se sacaron para el Señor seis-
cientas setenta y cinco. [38] De los treinta y seis mil bueyes,
setenta y dos. [39] De los treinta mil quinientos asnos, sesen-
ta y uno. [40] De las dieciséis mil personas, tocaron al Señor
treinta y dos almas. [41] Este número de primicias del Señor
entregó Moisés al sumo sacerdote Eleazar, como se le ha-
bía mandado, [42] sacándole de la mitad separada para los
hijos de Israel que se hallaron en la batalla.

43 Y de la otra mitad que había tocado a los restantes del
pueblo, es decir, de las trescientas treinta y siete mil qui-
nientas ovejas, 44 y de los treinta y seis mil bueyes, 45 y de
los treinta mil quinientos asnos, 46 y de las dieciséis mil
personas, 47 tomó Moisés una cabeza por cada cincuenta, y
se las dio por orden del Señor a los levitas que hacían la
guardia en el Tabernáculo.

48 Entonces llegándose a Moisés los jefes del ejército y los
tribunos y centuriones, dijeron: 49 Nosotros tus servidores
hemos revistado el número de combatientes que hemos te-
nido bajo nuestro mando, y no ha faltado ni siquiera
uno [19]. 50 Por esta causa ofrecemos cada cual en donativo
al Señor todo el oro que hemos podido encontrar en el bo-
tín, cadenas y manillas, anillos y brazaletes, y collares,
para que ruegues por nosotros al Señor [20]. 51 Recibieron,
pues, Moisés y Eleazar, sumo sacerdote, todo el oro en di-
versas joyas, 52 que ofrecieron los tribunos y centuriones,
el cual pesó dieciséis mil setecientos cincuenta siclos [21].
53 (Porque aquello que cada cual había cogido en el botín,
era suyo propio). 54 Recibido el donativo, lo metieron den-
tro del Tabernáculo del Testimonio, para monumento de
los hijos de Israel [22] en la presencia del Señor.

¿Sabías que?

En la misa de medianoche de Navidad se lee la profecía de Isaías sobre el Niño que nos ha nacido, y en ella aparece Madián: «el yugo de su carga, el bastón de su hombro, la vara del opresor, los quebrantaste como el día de Madián» (Is 9,3). El profeta recuerda la victoria de Gedeón sobre los madianitas (Jue 7), cuando Dios salvó a Israel con un puñado de hombres, y la convierte en anuncio del Príncipe de la paz, cuya paz «no tendrá fin» (Is 9,6). La memoria de las guerras con Madián termina, en la Biblia, en una promesa de paz.

PARA PROFUNDIZAR

La guerra contra Madián

Pocas páginas de la Biblia resultan tan difíciles como esta. Dios manda a Moisés vengar a Israel de los madianitas; doce mil hombres matan a todos los varones adultos, a los cinco reyes de Madián y a Balaam, queman sus campamentos y vuelven con las mujeres, los niños y el ganado. Moisés se indigna: esas mujeres son las que, por consejo de Balaam, arrastraron a Israel al culto de Fegor (31,16). Y manda matar a los niños varones y a toda mujer que haya conocido varón; las muchachas vírgenes quedan para los vencedores (31,17-18). No muere ni un solo israelita (31,49). En todo el relato no hay una palabra de duda ni de compasión.

¿Qué clase de texto es? Los estudiosos coinciden en que no tiene la forma de una crónica de guerra. El ejército es simbólico, mil

hombres por tribu; la victoria es total y sin bajas; las cifras del botín son enormes y se dividen sin restos, y casi la mitad del capítulo trata de ritos de purificación y de la parte que corresponde al santuario. Muchos lo consideran una de las piezas más tardías del libro, compuesta en ambientes sacerdotales como modelo de «guerra del Señor»: cómo se purifica el que ha matado, cómo se reparte lo conquistado, qué se debe a Dios. Además, Madián no desaparece: en tiempos de los jueces vuelve a oprimir a Israel con camellos «innumerables» (Jue 6,5). Nada de esto convierte el relato en pura invención, pero impide leerlo como un parte de guerra.

El texto refleja una práctica del antiguo Oriente: consagrar a la divinidad el pueblo vencido mediante el exterminio, el jérem (ver nota a 21,3). No era exclusiva de Israel. En la estela de Mesa, rey de Moab, de hacia el 840 a. C., hoy en el Louvre, el rey cuenta que tomó la ciudad israelita de Nebo y mató a siete mil personas, hombres, mujeres y muchachas, porque la había consagrado a su dios Astar-Camos. Israel compartía el lenguaje religioso de su tiempo, que concebía la guerra como un combate entre dioses; la revelación lo irá purificando poco a poco. Y la Biblia conserva otra memoria de Madián: Moisés se casó con una madianita, Séfora, y su suegro Jetró, sacerdote de Madián, le dio el consejo para organizar la justicia en Israel (Éx 2,16-21; 18,13-27).

La Iglesia no esconde estas páginas. El concilio Vaticano II reconoce que los libros del Antiguo Testamento contienen «cosas imperfectas y pasajeras», y que muestran, sin embargo, la pedagogía divina (*Dei Verbum*, n. 15; Catecismo, n. 122). Benedicto XVI explicó que la revelación «se acomoda al nivel cultural y moral

de épocas lejanas» y narra actos de violencia y exterminios de poblaciones sin denunciar explícitamente su inmoralidad; por eso pidió leer estos textos en su contexto histórico y literario, y a la luz de Cristo (*Verbum Domini*, n. 42). La Pontificia Comisión Bíblica, en *Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura* (2014), advierte, a propósito de los relatos de la conquista, que no tienen las características de una crónica, que deben leerse como una especie de parábola y que la ley del exterminio pide una interpretación no literal; usarlos para justificar la violencia contra otros pueblos debe rechazarse sin medias tintas (n. 127).

Los Padres ya sentían el problema. Orígenes, en su *Homilía 25 sobre Números*, leyó esta guerra como el combate del cristiano contra los vicios y las potencias enemigas, que no deben quedar con vida en el alma. Esa lectura espiritual tiene su verdad (Ef 6,12), pero no justifica el sentido literal. Torres Amat, hombre de su época, explicaba todavía en nota que Dios no quiso esta vez que se usara «de piedad con el sexo ni con la edad». La enseñanza actual de la Iglesia es inequívoca: hay que respetar a los no combatientes, el exterminio de un pueblo debe condenarse como un pecado mortal y existe la obligación moral de desobedecer las órdenes de genocidio (Catecismo, nn. 2313-2314).

La clave última es Cristo: «Habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen» (Mt 5,43-44). Jesús reprende a los discípulos que quieren hacer bajar fuego del cielo sobre una aldea samaritana (Lc 9,54-55) y muere pidiendo perdón para sus verdugos (Lc 23,34). Leer Números 31 en la Iglesia no

significa aprobarlo, sino ver de qué mundo sacó Dios a su pueblo con paciencia, y hacia qué Reino lo conduce.

PAUSA

1. Moisés manda «vengar» a Israel. ¿Qué haces con tus deseos de revancha cuando alguien te hace daño?
2. La guerra dejaba impuros incluso a los vencedores. ¿Qué violencia, aunque te parezca justificada, deja huella en ti?
3. Ante una página tan dura, ¿qué te ayuda a leer la Biblia con fe, sin escandalizarte y sin justificar lo injustificable?

Para orar. *Señor Jesús, que moriste perdonando, arranca de mi corazón todo deseo de venganza y hazme instrumento de tu paz.*

32

Rubén y Gad al otro lado del Jordán

Las tribus de Rubén y de Gad, ricas en ganado, piden quedarse en las tierras de pastos conquistadas al este del Jordán. Moisés teme que se repita el pecado de los exploradores, cuando el pueblo se negó a entrar en Canaán, y les responde con dureza (vv. 1-15). Se llega a un acuerdo: podrán establecerse allí si sus hombres armados cruzan el Jordán y combaten con sus hermanos hasta conquistar la tierra (vv. 16-32). El capítulo termina con el reparto de los reinos de Sehón y de Og y la lista de las ciudades reconstruidas (vv. 33-42). La tierra es de todos, y el esfuerzo también.

La petición de Rubén y de Gad

1 Tenían los hijos de Rubén y de Gad muchos ganados y un
inmenso caudal en bestias. Y habiendo visto que las tie-
rras de Jazer y de Galaad [1] eran propias para apacentar
ganados, 2 vinieron a Moisés, y al sumo sacerdote Eleazar,
y a los príncipes del pueblo, y dijeron: 3 Atarot, y Dibón [2],
y Jazer, y Nemra, Hesebón y Eleale, y Sabán, y Nebo, y
Beón, 4 tierras que el Señor ha sujetado a la dominación de
los hijos de Israel, son un país feracísimo para pasto de ga-
nados; y nosotros tus siervos los tenemos en muchísimo
número. 5 Por tanto te suplicamos que, si hemos hallado

gracia en tus ojos, nos le des a nosotros tus siervos en posesión, y no nos hagas pasar el Jordán [3].

Moisés recuerda a los exploradores

[6] Les respondió Moisés: ¿Pues qué, han de ir vuestros hermanos a la guerra [4], y vosotros habéis de quedaros aquí sentados? [7] ¿Cómo es que desalentáis a los hijos de Israel, para que no osen pasar a la tierra que les ha de dar el Señor? [8] ¿No es esto mismo lo que hicieron vuestros padres cuando los envié desde Cadesbarne [5] a reconocer la tierra? [9] Después de haber llegado hasta el valle del racimo y recorrido todo el país, introdujeron el terror en el corazón de los hijos de Israel, para que no entraran en la tierra que les había señalado el Señor;

[10] el cual irritado, juró diciendo: [11] No verán estos hombres, que salieron de Egipto de edad de veinte años arriba, la tierra que tengo prometida con juramento a Abrahán, a Isaac y a Jacob; ya que no han querido seguirme, [12] si no es Caleb, hijo de Jefone el cenezeo [6], y Josué, hijo de Nun: los cuales han cumplido mi voluntad. [13] Y así es, que enojado el Señor contra Israel, lo ha traído girando por el desierto [7] cuarenta años, hasta que se acabase toda aquella generación que pecó en la presencia del Señor. [14] Y de aquí, añadió Moisés, que habéis sucedido vosotros a vuestros padres, como hijos y retoños de hombres pecadores [8], a fin de atizar aún el furor del Señor contra

Israel. 15 Pues si no queréis seguirle abandonará al pueblo
en el desierto, y vosotros vendréis a ser la causa del exter-
minio de todos.

El acuerdo

16 A esto acercándose ellos más a Moisés le dijeron: Fabri-
caremos apriscos para las ovejas [9], y establos para los ani-
males, y ciudades fuertes para guardar nuestros niños: 17 y
después, nosotros mismos, armados y prontos a combatir,
marcharemos a la guerra al frente de los hijos de Israel [10]
hasta introducirlos en sus destinos. Entretanto quedarán
nuestros niños y todas nuestras haciendas en ciudades
muradas por temor de las acechanzas de las gentes del
país. 18 No volveremos a nuestras casas hasta que los hijos
de Israel posean su herencia. 19 No pretenderemos cosa al-
guna de allende del Jordán, pues tenemos ya nuestra pose-
sión en su ribera oriental.

20 Les respondió Moisés: Si estáis en hacer lo que prome-
téis, estad dispuestos para ir a la guerra delante del arca
del Señor [11]; 21 y todo varón de armas tomar, pase armado
el Jordán, hasta que el Señor destruya a sus enemigos, 22 y
se le sujete todo el país: entonces seréis inculpables para
con el Señor y delante de Israel; y obtendréis las regiones
que deseáis con el beneplácito del Señor. 23 Si no hacéis lo
que decís, es indudable que pecaréis contra Dios; y tened
entendido, que vuestro pecado recaerá sobre vosotros [12].

24 Edificad, pues, fortalezas para vuestros niños, y apriscos, y majadas para las ovejas y bestias, y cumplid lo prometido.

25 Y dijeron los hijos de Gad y Rubén a Moisés: Siervos tuyos somos, haremos lo que el señor nuestro nos manda. 26 Dejaremos en las ciudades de Galaad nuestros niños y mujeres, y los ganados mayores y menores, 27 mientras nosotros tus siervos iremos todos bien dispuestos a la guerra, como tú, señor, lo ordenas.

28 En su consecuencia Moisés dio sus órdenes al sumo sacerdote Eleazar, y a Josué, hijo de Nun, y a las cabezas de las familias en cada tribu de Israel, y les dijo: 29 Si los hijos de Gad y los de Rubén pasaren todos el Jordán, y armados fueren con vosotros a combatir delante del Señor, dadles, después de conquistado el país, la tierra de Galaad en posesión. 30 Mas si no quisieren pasar armados con vosotros a la tierra de Canaán, oblígueseles a que fijen su habitación entre vosotros. 31 Y respondieron los hijos de Gad y de Rubén: Como ha ordenado el Señor a sus siervos, así lo haremos. 32 Guiados por el Señor, pasaremos armados a la tierra de Canaán, y confesamos públicamente haber ya recibido nuestra posesión en este lado del Jordán.

Las ciudades del otro lado del Jordán

33 Con esto Moisés dio a los hijos de Gad, y a los de Rubén,
y a la media tribu de Manasés [13], hijo de José, el reino de
Sehón, rey amorreo, y el reino de Og, rey de Basán, y el te-
rritorio de ellos con sus ciudades al contorno. 34 Por tanto,
los hijos de Gad reedificaron a Dibón, y Atarot, y Aroer [14],
35 y a Etrot, y Sofán, y Jazer, y Jegbaa, 36 y Betnemra, y Be-
tarán, haciendo de ellas ciudades fuertes y apriscos para
sus ganados. 37 Y los hijos de Rubén reedificaron a Hese-
bón, a Eleale y Cariataim, 38 y a Nabo, y Baalmeón, y Saba-
ma, mudándoles los nombres [15] y poniéndoselos nuevos a
las ciudades que habían reedificado.

39 Los hijos de Maquir, hijo de Manasés, marcharon contra
el país de Galaad, y lo asolaron matando a los amorreos
sus habitantes. 40 Así Moisés dio una parte de la tierra de
Galaad al linaje de Maquir, hijo de Manasés, el cual habitó
en ella. 41 Y Jair, otro hijo o descendiente de Manasés, fue y
ocupó muchas aldeas que llamó Havot-Jair, esto es, Villas
de Jair [16]. 42 Del mismo modo Nobe pasó también, y ocupó
a Canat con sus aldehuelas, y de su nombre la llamó
Nobe [17].

¿Sabías que?

Las tribus que pidieron quedarse al otro lado del Jordán fueron las primeras en perder su tierra. Hacia el 733 a. C., el rey asirio Teglatfalasar III conquistó Galaad y deportó a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés a Mesopotamia (2 Re 15,29; 1 Cr 5,26), más de diez años antes de la caída de Samaría. La frontera del Jordán, que Moisés temía que separara a los hermanos, fue también la más vulnerable.

PAUSA

1. Moisés preguntó: «¿Han de ir vuestros hermanos a la guerra, y vosotros os quedaréis aquí sentados?». ¿En qué lucha de tus hermanos te pide Dios que no te quedes al margen?
2. Rashi notó que nombraron el ganado antes que a los niños. ¿Qué pones tú primero cuando haces planes?

Para orar. *Señor, que no me instale cómodamente mientras otros llevan el peso; hazme fiel a la palabra que he dado.*

33

Las etapas del camino

Antes de entrar en Canaán, el libro mira hacia atrás: Moisés pone por escrito las etapas del camino desde Ramesés hasta las llanuras de Moab. La lista nombra cuarenta y un campamentos; con Ramesés, el punto de partida, la tradición cuenta cuarenta y dos «mansiones». Recorre la salida de Egipto y el camino al Sinaí (vv. 1-15), los años entre el Sinaí y Cades, con dieciocho etapas que casi no se mencionan en otros lugares (vv. 16-36), y la marcha final hasta el Jordán, con la muerte de Aarón (vv. 37-49). Al final, Dios manda expulsar a los habitantes de Canaán y destruir sus ídolos (vv. 50-56).

De Egipto al Sinaí

1 Estas son las mansiones [1] de los hijos de Israel después
que salieron de Egipto divididos por escuadrones, bajo la
conducta de Moisés y Aarón; 2 las que describió Moisés [2],
según los lugares de los campamentos que iban mudando
por orden del Señor. 3 Partidos, pues, de Ramesés los hijos
de Israel el mes primero a quince del mismo, al otro día de
la Pascua, por un efecto de la mano poderosa del Señor,
viéndolo todos los egipcios, 4 y mientras que sepultaban a
todos los primogénitos, muertos por el Señor, el cual ejer-
ció también la venganza en sus dioses [3],

5 fueron a acampar a Socot. 6 Y de Socot vinieron a Etam,
que está en los últimos términos del desierto. 7 Saliendo de
aquí vinieron frente a Fihahirot que mira a Beelsefón, y
acamparon delante de Mágdalo. 8 Marchando de Fihahirot
pasaron por medio del mar al desierto, y andando tres días
por el desierto de Etam, acamparon en Mara. 9 Partiendo
después de Mara, llegaron a Elim, donde había doce fuentes de agua y setenta palmeras [4], y sentaron allí sus campamentos.

10 De aquí, levantando el campo fijaron sus tiendas en la
playa del mar Rojo [5], y marchando del mar Rojo,
11 acamparon en el desierto de Sin [6]; 12 de donde partiendo,
vinieron a Dafca. 13 Y alzando el campo de Dafca, le pusieron en Alús. 14 Saliendo de Alús, fijaron los pabellones en
Rafidim, donde faltó al pueblo agua para beber. 15 Dejando
a Rafidim, acamparon en el desierto de Sinaí.

Del Sinaí a Cades

16 Al cabo salidos del desierto de Sinaí, vinieron a hacer
alto en los Sepulcros del antojo o concupiscencia [7]. 17 Y de
los sepulcros de la concupiscencia, fueron a Haserot.

18 De Haserot pasaron a Retma [8]. 19 Y marchando de Retma, sentaron los campamentos en Remmomfares.
20 Desde donde pasaron a Lebna. 21 De Lebna acamparon en

Resa. 22 Marchando de Resa, vinieron a Celata. 23 De allí
trasladaron los campamentos al monte Sefer.

24 Del monte Sefer vinieron a parar en Arada. 25 Moviendo
de aquí pararon en Macelot. 26 Partidos de Macelot, acam-
paron en Taat. 27 De Taat mudaron el campo a Tare, 28 de
donde fueron a parar a Metca. 29 De Metca pasaron a Hes-
mona.

30 Partidos de Hesmona, se acamparon en Moserot [9]. 31 De
Moserot trasladaron los campamentos a Benejaacán. 32 De
Benejaacán marcharon al monte de Gadgad, 33 de donde
partiendo fueron a Jetebata. 34 De Jetebata pasaron a He-
brona.

35 Dejada Hebrona, se acamparon en Asiongaber [10].
36 Marchando de aquí, fueron a parar en el desierto de
Tsin, donde está Cades.

De Cades a las llanuras de Moab

37 Y habiendo salido de Cades, acamparon en la falda del
monte Hor, en los últimos confines del país de Edom.
38 Allí subió el sumo sacerdote Aarón al monte Hor por
mandato del Señor; y allí murió a los cuarenta años [11] de
la salida de los hijos de Israel de Egipto, el mes quinto, el
primer día del mes, 39 siendo de edad de ciento veintitrés
años. 40 Aquí fue cuando Arad, rey de los cananeos, que

habitaba hacia el mediodía, supo que venían los hijos de Israel para entrar en la tierra de Canaán.

41 Yéndose éstos del monte Hor, fijaron su campamento en Salmona. 42 Salidos de aquí, vinieron a Funón. 43 Partiendo de Funón, acamparon en Obot. 44 De Obot pasaron a Ijeabarim, que está en los confines de los moabitas.

45 Moviendo el campo de Ijeabarim, lo asentaron en Dibongad [12]. 46 De donde le trasladaron a Helmondeblataín. 47 Y habiendo salido de Helmondeblataín, vinieron a los montes de Abarim, enfrente de Nabo. 48 Dejando los montes de Abarim, pasaron a las campiñas de Moab, a orilla del Jordán, enfrente de Jericó. 49 Y allí fijaron sus tiendas desde Betsimot hasta Abelsatim [13], en los campos más llanos de los moabitas.

La orden de ocupar la tierra

50 Aquí fue donde el Señor dijo a Moisés: 51 Habla a los hijos de Israel, y diles: Pasado que hubiereis el Jordán, y entrados en la tierra de Canaán, 52 exterminad a todos los moradores de ella [14], quebrad las aras, desmenuzad las estatuas, y asolad todos los adoratorios de las alturas, 53 purificando así la tierra para habitar en ella; pues yo os la he dado en posesión; 54 y os la repartiréis por suerte, dando al mayor número mayor parte de ella, y menor a los que sean en número más pequeño. A cada cual se dará la

heredad en el sitio que le cayere por suerte. La partición se hará por tribus y por familias.

55 Que si no quisiereis matar a los moradores del país, los que quedaren serán para vosotros como punzones en los ojos y rejones en los costados [15], y combatirán contra vosotros en la tierra de vuestra morada; 56 y yo haré contra vosotros todo lo que tenía resuelto hacer contra ellos.

¿Sabías que?

¿Por qué se conserva una lista tan árida? Rashi responde con una parábola del Midrás Tanjumá: un rey llevó a su hijo enfermo a un lugar lejano para que lo curaran; al volver, el padre iba recordando cada etapa del camino: «aquí dormimos, aquí pasamos frío, aquí te dolió la cabeza». Las etapas del desierto son la memoria de un padre que acompañó a su hijo en cada paso.

Las etapas del camino

Tramo	Etapas	Relato
De Egipto al mar	Desde Ramesés: Socot, Etam, Fihahirot. **3** (33,3-7)	Éx 12–14
Del mar al Sinaí	Mara, Elim, mar Rojo, desierto de Sin, Dafca, Alús, Rafidim, desierto del Sinaí. **8** (33,8-15)	Éx 15–19; el mar Rojo, Dafca y Alús no aparecen
Después del Sinaí	Sepulcros de la concupiscencia, Haserot. **2** (33,16-17)	Nm 11–12
Sin relato	De Retma a Asiongaber. **18** (33,18-35)	Cuatro, en otro orden, en Dt 10,6-7; Asiongaber, en Dt 2,8
Cades	Desierto de Tsin, donde está Cades. **1** (33,36)	Nm 13–14; 20
Monte Hor	Muerte de Aarón. **1** (33,37-40)	Nm 20–21
Hacia Moab	Salmona, Funón, Obot, Ijeabarim, Dibongad, Helmondeblataín, montes de Abarim. **7** (33,41-47)	Nm 21
Llanuras de Moab	De Betsimot a Abelsatim, frente a Jericó. **1** (33,48-49)	Nm 22–36
Total	**41** campamentos; con Ramesés, el punto de partida, **42** mansiones	Torres Amat: «las cuarenta y dos mansiones»

Rashi también cuenta cuarenta y dos etapas: catorce en el primer año, hasta Retma, y ocho en el último, desde el monte Hor; en los treinta y ocho años intermedios solo hubo veinte. Orígenes dedicó a la lista su Homilía 27 sobre Números, y san Jerónimo su Carta 78 a Fabiola: para ambos, cada etapa es un paso del alma hacia la tierra prometida.

PARA PROFUNDIZAR

Las cuarenta y dos etapas

El capítulo 33 es un mapa hecho de nombres. Partiendo de Ramesés, la lista enumera cuarenta y un campamentos hasta las llanuras de Moab; con el punto de partida, la tradición cuenta cuarenta y dos «mansiones». Así las cuenta Rashi, así los Padres de la Iglesia, y así Torres Amat, que titula el capítulo «Enumeración de las cuarenta y dos mansiones». El texto dice que Moisés las puso por escrito (33,2), y su forma escueta, «partieron de… y acamparon en…», recuerda la de los itinerarios antiguos.

La mayoría de esos lugares no se puede localizar. Algunos son seguros o casi seguros: Ramesés en el delta del Nilo, Esión-Guéber junto al golfo de Áqaba, Cades, Dibón, las llanuras de Moab frente a Jericó. Otros coinciden con el relato del Éxodo y de Números: Mara, Elim, el Sinaí, Quibrot-Hataavá, Haserot, el monte Hor. Pero dieciocho etapas seguidas (33,18-35) no aparecen en ningún relato, salvo cuatro de ellas en Dt 10,6-7 y Esión-Guéber en Dt 2,8, y otras tres (33,10-13) faltan en el Éxodo. Muchos estudiosos piensan que la lista combina un antiguo itinerario de las rutas del desierto con las etapas de los relatos. Para el lector creyente, también ese silencio habla: de los treinta y ocho años de espera casi no queda más que una lista de paradas. Rashi lo leyó con ternura: descontadas las etapas del primer año y las del último, en treinta y ocho años solo hubo veinte desplazamientos; Dios no hizo vagar a su pueblo sin descanso.

Los Padres hicieron de esta lista un itinerario del alma. Orígenes le dedicó su *Homilía 27 sobre Números*: el que sale del Egipto del

pecado avanza etapa por etapa hacia la tierra prometida, y el sentido de cada nombre, traducido del hebreo, describe un paso de ese camino: tentaciones, descansos, combates, consuelos. Relaciona además el número con las cuarenta y dos generaciones de la genealogía de Jesús (Mt 1,17): Cristo bajó hasta nosotros a través de cuarenta y dos generaciones, y nosotros subimos hacia Dios por cuarenta y dos etapas.

San Jerónimo retomó el tema en una larga carta, la 78, sobre las cuarenta y dos mansiones del desierto. La había empezado para Fabiola, una noble romana que se había entregado al cuidado de los enfermos y se interesaba por estos pasajes; ella murió antes de que la terminara, y Jerónimo la envió a su amigo Océano. Para él, las mansiones son la imagen de la peregrinación cristiana: el verdadero «hebreo», que según una etimología antigua significa «el que pasa», se apresura a pasar de la tierra al cielo. San Gregorio de Nisa, en su *Vida de Moisés*, describe la vida espiritual como una subida que nunca termina, porque Dios es siempre mayor, y la apoya en san Pablo: «olvidando lo que queda atrás, me lanzo hacia lo que está por delante» (Flp 3,13). A finales del siglo IV, la peregrina Egeria recorrió el Sinaí y subió al monte Nebo, y en cada lugar se leía el pasaje bíblico correspondiente: las etapas se habían convertido en caminos de peregrinación.

El Nuevo Testamento ve a los cristianos como un pueblo en camino: «no tenemos aquí una ciudad permanente, sino que buscamos la futura» (Heb 13,14); somos «extranjeros y peregrinos» (1 Pe 2,11), y nuestra patria está en los cielos (Flp 3,20). La *Carta a Diogneto*, del siglo II, dice que los cristianos habitan en sus propias patrias, pero como forasteros (5,5). El concilio Vaticano II

recoge esta imagen: así como al Israel que peregrinaba por el desierto se le llama ya Iglesia, el nuevo Israel, que camina en el tiempo presente buscando la ciudad futura, se llama Iglesia de Cristo (*Lumen gentium*, n. 9), una Iglesia peregrina que solo alcanzará su plenitud en la gloria (nn. 48-51). Cada etapa de esta lista, como cada día de nuestra vida, queda escrita ante Dios.

PAUSA

1. Si escribieras las «etapas» de tu camino de fe, ¿cuáles serían las más importantes?
2. Rashi imaginaba a un padre que recuerda cada parada con su hijo enfermo. ¿Qué momento difícil de tu vida ves hoy acompañado por Dios?

Para orar. *Padre, que me acompañas en cada etapa del camino, llévame hasta la tierra que me tienes prometida.*

34

Las fronteras de la tierra

Dios traza los límites de la tierra que Israel va a recibir: al sur, desde el desierto de Tsin y Cades hasta el torrente de Egipto; al oeste, el Mediterráneo; al norte, hasta la entrada de Emat; al este, el Jordán y el mar de Genezaret hasta el mar Salado (vv. 1-12). Transjordania queda fuera, porque ya la han recibido Rubén, Gad y la media tribu de Manasés (vv. 13-15). Después se nombra a los que harán el reparto: el sacerdote Eleazar, Josué y un príncipe de cada tribu (vv. 16-29). Son fronteras ideales, más amplias que las que Israel ocupó durante casi toda su historia.

El sur y el oeste

1 Habló aún el Señor a Moisés, diciendo: 2 Prevén a los hijos
de Israel y dales esta orden: Cuando hubiereis entrado en
la tierra de Canaán y poseyereis en ella lo que la suerte os
habrá señalado [1], serán sus términos los siguientes: 3 La
parte meridional comenzará desde el desierto de Tsin con-
finante con Idumea [2], y tendrá por término al oriente el
mar Salado, 4 y al mediodía serán sus límites lo largo del
circuito que hace la cuesta del Escorpión [3], y pasarán por
Senna y llegarán por esta misma parte del mediodía hasta
Cadesbarne, de allí a la aldea llamada Adar, extendiéndose
hasta Asemona; 5 y desde Asemona irán dando vuelta has-

ta el torrente de Egipto [4], y terminarán en la ribera del mar grande o Mediterráneo. [6] La parte occidental empezará desde el mar grande y acabará en él.

El norte y el oriente

[7] Por el norte, los confines empezarán de dicho mar tirando hasta el monte altísimo [5], [8] desde donde irán a Emat [6] hasta tocar los términos de Sedada, [9] prosiguiendo hasta Zefrona y la aldea de Enán. Estos serán los límites por la parte del norte. [10] Los confines de la parte de oriente comenzarán desde la aldea de Enán hasta Sefama, [11] y desde Sefama bajarán a Rebla, enfrente de la fuente de Dafnim [7]; de donde siguiendo hacia el oriente, llegarán hasta el mar de Ceneret o Genezaret [8]; [12] y extendiéndose hasta el Jordán, tendrán por último límite el mar Salado. He aquí los límites y extensión de la tierra [9] que poseeréis.

[13] Y dio Moisés esta orden a los hijos de Israel, diciéndoles: Esta será la tierra que se os distribuirá por suerte, y la que ha mandado dar el Señor a las nueve tribus y media [10]. [14] Puesto que la tribu de los hijos de Rubén con sus familias, y la tribu de los hijos de Gad según el número de las suyas, y la media tribu de Manasés, [15] esto es, dos tribus y media, han recibido su parte del Jordán acá, enfrente de Jericó hacia el oriente.

Los encargados del reparto

16 Y dijo el Señor a Moisés: 17 Estos son los nombres de los
varones que os repartirán la tierra: el sumo sacerdote
Eleazar; y Josué, hijo de Nun [11]; 18 y un príncipe de cada
tribu,

19 cuyos nombres son estos: de la tribu de Judá, Caleb, hijo
de Jefone [12]; 20 de la tribu de Simeón, Samuel, hijo de Am-
miud; 21 de la tribu de Benjamín, Elidad, hijo de Caselón;
22 de la tribu de los hijos de Dan, Bocci, hijo de Jogli; 23 por
los hijos de José de la tribu de Manasés, Hanniel, hijo de
Efod; 24 de la tribu de Efraín, Camuel, hijo de Seftán; 25 de
la tribu de Zabulón, Elisafán, hijo de Farnac; 26 de la tribu
de Isacar, el príncipe Faltiel, hijo de Ozán; 27 de la tribu de
Aser, Ahiud, hijo de Salomi; 28 de la tribu de Neftalí, Fe-
dael, hijo de Ammiud. 29 Estos son los que mandó el Señor
que repartieran [13] a los hijos de Israel la tierra de Canaán.

¿Sabías que?

Entre 1884 y 1896, al construir una iglesia ortodoxa en Madaba (Jordania), la Medaba de 21,30, apareció un mosaico del siglo VI con el mapa más antiguo que se conserva de Tierra Santa. Va del Líbano al delta del Nilo, con unas ciento cincuenta poblaciones rotuladas en griego, Jerusalén en el centro, peces en el Jordán y barcas en el mar Muerto. Para nombrar los lugares, el artista se sirvió del *Onomástico* de Eusebio de Cesarea, el primer diccionario de lugares bíblicos (siglo IV), que san Jerónimo tradujo al latín.

PAUSA

1. La tierra se repartía por suertes: nadie la elegía. ¿Qué «lote» de tu vida te cuesta recibir como un don?
2. Caleb confió en la promesa y vivió para verla cumplida. ¿Qué promesa de Dios esperas tú con paciencia?

Para orar. *Señor, tú eres mi porción y mi herencia: que mi suerte esté siempre en tus manos.*

35

Las ciudades de los levitas y las de refugio

Los levitas no tendrán territorio propio, pero sí cuarenta y ocho ciudades repartidas entre las tribus, con sus campos de pasto alrededor (vv. 1-8). Seis de ellas serán ciudades de refugio, adonde podrá huir el que mató a alguien sin querer, para que no lo alcance el vengador de la sangre antes de ser juzgado (vv. 9-15). El capítulo distingue con cuidado el homicidio intencionado del involuntario (vv. 16-29) y termina con principios de gran alcance: hacen falta dos testigos, no se acepta rescate por la vida de un asesino, y la sangre inocente contamina la tierra donde Dios habita (vv. 30-34).

Las ciudades de los levitas

1 Dijo todavía el Señor a Moisés en los campos de Moab a
orilla del Jordán, enfrente de Jericó: 2 Manda a los hijos de
Israel que de sus posesiones den a los levitas [1], 3 ciudades
en que habitar, y sus campos inmediatos en la circunfe-
rencia, para que moren ellos en las poblaciones, y los cam-
pos extramuros [2] sirvan para los ganados y bestias. 4 Estos
campos extramuros de las ciudades cogerán a la redonda
el espacio de mil pasos [3]; 5 al oriente dos mil codos [4] y al
mediodía igualmente otros dos mil; la misma medida ten-
drán hacia el mar, que mira al occidente, y la parte septen-

trional terminará en igual espacio; de suerte que las ciudades estén en medio y los campos o ejidos por fuera, alrededor.

6 De estas mismas ciudades que daréis a los levitas, seis serán destinadas para el asilo de los fugitivos [5], a fin de que se refugie en ellas quien derramare sangre humana; y sin contar éstas, habrá otras cuarenta y dos ciudades, 7 siendo en todas cuarenta y ocho con sus contornos. 8 Ahora, de estas ciudades que de las posesiones de los hijos de Israel se han de dar a los levitas, se tomarán más de los que más tienen, y menos a los que menos. Cada cual de las tribus, a proporción de su herencia, dará ciudades a los levitas.

Las ciudades de refugio

9 Dijo aún el Señor a Moisés: 10 Habla con los hijos de Israel, y diles: Cuando hubiereis pasado el Jordán y estuviereis en la tierra de Canaán, 11 señalad las ciudades que deben ser asilo de los fugitivos que involuntariamente hayan derramado sangre humana [6]; 12 en las que estando el refugiado, no podrá el pariente del muerto matarle [7], hasta que se presente delante del pueblo [8], y sea juzgada su causa. 13 De estas ciudades destinadas para asilos de los fugitivos, 14 habrá tres del Jordán acá y tres en la tierra de Canaán, 15 tanto para los hijos de Israel como para los advenedizos y peregrinos [9], a fin de que se acoja a ellas el que involuntariamente derramare sangre humana.

Homicidio y muerte involuntaria

16 Si alguno hiriere con hierro [10], y muriere el herido, será
reo de homicidio, y por tanto será muerto. 17 Si tirare una
piedra, y el herido muere del golpe, incurrirá en la misma
pena. 18 Si uno es herido con palo y muere, será vengada su
muerte con la sangre del matador. 19 El pariente del muer-
to matará al homicida [11]; luego que le encuentre le quitará
la vida.

20 Si alguno por odio da empellones a otro, o le arroja enci-
ma alguna cosa con mala intención; 21 o si siendo enemigo
le hiere a puñadas, y este otro viene a morir, el matador
será reo de homicidio. El pariente del muerto, luego que le
hallare, podrá matarle.

22 Mas si por accidente y no por rencor, 23 ni anteriores
enemistades, cometiere algo de lo dicho, 24 y fuere proba-
do esto en presencia del pueblo, ventilada la causa del ho-
micidio entre el matador y el pariente del difunto [12], 25 el
inocente será libertado de la mano del vengador, y por
sentencia se le volverá a la ciudad en que se refugió, y allí
morará hasta la muerte del sumo sacerdote [13], que fue un-
gido con el óleo santo [14].

26 Si el matador, estando fuera de los límites de las ciuda-
des destinadas para los desterrados, 27 fuere hallado y
muerto por el que debe vengar la sangre del difunto, éste
que le matare, no quedará responsable [15]; 28 por cuanto

debía el refugiado residir en la ciudad hasta la muerte del sumo sacerdote; bien que, después de muerto éste, pueda el homicida retornar a su patria. [29] Estas leyes serán perpetuamente observadas en todas vuestras poblaciones.

La sangre y la tierra

[30] El homicida será sentenciado por dicho de testigos: nadie será condenado por el testimonio de uno solo [16]. [31] No recibiréis dinero como en rescate [17] del que ha derramado sangre; sino que el matador morirá luego. [32] Los desterrados y retraídos por ningún motivo podrán volver a sus ciudades, antes de la muerte del sumo sacerdote; [33] no sea que profanéis la tierra de vuestra morada, la cual con la sangre de los inocentes se amancilla [18], ni puede purificarse sino por la sangre de aquel que derramó la de otro. [34] Y de esta manera será purificada vuestra tierra, en la cual tengo yo mi morada; pues yo soy el Señor que habito entre los hijos de Israel [19].

¿Sabías que?

El Talmud cuenta que en cada cruce de caminos había un letrero con la palabra miqlat, «refugio», para que el que huía no perdiera tiempo buscando la ruta hacia la ciudad de refugio (Macot 10b). Lo deduce del mandato del Deuteronomio: «prepararás el camino» (Dt 19,3). La misericordia de la Ley no se limitaba a abrir una puerta: también señalaba el camino para llegar a ella.

Las seis ciudades de refugio

Ciudad	Región	Cita
Cedes	Galilea, en la montaña de Neftalí	Jos 20,7
Siquem	Montaña de Efraín	Jos 20,7
Quiriat-Arbá	Hebrón, en la montaña de Judá	Jos 20,7
Bosor	Desierto de la llanura, tribu de Rubén	Dt 4,43; Jos 20,8
Ramot	Galaad, tribu de Gad	Dt 4,43; Jos 20,8
Golán	Basán, tribu de Manasés	Dt 4,43; Jos 20,8
La ley de los refugiados		
Quién puede huir	El que mató sin querer, sea israelita o extranjero	35,11.15
Quién no	El que mató con hierro, piedra o palo, por odio, enemistad o acechando	35,16-21
Quién juzga	La comunidad, con dos testigos por lo menos	35,24.30
Hasta cuándo	Hasta la muerte del sumo sacerdote; fuera de la ciudad no está protegido	35,25-28

Tres ciudades al oeste del Jordán y tres al este (35,14), de norte a sur, para que ninguna quedara demasiado lejos; el Deuteronomio manda preparar los caminos que llevan a ellas (Dt 19,3). Las seis son ciudades levíticas (Jos 21). Mesa, rey de Moab, dice en su estela que reconstruyó Bosor, y del nombre de Golán viene el de los altos del Golán.

PARA PROFUNDIZAR

Las ciudades de refugio

En una sociedad sin policía ni tribunales permanentes, la vida de cada uno estaba protegida por su familia: si alguien mataba a un hombre, el pariente más cercano de la víctima, el goel ha-dam o «vengador de la sangre», tenía el deber de matar al homicida (35,19). La costumbre servía de freno, pero tenía un peligro evidente: no distinguía entre el asesino y el que había matado por accidente, y podía encadenar una venganza tras otra. La Ley de Moisés no suprime de golpe esta institución, pero la encauza. Dios manda señalar seis ciudades, tres a cada lado del Jordán, donde pueda refugiarse el que ha matado sin querer (35,9-15; Dt 4,41-43; 19,1-13; Jos 20).

El procedimiento es cuidadoso. La Ley distingue el asesinato del accidente por el arma empleada, por la enemistad previa y por la intención (35,16-23), y pone un ejemplo que todos entendían: el hierro del hacha que se suelta del mango mientras dos hombres cortan leña (Dt 19,5). El fugitivo queda protegido hasta que la comunidad juzga su causa (35,12.24), y para condenarlo hacen falta al menos dos testigos (35,30). Si se prueba que mató a propósito, no hay asilo ni rescate posible, porque la vida humana no tiene precio (35,31; Gn 9,6). Si fue un accidente, vuelve a la ciudad de refugio y vive allí, protegido, mientras no salga de sus límites (35,25-28). El Deuteronomio manda además preparar los caminos que llevan a ellas (Dt 19,3).

¿Por qué hasta la muerte del sumo sacerdote? Filón de Alejandría confesaba su perplejidad: tomada a la letra, la ley parecía

desigual, porque unos se quedarían en el destierro muchos años y otros un solo día, según la vida del pontífice; por eso la interpretó alegóricamente: el sumo sacerdote es el Logos, la Palabra divina, y las seis ciudades son la Palabra y las potencias de Dios (*Sobre la huida y el hallazgo* 94-110). Los rabinos dieron otra respuesta: «es la muerte del sumo sacerdote la que expía» (Talmud, Macot 11b). Algunos estudiosos modernos piensan en las amnistías que acompañaban el comienzo de un nuevo reinado. En todo caso, la muerte involuntaria dejaba una mancha que no se borraba con dinero, y su perdón quedaba unido a la figura que representaba a todo el pueblo ante Dios.

Los cristianos vieron aquí un anuncio de Cristo. La Carta a los Hebreos llama a los creyentes «los que nos hemos refugiado» en la esperanza que Dios nos ofrece, y presenta a Jesús como el sumo sacerdote que entró por nosotros más allá del velo (Heb 6,18-20); con su muerte libera a los que estaban sometidos a esclavitud (Heb 2,14-15; 9,11-15). San Ambrosio, en su tratado *La huida del mundo*, retomó, siguiendo a Filón, la lectura de las ciudades de refugio y la aplicó a Cristo. Y Torres Amat, en su nota a 35,25, escribe que con esta ley el Espíritu Santo quiso figurar que solo por la muerte del verdadero Pontífice, Jesucristo, podían los hombres recobrar la verdadera libertad.

La idea del refugio pasó también a la historia de la Iglesia. Las iglesias se convirtieron en lugares de asilo, y el *Código Teodosiano*, del siglo V, regula ya el caso de los que se refugian en ellas (libro IX, título 45). El Código de Derecho Canónico de 1917 todavía reconocía a las iglesias el «derecho de asilo» (c. 1179); el de 1983 ya no lo recoge. Pero la intuición de fondo sigue viva en la

enseñanza cristiana: el homicidio involuntario no es moralmente imputable (Catecismo, n. 2269), la justicia debe distinguir la intención del resultado, y la ley debe proteger al débil de la venganza. La Pontificia Comisión Bíblica lo resume al hablar de la ley de Israel: en lugar de la venganza arbitraria, fija la medida de una justa reacción al mal (2014, n. 126). En las ciudades de refugio, la justicia de Dios no renuncia a la verdad, pero abre un espacio a la misericordia.

PAUSA

1. La Ley distinguía entre el que mata con odio y el que mata sin querer. ¿Juzgas a los demás por sus intenciones o solo por los resultados?
2. Cristo es refugio para quien permanece en él. ¿Dónde buscas refugio cuando te pesa una culpa?

Para orar. *Señor, refugio mío, acógeme en tu misericordia y enséñame a ser refugio para los que huyen.*

36

Las herederas se casan en su tribu

El libro termina con una historia de familia. Los jefes del clan de Galaad, de la tribu de Manasés, plantean una consecuencia de la ley que dio la herencia a las hijas de Salfaad (27,1-11): si ellas se casan con hombres de otra tribu, su tierra pasará a esa tribu para siempre (vv. 1-4). Moisés, por orden del Señor, da la razón a los dos: las herederas podrán casarse con quien quieran, siempre que sea dentro de su tribu (vv. 5-9). Las cinco hermanas obedecen y se casan con sus primos (vv. 10-12). Una frase final cierra las leyes dadas en las llanuras de Moab (v. 13).

La preocupación del clan de Galaad

1 Y llegáronse los príncipes o cabezas de las familias de
Galaad [1], hijo de Maquir, hijo de Manasés, de la estirpe de
los hijos de José, y representaron a Moisés ante los prín-
cipes de Israel, y dijeron: 2 El Señor Dios te tiene mandado a
ti, que eres señor nuestro, repartir la tierra de Canaán por
suerte a los hijos de Israel, y dar a las hijas de Salfaad, her-
mano nuestro [2], la posesión debida a su padre; 3 las cua-
les, si casaren con hombres de otra tribu, llevarán consigo
su herencia [3], que traspasada así a otra tribu, se disminui-
rá nuestra posesión. 4 Y así sucederá que venido el año del
jubileo, esto es, el año quincuagésimo de remisión [4], ven-

ga a confundirse la distribución de las suertes, y la posesión de los unos pase a los otros.

La ley de las herederas

5 Respondió Moisés a los hijos de Israel, y por mandato del
Señor les dijo: Ha dicho bien la tribu de los hijos de José [5].
6 Y así esta es la ley promulgada por el Señor sobre las hijas
de Salfaad: Cásense con quien quisieren [6], con tal que sea
con hombres de su tribu [7], 7 a fin de que no vengan a con-
fundirse las posesiones de los hijos de Israel, pasando de
tribu en tribu. Así que todos los hombres en este caso to-
marán mujeres de su tribu y linaje, 8 y todas las mujeres
herederas [8] tomarán maridos de su misma tribu; para que
la herencia se mantenga en las familias, 9 y no se mezclen
entre sí las tribus, sino que queden, ni más ni menos,

El final del libro

10 como fueron separadas por el Señor. Lo hicieron, pues,
las hijas de Salfaad [9] como se había ordenado; 11 y casaron
Maala, y Tersa, y Hegla, y Melca, y Noa [10] con los hijos de
su tío paterno [11], 12 de la familia de Manasés, hijo de José;
y la posesión que se les había adjudicado, se conservó en la
tribu y familia de su padre [12].

13 Tales son las leyes y las ordenanzas [13] que dio el Señor
por medio de Moisés a los hijos de Israel en las campiñas
de Moab, en la orilla del Jordán, enfrente de Jericó.

¿Sabías que?

Al final de cada libro, los manuscritos hebreos llevan una nota de los masoretas, los escribas que fijaron el texto entre los siglos VII y X, con el número de sus versículos. Para Números, la cifra es 1.288, la misma que tiene esta edición, aunque varios versículos se dividen de otro modo. Contaban también palabras y letras, y señalaban la mitad de cada libro, para que ningún copista añadiera ni quitara nada.

PAUSA

1. Las hijas de Salfaad reclamaron una tierra que todavía no tenían. ¿Qué promesa de Dios reclamas tú con esa misma fe?
2. Moisés buscó una solución que respetara a todos. ¿En qué conflicto de tu familia o comunidad podrías buscar el bien de las dos partes?

Para orar. *Señor, que al terminar este camino por el desierto me encuentre siempre con tu Palabra, y con la tierra prometida a la vista.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulos 1 a 4

1. ¿Cuántos hombres de veinte años arriba dio el primer censo? 1
2. ¿Por qué no se contó a los levitas con las demás tribus? 2
3. ¿Qué tribu acampaba al oriente y marchaba la primera? 3
4. ¿En lugar de quiénes tomó Dios para sí a los levitas? 4
5. ¿Cuánto se pagó por cada uno de los primogénitos que excedían el número de los levitas? 5
6. ¿Entre qué edades servían los levitas en el Tabernáculo según el capítulo 4? 6

Capítulos 5 a 6

1. ¿Qué debía añadir al daño quien restituía lo que había quitado al prójimo? 1

2. ¿Qué echaba el sacerdote en el agua santa para la prueba de los celos? 2

3. ¿Cuáles eran las tres señales del nazareo durante su voto? 3

4. ¿Qué se hacía con la cabellera del nazareo al terminar su voto? 4

5. ¿Cuáles son las tres peticiones de la bendición sacerdotal? 5

Capítulos 7 a 10

1. ¿Por qué Moisés no dio carros a los hijos de Caat? 1

2. ¿Quiénes impusieron las manos sobre los levitas, y en lugar de quiénes los recibió Dios? 2

3. ¿Cuándo celebraban la Pascua los que estaban impuros o de viaje? 3

4. ¿Qué hacían los israelitas cuando la nube se alzaba de la morada? 4

5. ¿Quiénes tocaban las trompetas de plata? 5

6. ¿Qué decía Moisés cuando el arca se ponía en marcha? 6

Capítulos 11 a 12

1. ¿Qué respondió Moisés cuando Josué le pidió que impidiera profetizar a Eldad y Medad? 1
2. ¿Por qué se llamó aquel lugar «sepulcros de concupiscencia»? 2
3. ¿En qué se distinguía Moisés de los demás profetas, según Dios? 3
4. ¿Cuántos días estuvo María fuera del campamento, y qué hizo el pueblo? 4

Capítulos 13 a 15

1. ¿Qué nombre dio Moisés a Oseas, hijo de Nun? 1
2. ¿Qué trajeron los exploradores del torrente del racimo? 2
3. ¿Cuánto duró la exploración de la tierra, y cuánto el castigo del pueblo? 3
4. ¿Qué exploradores quedaron con vida? 4
5. ¿Qué debían hacerse los israelitas en los remates de sus mantos, y para qué? 5

6. ¿Qué hacía el hombre al que apedrearon en el desierto? 6

Capítulos 16 a 17

1. ¿Quiénes se amotinaron con Coré contra Moisés? 1
2. ¿Qué se hizo con los incensarios de los doscientos cincuenta? 2
3. ¿Cómo detuvo Aarón la mortandad? 3
4. ¿Qué produjo en una noche la vara de Aarón? 4

Capítulos 18 a 19

1. ¿Qué dijo el Señor a Aarón cuando le anunció que los sacerdotes no tendrían tierra? 1
2. ¿Qué debían hacer los levitas con los diezmos que recibían? 2
3. ¿Con qué se mezclaban las cenizas de la vaca roja, y para qué servían? 3
4. ¿Qué echaba el sacerdote en el fuego en que ardía la vaca? 4

Capítulos 20 a 21

1. ¿Qué mandó Dios a Moisés y a Aarón hacer ante la peña, y qué hizo Moisés? 1
2. ¿Por qué no introdujeron Moisés y Aarón al pueblo en la tierra prometida, según el Señor? 2
3. ¿Dónde murió Aarón, y quién recibió sus vestiduras? 3
4. ¿Qué mandó Dios hacer a Moisés cuando las serpientes mordían al pueblo? 4
5. ¿Qué cantó Israel en Beer? 5
6. ¿Qué dos reyes vencieron los israelitas al este del Jordán? 6

Capítulos 22 a 24

1. ¿Qué vio la burra de Balaam, y qué hizo? 1
2. ¿Qué respondió Balaam a los enviados de Balac cuando le prometieron grandes honores? 2
3. ¿Con qué pregunta explica Balaam a Balac que no puede maldecir a Israel? 3

4. ¿Qué dice el segundo oráculo sobre la palabra de Dios? 4

5. ¿Con qué palabras admira Balaam el campamento de Israel en su tercer oráculo? 5

6. ¿Qué anuncia el cuarto oráculo de Balaam? 6

Capítulos 25 a 27

1. ¿Qué prometió Dios a Finees después de que detuvo la plaga? 1

2. ¿Quiénes de los hombres contados en el primer censo quedaban vivos en el segundo? 2

3. ¿Qué pidieron las hijas de Salfaad, y qué respondió el Señor? 3

4. ¿Qué pidió Moisés al saber que iba a morir sin entrar en la tierra? 4

Capítulo 30

1. ¿Cuántos corderos se ofrecían cada día en el holocausto perpetuo? 1

2. ¿Cuántos becerros se ofrecían en total durante los siete días de los Tabernáculos? 2

3. ¿Qué ocurría si el padre, al enterarse del voto de su hija, callaba? 3

Capítulo 36

1. ¿Cuántos hombres fueron a la guerra contra Madián, y qué sacerdote los acompañó? 1
2. ¿Qué adivino murió en la guerra contra Madián, y de qué lo acusa Moisés? 2
3. ¿Qué pidieron los hijos de Rubén y de Gad, y con qué condición se lo concedió Moisés? 3
4. ¿Dónde murió Aarón y a qué edad? 4
5. ¿Quién, entre los encargados de repartir la tierra, había sido uno de los exploradores? 5
6. ¿Cuántas ciudades debían recibir los levitas, y cuántas de ellas serían de refugio? 6
7. ¿Hasta cuándo debía permanecer en la ciudad de refugio el que había matado sin querer? 7
8. ¿Con quiénes se casaron las hijas de Salfaad? 8

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas o unidas, algunas palabras y nombres propios mal copiados y dos cifras (1,39 y 31,34), según la Vulgata y la primera edición de Torres Amat (1824); de esa edición se han restituido también la segunda mitad de 18,1 y las medidas del vino de 28,14, que la transcripción había alterado o perdido). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

Los versículos siguen la numeración del texto digital, la habitual en las Biblias castellanas tradicionales, que coincide unas veces con el hebreo y otras con la Vulgata. En muchas Biblias modernas, que siguen la numeración hebrea, 16,36-50 es 17,1-15 y 17,1-13 es 17,16-28; las primeras palabras de 26,1 («Derramada ya la sangre de los culpados») forman el 25,19; de 27,4 a 27,7 el texto va un número

por detrás, como la Vulgata, porque su v. 3 abarca los vv. 3-4 del hebreo (27,6, «La demanda de las hijas de Salfaad es justa», es 27,7); y 29,40 es 30,1, de modo que 30,1-16 es 30,2-17. La Vulgata clementina, por su parte, une en un solo versículo 11,34-35, cuenta 12,16 como 13,1 (su capítulo 13 tiene 34 versículos) y divide en dos el 20,28; en los capítulos 29 y 30 sigue al hebreo. No falta ningún versículo. La transcripción había sustituido la segunda mitad de 18,1 por una repetición del final del v. 2 y había perdido las medidas del vino de las libaciones en 28,14; ambos pasajes se han restituido según la primera edición de Torres Amat (1824), que coincide con la Vulgata (ver las notas). Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás.

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.